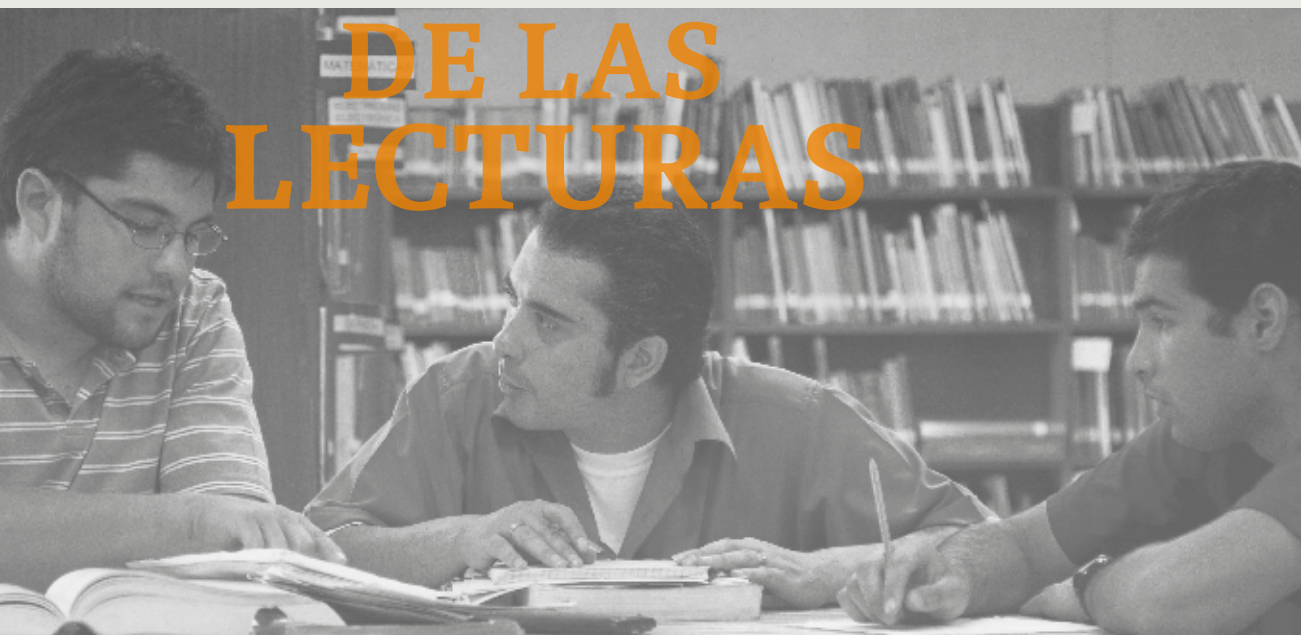


Òscar Carreño

EL ECO DE LAS LECTURAS



Introducción a los clubes de lectura

Òscar Carreño

EL ECO DE LAS LECTURAS

Introducción a los clubes de lectura

El eco de las lecturas. Introducción a los clubes de lectura

© Óscar Carreño Montero, 2015

© Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2015

Registro de Propiedad Intelectual: 257.471

ISBN 978-956-244-327-2

Representante legal

Ángel Cabeza Monteiro

Director Nacional de Bibliotecas, Archivos y Museos

Vicepresidente Ejecutivo del Consejo de Monumentos Nacionales

Gonzalo Oyarzún Sardi

Subdirector de Bibliotecas Públicas

Edición: Álvaro Soffía Serrano

Diseño: Carolina Salazar Elissetche

Fotografías: banco de imágenes Sistema Nacional de Bibliotecas Públicas, Susana Adriaola; Bibliotecas Regionales de Antofagasta, Valparaíso, Santiago y Los Lagos; Coordinaciones de Bibliotecas Públicas de Los Ríos y Antofagasta y Programa Bibliometro.

Impresión: Maval Ltda.

Sistema Nacional de Bibliotecas Públicas

Calle Herrera 360, Santiago de Chile

Teléfono: (+56) 227 963 430

www.bibliotecaspublicas.cl

www.dibam.cl

Ninguna sección de este libro, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida o almacenada, sea por procedimientos mecánicos, ópticos, químicos o electrónicos, incluidas las fotocopias, sin permiso escrito del editor. Los contenidos en esta publicación son responsabilidad de quienes los emiten y no representan necesariamente el pensamiento de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, ni del Sistema Nacional de Bibliotecas Públicas.

Impreso en Chile/Printed in Chile

¿Qué sacas con haber leído todos lo libros, Arabela, si...?

Casa de campo

José Donoso

ÍNDICE

PRÓLOGO

- 13 Ángel Cabezas M., Director DIBAM

LECTURA Y COMUNIDAD

- 17 Gonzalo Oyarzún S., Subdirector SNBP

INTRODUCCIÓN

- 25 LECTURAS SILENCIOSAS Y ESPACIOS DE CONVERSACIÓN

1.

EL SILENCIO ÍNTIMO

- 35 LECTURA Y CLUBES DE LECTURA
- 35 Martín Edén vs. Eunice Parchman, dos representaciones literarias de la lectura
- 39 Los clubes de lectura: un esbozo de definición y una porción de historia
- 46 PARA QUÉ UN CLUB DE LECTURA
- 46 Planteamientos iniciales
- 49 Objetivos de los clubes de lectura
- 58 Categorización y tipología de los clubes
- 66 TODOS LOS CLUBES UN CLUB
- 66 Construcción de redes y ventajas del enfoque asociativo

88	EL LECTOR
88	Herramientas de difusión para crear el grupo de lectores
89	Difusión interna
94	Difusión externa
95	Un apunte sobre el lector y la recepción de lo leído
98	Horizonte de experiencias, horizonte de expectativa
108	LOS LIBROS: ELECCIÓN DE TÍTULOS
108	Comentarios preliminares
111	Cuando los títulos se ponen al servicio de los fines
115	Difundiendo el patrimonio literario o el papel de los clásicos en los clubes de lectura
116	¿Y los <i>best sellers</i> ?
120	ESPACIOS: ESCENOGRAFÍA Y UTILERÍA DE UN CLUB DE LECTURA
123	EL CLUB DE LECTURA DE MARIO JIMÉNEZ
133	ARTURO BELANO Y <i>CASA DE CAMPO</i> DE JOSÉ DONOSO

2.

LA VOZ COMPARTIDA

143	EL CONDUCTOR Y SUS FUNCIONES
146	PERFILES DEL CONDUCTOR
146	Gian Dei Brughi. La pasión

148	Zelig. La empatía
150	Funes, la memoria, ¿el conocimiento?
156	HERRAMIENTAS PARA LA DINAMIZACIÓN DE GRUPOS
	LECTORES SINGULARES
158	Lecturas implosivas
159	Lecturas explosivas
162	El inspector Sito en la biblioteca
163	Tras los pasos de la Historia
167	LA MAESTRA CONDUCTORA. ANTONIO JOSÉ BOLÍVAR PROAÑO COMENTADO SUS LECTURAS

3.

DESPUÉS DE LAS LECTURAS

177	LA EVALUACIÓN
178	OBJETOS EVALUABLES
178	Elementos internos
184	Elementos externos
187	Sujetos evaluadores
188	Formas de ponderación

194	NUEVAS TECNOLOGÍAS O LOS CLUBES DE LECTURA
	DESPUÉS DE LOS CLUBES DE LECTURA
194	Clubes de lectura virtuales
197	Cuadernos de bitácora
199	Anilla Cultural

4. EPÍLOGO

205

5. BIBLIOGRAFÍA

207



PRÓLOGO

La humanidad ha compartido sus historias desde tiempos remotos, mucho antes de que la lectura silenciosa fuera una práctica extendida. A su vez, y como correlato natural, ha surgido la necesidad de expresar las opiniones, sensaciones e interpretaciones que estas historias producen en sus receptores, pasando de ser una instancia privada a un hecho público.

En nuestro país, esta necesidad de comentar y compartir la experiencia de una lectura común presenta antecedentes históricos como aquellas prácticas de sociabilidad asociadas a la lectura en voz alta, cuando los pocos que podían leer prestaban su voz a los textos con el objetivo de compartir la lectura con aquellos que no sabían leer.

Otro antecedente son las tertulias y salones literarios del siglo XIX. Si bien se trataba de reuniones exclusivas, muchas veces los temas de conver-

sación giraban en torno a la literatura, considerando que existía un uso intensivo de un corpus limitado de libros. Con el tiempo, estas formas de sociabilidad grupal fueron decayendo debido a los cambios en la estructura social y en los grupos intelectuales.

En el siglo XX las tertulias literarias se democratizan y se abren a los nuevos sectores sociales, fruto de los procesos de migración del campo a la ciudad, incorporando a los nuevos escritores. Estas reuniones se dieron en espacios públicos como cafés, clubes sociales, universidades y bibliotecas. Sus formas y características se van modificando con el correr de los años, desde un sesgo estrictamente literario a uno más político, ligado a las campañas de alfabetización, hasta ir desapareciendo de la mano de la masificación de los medios de comunicación emergentes.

En la actualidad, el éxito que están teniendo los clubes de lectura responde a esa misma necesidad de compartir la experiencia lectora. Por paradójico que suene, se trata de buscar instancias de encuentro para socializar una práctica privada: lo público y lo privado confluyen en el espacio de la biblioteca pública.

Es en este contexto que la biblioteca pública surge como un espacio para el disenso y la tolerancia, un espacio donde ser escuchados y, más importante, aprender a escuchar y aceptar la diversidad de visiones de mundo, la disparidad de opiniones y la multiplicidad de enfoques que se expresan a la hora de comentar una lectura determinada. Ahí residen las claves del éxito de los clubes de lectura.

Hoy Chile dispone de bibliotecas públicas en casi todas sus comunas y existe una voluntad política por promover la lectura como un derecho, en el entendido de que su práctica contribuye a acortar las brechas sociales y culturales dentro del país.

Este manual se enmarca en el trabajo que el Sistema Nacional de Bibliotecas Públicas viene realizando para entregar herramientas prácticas que apoyen la gestión de las bibliotecas públicas y es el fruto de la búsqueda permanente de estrategias innovadoras de fomento de la lectura. A su vez, forma parte del compromiso de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos con el Plan Nacional de la Lectura, que promueve el acceso a diversas prácticas y soportes de lectura a lo largo de todo el ciclo de vida, en aras de formar personas informadas, críticas, creativas, reflexivas y participativas.



Ángel CABEZA MONTEIRA

Director Nacional de Bibliotecas, Archivos y Museos
Vicepresidente del Consejo de Monumentos Nacionales

LECTURA Y COMUNIDAD

La lectura se nos presenta habitualmente como un acto solitario y silencioso; sea que se trate de un libro, un diario o una revista. Es un espacio en el que nosotros, como lectores, guardamos silencio y abrimos nuestros sentidos para descubrir qué nos tiene que ofrecer el autor de esas líneas. Y esa acción, esa decodificación del texto, nos hace comprender las ideas que propone, generando placer o molestia, debate o preguntas, sorpresa o decepción, entre muchas otras posibilidades. La lectura de cualquier texto, entonces, suscita pensamiento, convicciones o experiencias estéticas. Y con ello genera opinión, la que de algún modo, el lector compartirá con su prójimo.

Entonces hablar de las lecturas que hemos realizado es también una posibilidad de comunicar a otros nuestras ideas, pensamiento crítico, conocimiento y/o placer. Y visto de este modo, la lectura ya no parece simplemente un acto individual que afecte sólo a quien la lleva a cabo.

La bibliotecaria mexicana Verónica Juárez sostiene que la lectura es y siempre ha sido social, porque pese a ser un acto solitario, siempre terminamos compartiendo nuestras impresiones y libros. La forma más común de lectura social, sostiene ella, se realiza cuando leemos un libro y hablamos de él, lo recomendamos y en el caso de los lectores más nobles, prestamos los libros que nos emocionaron para que nuestros amigos también tengan la oportunidad de leerlos.

Por lo tanto, la lectura es una oportunidad de compartir objetos e ideas, las propias y las de los autores de los textos que leemos. Y al ser un espacio para compartir, es también un espacio de encuentro entre personas que salen del ámbito individual, del acto solitario, que entonces comparten y se relacionan con otros.

Los clubes de lectura son una invitación a compartir nuestras ideas y percepciones, en donde se valora nuestra visión personal de una lectura y se estimula la diferencia. Es por eso que un club de lectura puede estar formado por personas diversas y heterogéneas, que comparten el gusto por determinadas lecturas, con la generosa capacidad de tolerancia a las percepciones de otros sobre un mismo texto.

El eco de las lecturas aborda, justamente, el fenómeno de los clubes de lectura, explicando sus tipologías, entregando elementos prácticos para su organización y funcionamiento, con estrategias que permitan un mejor funcionamiento de estos, según el tipo de lectores, tanto para clubes presenciales como virtuales.

Del mismo modo, entrega herramientas para el conductor o mediador de un club de lectura, ayudándolo en la elección de los títulos y facilitando el diálogo entre los participantes, convirtiéndolo en un animador sociocultural.

Este libro, más que una guía sobre formación de clubes de lectura, es también una reflexión sobre la lectura propiamente tal. Para dialogar, Òscar Carreño está permanentemente haciendo hablar a aquellos actores esenciales de los libros: los autores y sus personajes. Es así como nos encontramos con casos de la literatura chilena que fueron grandes lectores: el viejo que leía novelas de amor, el cartero de Neruda y Arturo Belano, el alter ego de Bolaño.

Las bibliotecas públicas se han profesionalizado y especializado cada vez más en su quehacer; cada vez se tiene más claro que se trata de trabajar con quienes constituyen la esencia de una biblioteca: su comunidad. Y justamente por ello nada debe quedar al azar. Cuando hoy se han ido masificando y diversificando los clubes de lectura en las bibliotecas, este libro hace una contribución indispensable en tres ejes: reflexión, propuesta y organización.

Sea que se trate de un club de lectura tradicional o de uno virtual, sea que estemos conectándonos a través de redes sociales o en la intimidad del dialogo entre dos personas, cuando compartimos la lectura y la hacemos social, cuando comentamos nuestras opiniones y anotaciones, cuando revelamos nuestros subrayados, cuando decimos lo que sentimos y lo que pensamos, lo que finalmente estamos construyendo es comunidad. Y es en comunidad como los seres humanos hemos decidido habitar el mundo.

Gonzalo Oyarzún Sardi

Subdirector

Sistema Nacional de Bibliotecas Públicas







INTRO DUCCIÓN

LECTURAS SILENCIOSAS Y ESPACIOS DE CONVERSACIÓN

El episodio nos conduce hasta una basílica paleocristiana en el Milán de las postrimerías del siglo IV d.C. Los espacios sombríos apenas si son colonizados por algún rayo de sol que se cuela a través de las altas claraboyas. Otros rincones de la basílica solo huyen de las tinieblas por el empeño de las velas de sebo o la constancia de los candiles de aceite.

Así, la escena nos presenta a Ambrosio, de largas barbas blancas, mejillas hundidas y rostro anguloso según la imagen que de él hizo Anton Van Dyck, burlando la oscuridad de su celda mediante un puñado de velas (con el tiempo los fabricantes de velas lo convertirán en patrón de su gremio) mientras lee uno de aquellos antiguos códices que vinieron a sustituir las incomodidades de los rollos.

Y la escena se completa: ese gesto, tan cotidiano y habitual en nuestros días es contemplado con estupefacción y desconcierto por el joven Agustín de Hipona. Hecho tan extraordinario será recogido años después en sus *Confesiones*, obra que acabará convirtiéndose en pieza básica de la cultura occidental. Pero ¿dónde residía la excepcionalidad del gesto? ¿Qué elementos de la escena llevaron a Agustín a la turbación y la sorpresa? Lo insólito de la escena radica en el silencio que la envuelve; porque la lectura de Ambrosio es silenciosa y solitaria. Lectura muda, sin el aliño de compañía alguna, cuando el ámbito de la lectura se circunscribía aún a la tradición clásica de la oralidad y el grupo. Agustín contempla en cambio el movimiento de los ojos sobre el texto y la clausura de la boca, acaso el dedo índice surcando las curvaturas de las letras, indicándole la dirección de lectura a esos ojos que socavan el poder de lo dicho en voz alta. La sorpresa, pues, se cimenta en las ausencias: la ausencia de los otros, la ausencia de las voces, la ausencia de los comentarios y las preguntas y los matices que sobre el texto hablado acuñan los que oyen. En el gesto revolucionario de Ambrosio, quizás Agustín intuye la venidera práctica de la lectura privada y silente.

No obstante, el advenimiento de la lectura silenciosa, que ha encontrado en el episodio de Ambrosio y Agustín su momento fundacional, no era en sentido estricto totalmente nuevo, pues en algunas obras clásicas ya habían aparecido lectores que ejercían en riguroso silencio la lectura de textos (Alberto Manguel en su *Una Historia de la lectura* nos cita entre otras el *Hipólito* de Eurípides y *Los caballeros* de Aristófanes).

Por otra parte, la práctica de la lectura silenciosa tardaría aún unos cuantos siglos en generalizarse, recibiendo un impulso crucial, primero en el siglo XV con la invención de la imprenta y durante el siglo siguiente con las prédicas de Lutero y la consolidación del Protestantismo. En este sentido la proclama de Lutero sobre la necesidad de plantear el acto religioso como una acción sin intermediarios, ni bullicios ni aparatos eclesiásticos corrompidos por la abundancia material, la soberbia y la codicia; en definitiva, la reformulación del hecho religioso como diálogo íntimo entre el creyente y Dios, amparado por las palabras que este esculpíó en la Biblia para aquel; resultará, en un mundo en que todavía la lectura y los libros pivotan con abrumadora frecuencia sobre el suceso religioso, un estímulo importantísimo para el cultivo de la lectura íntima y privada, silenciosa y reservada.

Junto a la paulatina e irremediable transformación de los hábitos y los escenarios de la lectura, ya en el siglo XX vino a hacerse realidad el viejo sueño ilustrado de la propagación universal de la cultura. Nunca como entonces, tantas personas habían gozado de la capacidad de leer, y con ella del acceso al conocimiento. La herramienta utilizada hasta entonces por las clases dirigentes para decodificar los campos significativos de todo aquello que forma y rodea al ser humano, ahora podía ser enarbolada por unas clases populares que, por fin, habían podido acceder a la educación, y con ella a la interpretación de la palabra escrita.

De estas dos pulsiones nacen, a mi entender, los clubes de lectura o las tertulias literarias, o el recurrente encuentro de una serie de lectores que son emplazados para conversar en un espacio público sobre una lectura

previa, realizada en la intimidad de la esfera privada. Los clubes de lectura serán pues, parafraseando al poeta Cernuda, el fruto de una realidad y de un deseo.

La realidad es la plasmación de ese acceso universal a la lectura y la ampliación de las personas capaces de apreciar y disfrutar la obra literaria. El deseo, paradójicamente, el de hallar emplazamientos de sociabilización con los que romper el aislamiento que impone la lectura privada; eso es, recuperar aquellas antiguas características grupales y orales, propias de un pasado en el que solo unos pocos podían leer y lo hacían en voz alta para los muchos que solo podían escuchar.

Este libro quiere ser una reflexión sobre el gesto esencial de leer y una aproximación a los clubes de lectura; quiere ser un texto que ofrezca algunas claves sobre su organización y su funcionamiento.

La proliferación de los clubes de lectura responde a la necesidad de compartir la experiencia lectora, estableciendo un marco espacial en el que los lectores puedan alabar las virtudes de un texto, pero también dudar de sus certezas o reprobar sus defectos. La diversidad de opiniones resulta tan variada como el número de lectores. Las disconformidades o avenencias hacia la forma en que el autor ha decidido organizar el material narrativo, o desarrollar la sucesión de acciones con la que hacer evolucionar la trama o utilizar una figura poética en lugar de otra, acaso más adecuada, para interpelar a la catarsis del lector, o alargarse en exceso, o detenerse apenas, en una pincelada de un paisaje esencial para significar el texto, moldean pareceres tan variados como el número de lectores que partici-

pen del juicio. Tan diversas serán las adhesiones a un personaje de ficción como su rechazo, tan dispares las opiniones sobre sus planicies o sus redondeces. En un club de lectura la obra comentada muy pronto pierde la homogeneidad de la identidad primaria, la obra autoral se metamorfosea en las obras de los lectores, desprendiéndose de toda unicidad. Solamente pervive una unicidad, aquella que sustenta la idea de un club de lectura como ensalzamiento del disfrute que otorga la lectura, aquella que reafirma su aspecto lúdico, aquella que ratifica los clubes como herramienta de gran eficacia en su promoción. Así pues, un libro sobre los clubes de lectura habría de intentar ser en sí mismo una propuesta de invitación a la lectura y este es mi deseo, ofrecer un texto atractivo desde su misma estructura interna, un texto que bascule entre la teoría y la praxis, entre la realidad y la ficción. Será el lector que recorra estas páginas quien habrá de valorar lo acertado o no de la apuesta y el resultado final de la misma.

§

La disposición del texto responde a un ordenamiento cronológico que toma la celebración de la sesión de un club de lectura como presente nuclear.

La primera parte se refiere a los elementos previos a la realización efectiva del encuentro con los lectores. En esas primeras páginas se esbozará un intento de definición de los clubes de lectura, un somero recorrido por su historia, una caracterización de los tipos de clubes y una enumeración de los objetivos que han de impulsar su organización.

Acto seguido el texto se centrará en la planificación y el trabajo en red y en las ventajas de diseñar una estrategia compartida que optimice recursos y favorezca su funcionamiento. Después llegará el intento de esbozar el perfil de los lectores, en el marco de las expectativas y experiencias con el que estos se enfrentan a la lectura. Tras los lectores, el texto se centrará en el libro y en un aspecto primordial en la planificación de los clubes de lectura: la selección de los títulos. Por último, esta primera parte trazará cuatro apuntes escenográficos sobre los espacios que acogen clubes de lectura.

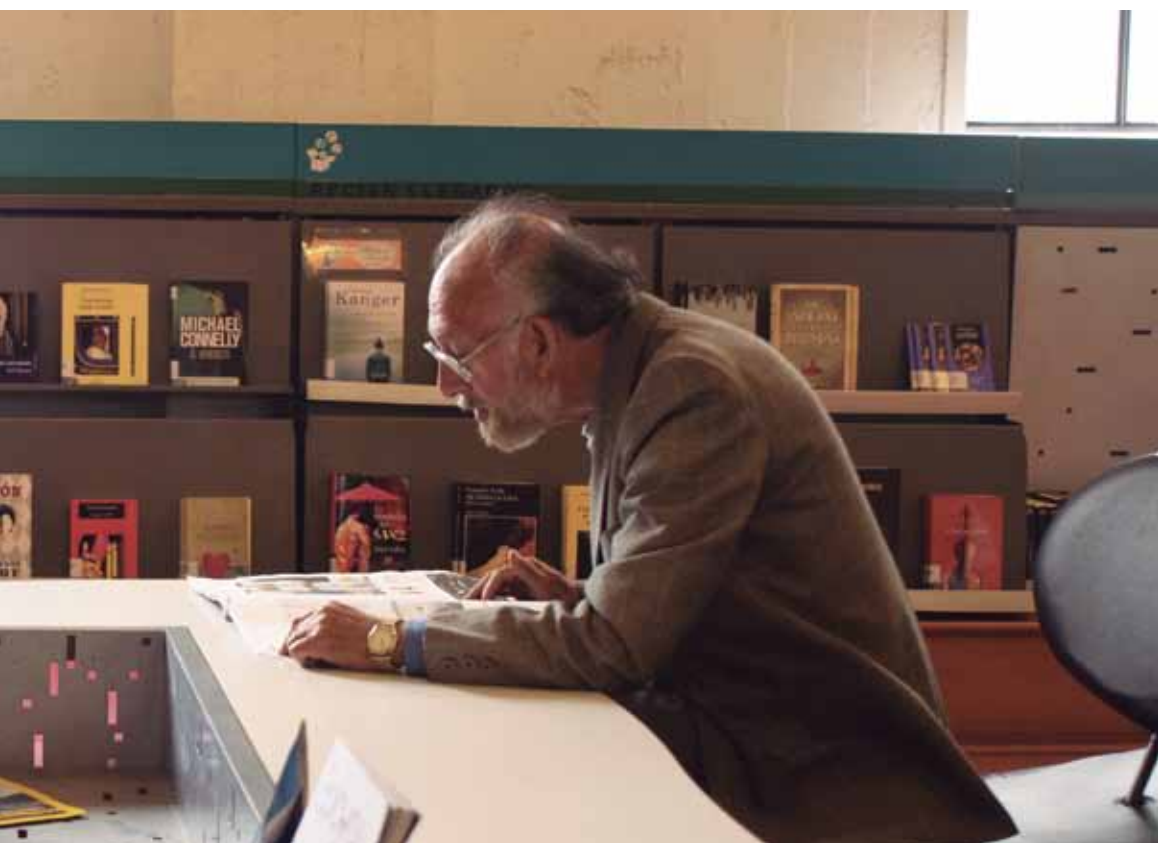
La segunda parte desarrollará los diferentes elementos que actúan durante el encuentro de los lectores, con especial relevancia para el conductor de las sesiones. Será aquí donde se propondrán una serie de estrategias para dinamizar aquellas sesiones de clubes singulares, singularidad determinada por la edad de los lectores o por la presencialidad física o virtual de las mismas.

La última sección del libro estará dedicada a aquello a lo que debemos prestar atención una vez concluido el encuentro de lectores: los elementos de evaluación que debemos detectar para valorar el funcionamiento de la propuesta. Será también en esta parte del texto, en la que se reflexionará sobre el papel que las nuevas tecnologías pueden interpretar en el debate y la conversación alrededor de los libros.

En este corpus teórico se intercalaran diferentes episodios prácticos, que no buscarán tanto la mimesis de experiencias reales como su “literaturización”. Para el empeño utilizaré personajes novelescos de la literatura chilena que en el decurso de su vida inventada ejercieron con fruición y

entusiasmo el papel de lectores. Antonio José Bolívar Proaño (el viejo que leía novelas de amor en un paraje remoto de la Amazonia), Mario Jiménez (el joven cartero que acarreaba la correspondencia de Neruda en Isla Negra) o Arturo Belano (el alter ego de Roberto Bolaño) transitarán por las páginas del libro. La presencia de estos personajes resulta obligada para quien cree con firmeza que no hay mejor manera de hacer arraigar las ideas que el empleo de lo narrativo.





1.

EL SILENCIO

ÍNTIMO

LECTURA Y CLUBES DE LECTURA

Martín Edén vs. Eunice Parchman. Dos representaciones literarias de la lectura en el siglo XX

Jack London, el novelista que amarró a la lectura a miles de jóvenes, plantea el conflicto básico de *Martín Edén* (1909) desde el primer párrafo del texto: el susodicho Edén, personaje principal y hegemónico que da nombre a la novela, franquea las puertas de una mansión de la alta burguesía comercial y financiera de San Francisco. Todo lo que encuentra tras la puerta deslumbra a Martín Edén, joven marinero de vida disoluta e ingresos inciertos, más propenso a solucionar los problemas con el lenguaje de los puños que con el de la palabra. De hecho, es uno de esos episodios, saldado con una precisión de *uppercuts* y *crochets*, el que facilita su entrada en el templo hogareño de la burguesía, ya que la rudeza de sus puños salva de ser apaleado a uno de los hijos de la familia Morse.

El joven Edén queda fascinado ante los cuadros que cuelgan de las paredes y ante los libros que muestran la altivez de sus lomos dorados a través de la transparencia del cristal que cierra la librería. London sugiere en esas primeras páginas la belleza física de la cultura (continente): la encuadernación de los libros, los marcos de las pinturas, el relucir del piano, al tiempo que avanza el sortilegio espiritual que, la posibilidad de su acceso (contenido), motivará en el joven. El sùmmum de la escena es la aparición de Ruth Morse, la hija del matrimonio y hermana del Morse a quien Martín Edén ha salvado de las garras de los violentos y depauperados jóvenes sin oficio ni beneficio. Tras su primera aparición, Martín se enamora perdidamente de Ruth y en ese instante comprende que ese prototipo del canon de belleza romántico –piel nívea hasta rozar la transparencia, figura lánguida y mejillas sonrosadas– que es Ruth, no será ganada para su causa, si la cultura y la lectura como medio propiciatorio no gana la suya. Martín se sumerge en una vorágine de lecturas. Frecuenta la biblioteca tanto como antes frecuentaba los bares. Sustituye el trasiego nocturno de la calle por la tranquilidad cerrada del dormitorio. Y lee, lee y lee... desde la poesía de Swinburne a la de Emily Dickinson; lee a Ralph Waldo Emerson, a Poe y a Kipling. Lee literatura, pero también penetra en las sinuosas formas del ensayo. Encuentra en el bibliotecario el cómplice necesario para guiarse a través del perfecto orden universal que propone toda biblioteca. Edén descubre el papel determinante de la biología en los procesos de acción social e histórica del ser humano, y recoge el ecosistema del pensamiento del filósofo Herbert Spencer, a quien leerá empecinadamente, superando los obstáculos de una primera incomprensión y pergeñando con tesón en entender aquello que el filósofo quiere transmitirle a través de las páginas de *Los primeros principios*. La lectura propicia en el antiguo poblador de

tabernas un nuevo amor por el lenguaje y por el bien hablar, un refinamiento que le permite codearse intelectualmente con los amigos de Ruth, y con los amigos de los padres de Ruth: jueces, empresarios y banqueros de gran influjo y mejor fortuna. La superación de las enormes puertas que impone la cultura, empujadas con ahínco en noches sin dormir, arropado por las mantas mientras sostiene el libro bajo la luz de una tenue lámpara, representa la superación de las murallas sociales tras las que Ruth se muestra reacia a formalizar el noviazgo. Martín Edén superará las barreras de la cultura y del amor. Luego vendrá el esfuerzo de escribir y de publicar, y el fracaso y el éxito, el segundo solo visto como la insistencia del primero, pero esta es ya otra historia, y aquí interesa esa parte del relato en la que Martín Edén acierta a vislumbrar en la lectura y la cultura el medio más eficaz de ascenso y prestigio social.

Casi setenta años después de la aparición de *Martín Edén*, otra Ruth, la escritora británica Ruth Rendell, escribía *Un juicio de piedra* (1977). Si London situaba el conflicto básico de Martín Edén ya en el primer párrafo de la novela, Rendell la inicia con el latigazo de su colofón: “Eunice Parchman asesinó a la familia Coverdale porque no sabía leer ni escribir”. Las páginas de *Un juicio de piedra* no son otra cosa que la descripción pormenorizada del proceso que conduce a ese dramático final, un desvelo paulatino de un secreto que se sabe vergonzoso para su poseedor, y cuyo ocultamiento centrará las acciones de esa Eunice Parchman desde el primer día en que entra en el servicio doméstico de la familia Coverdale. Parchman se gana la confianza de la señora aun antes de llegar a la mansión. Su predisposición al trabajo y su discreción, convierte el incumplimiento de las indicaciones expresadas en un par de notas escritas en una

anécdota insignificante. El señor Coverdale sí repara en el gélido ritual de gestos de Eunice y en su incapacidad de empatizar ante el grupo familiar o ante el conjunto de amistades de la familia, pero Eunice, ajena a los recelos del señor, vive inmersa en la felicidad que propicia el trabajo y el saber que después de este encontrará la soledad de su habitación y la compañía fiel de una televisión para ella sola. Será el señor Coverdale quien penetre en esa parcela privada e infranqueable que Eunice defenderá con fiereza para salvaguardar un secreto que no es otro que el de su analfabetismo. La sirvienta burlará las intromisiones de la familia con diversas tretas, encaminadas todas a ocultar su incapacidad de relacionarse con la letra impresa. Esgrimirá miopía, elaborará un sistema paralelo de decodificación alfabética, tejerá una red de situaciones en las que, bajo las más diversas excusas, se las ingeniará para que sean otros quienes lean el contenido de cartas dirigidas a ella. Poco a poco, Eunice renegará de esa Arcadia en la que, a pesar de la presencia masiva de libros y de la comparecencia constante de la literatura en la vida cotidiana de los Coverdale, creía haber encontrado el confort de un arraigo cifrado en el respeto del silencio y la constancia del televisor. El descubrimiento final de la inadaptación de su sirvienta a ese pilar de la civilización que es la lectura, desencadenará el sacrificio final.

Martín Edén y Eunice Parchman son un contrapunto perfecto. Dos ejemplos de representación literaria del lector que expresan por amplificación la idea social de la lectura a inicios del siglo XX y durante el último cuarto del mismo. La explosión exponencial de los grupos de lectura durante la década de 1990, no hubiera sido posible en una sociedad que no hubiera interiorizado como propia la idea de la lectura y la cultura como motor de progreso y ascenso social; y que no hubiera adquirido la firme convención

como sociedad respecto a que la no pertenencia de uno de sus miembros a la comunidad lectora, habría de descansar en la inconfesabilidad del secreto. Las vicisitudes de Edén y Pachman nos explican la exitosa irrupción de los clubes de lectura.

Los clubes de lectura: un esbozo de definición y una porción de historia

Mucho han proliferado los clubes de lectura durante las últimas décadas. Las explicaciones del fenómeno responden a variados pareceres. Algunos pueden ser los siguientes: la necesidad perentoria de reencontrar espacios de sociabilización que pongan su énfasis en la presencialidad de los miembros de la comunidad, como respuesta a las comunidades virtuales y al cambio de paradigma comunicativo que los nuevos medios tecnológicos proponen; o bien el hallazgo de una exitosa fórmula de prescripción lectora y promoción de la lectura, o aun el hallazgo del imprescindible ágora donde reunir las curiosidades intelectuales y en el que compartir las opiniones sobre lo leído... Lo cierto es que la expansión de los clubes de lectura es notable y los escenarios que los acogen muy dispares: museos que presentan un club de lectura en el que debatir sobre textos que complementan sus exposiciones itinerantes; centros de enseñanza media que ven en la posibilidad de congregar a un puñado de estudiantes una buena herramienta para animarlos a la lectura; restaurantes que reciben una vez al mes a un grupo de lectores entre fragancias de buqué y opíparas cenas; y modestas cafeterías que congregan, entre aromas de granos recién tostados, a ávidos lectores; o aun empresas que convocan a los trabajadores que lo deseen a poblar una sala de reuniones para, fuera del horario laboral, superar los conflictos ocasionados por la relaciones laborales mediante el

lúdico intercambio de pareceres sobre el último *best seller* del mundo de la empresa; o hasta geriátricos que impulsan clubes de lectura como amarradero a la memoria: hablamos porque leemos y leemos para no olvidarnos de nuestro pasado.

Sin duda, habrá que buscar en la sencillez de su planteamiento y en la adaptabilidad mercurial de su contenido a los más diversos continentes, las razones de esta multiplicación. En rigor, para el nacimiento de un club de lectura no hace falta más que la voluntad de encuentro regular de un grupo de lectores que pretenden expresar y recibir las opiniones vertidas sobre una o varias lecturas. De esta voluntad surgen los elementos claves con los que esbozar una definición de club de lectura: encuentro, regular, lectores y opiniones, son los términos con los que intentar fijarla.

Encuentro remite a un espacio y a la dimensión pluripersonal de la actividad. **Regular** se refiere a la temporalidad repetida del encuentro. **Lectores** nos define el perfil de aquellos que habrán de ser llamados a participar. Y finalmente, **opiniones** nos muestra la naturaleza del encuentro, la acción que determina la construcción de la propuesta. Solo nos faltará definir la figura del conductor o de aquella persona destinada a moderar, pero también a presentar la lectura y lanzar temas de debate sobre la forma y el fondo de los textos, para completar la propuesta de definición. ¿Será pues un club de lectura un encuentro regular de un grupo de lectores que comentan, moderados por un conductor, un libro previamente leído? Lo será.

El hecho que los clubes de lectura que afloran en la cotidianeidad del lector contemporáneo, se construyan sobre elementos tan esenciales de la actividad humana como el leer y el conversar, ha incitado a menudo a retrotraer sus orígenes hasta la época de las ágoras, los *domus* y los circos romanos. Ciertamente es que siempre hubo congregaciones alrededor de la palabra leída o recitada o enarbolada para construir ficciones con las que entretener o aleccionar a aquellos que no podían acceder directamente a la letra escrita. Las hubo en la época clásica y fueron tan abundantes en la Edad Media que hasta Boccaccio se sirvió de uno de esos encuentros para construir el marco narrativo desde el que arranca su famosísimo *Decamerón*. Famosas fueron las lecturas públicas del ingenioso hidalgo manchego en el Madrid de Alarife*, no menos famosas las carcajadas de los que oían y las parodias populares que hicieron los oyentes de las peripecias quijotescas. Célebres los *ilustrados* salones literarios de Madame Necker, o posteriormente de su hija Madame Staël, en los que un grupo de selectos lectores departía sobre la últimas novedades literarias europeas. Conocidos los círculos de conversación sobre los textos bíblicos que en los EEUU del siglo XIX impulsó Anne Hutchinson. Renombradas las tertulias literarias que acogían los cafés europeos, desde los más antiguos: el parisino Le Procope o el Florian veneciano, pasando por el Café Central de Viena, en el que se refugiaba lo más granado del pensamiento europeo del *fin de siècle*, o las famosas pullas entre las tertulias del Café Gijón y del Café Pombo, en el Madrid de inicios del siglo XX, o aun las veladas modernistas del café Quatre gats de Barcelona, parada obligada para los

* Se refiere al siglo XVII, en alusión a novela de Arturo Pérez Reverte *El capitán Alarife* [N. del E.].

escritores que visitaban la ciudad a finales del XIX e inicios del XX o, para concluir esos ejemplos de encuentros de debate literario y artístico, el Círculo de Bloomsbury, capitaneado por Virginia Woolf o los encuentros de los *inklings* en el *pub The Eagle and Child* de Oxford, de los que formaban parte figuras como C. S. Lewis o J. R. R. Tolkien.

Pero los clubes de lectura tal y como los conocemos hoy, amalgama de perfiles lectores que aglutina a la profesora universitaria jubilada, la dueña de casa, el operario de una industria automovilística o el lector autodidacta, son un invento reciente. Un invento que quizás encuentre un precedente en el programa norteamericano de *Great Books*, auspiciado por John Erskine, profesor de la Universidad de Columbia, durante la década de 1920. El programa pretendía acercar los grandes clásicos a los estudiantes universitarios, utilizando en el empeño la interacción textual entre los alumnos y un tutor que ejercía el papel de dinamizador de la conversación. *Great Books* constituye un antecedente de los clubes de lectura en el sentido que anticipa sus dinámicas de actuación y sinergias, pero a la vez difiere de ellos en lo referente al perfil de los lectores y en su excesiva sujeción al mundo universitario y a la gestión de un canon literario. No es hasta la década de 1990 cuando se produce un crecimiento exponencial de los grupos de lectura.

En el encuentro regular de los lectores subsiste el anhelo de aprendizaje, esa certeza que el debate sobre la obra literaria, las distintas visiones de la misma, y la diferencia de opiniones sobre sus valores y sus mermas, en la mejor tradición dialéctica, reforzará el conocimiento con el que el lector ponderará los posibles méritos del texto. Pero acaso ahora,

como nunca antes, y ahí radica una de las claves de su éxito, los miembros de los clubes articulan sentimientos de pertenencia grupales, una identificación con el colectivo que refuerza el grupo, aumentado el efecto lúdico del encuentro, y con él, robusteciendo el aspecto de la lectura como goce o divertimento. Este elemento es especialmente interesante, pues puede llegar a invertir la atracción de los roles de la lectura respecto a los clubes: “me encuentro para hablar de libros, luego leo”; en lugar de: “leo, luego busco un punto de encuentro para hablar de los libros”, superponiendo en la jerarquía de prioridades la sociabilización de compartir la lectura al gesto individual y solitario de leer.

Obviamente, de todo habrá, pero esa fuerza centrífuga que impulsa a expandirse desde el centro solitario del acto lector hacia la periferia de ecos que la sociabilización de compartir lo leído impone, no debería ser un motivo menor a la hora de argumentar el éxito de los clubes de lectura. Sin duda, esto no hubiera sido posible en una sociedad que no hubiera logrado su acceso pleno a la cultura y a la lectura; no hubiera sido posible en una sociedad que no hubiera asumido como propios los empeños, los esfuerzos y las ilusiones de Martín Edén; una sociedad en la que no haber accedido a la lectura fuera un hecho que hubiera que esconder en las entrañas del secreto.

La proyección en el tiempo de esos encuentros lectores y el retrato actual de los mismos, nos ofrece una imagen que puede insertarse en los más variados espacios: el conocido restaurante, la cafetería histórica, la sala anexa de algún centro de culto religioso, una sala de clases, la sala de juegos de un asilo de ancianos (acaso algún rincón de sus jardines

durante la primavera o el verano), la sala de exposiciones de un museo... pero en el marco actual de escenarios diversos, la biblioteca está llamada a ejercer un papel primordial de impulso y difusión respecto a los clubes de lectura.

Esbozado el panorama de clubes de lectura *avant la lettre*, ahora será preciso centrarnos en el papel que las bibliotecas ejercen en la organización de los clubes de lectura e intentar responder a la pregunta ¿Para qué un club de lectura? ¿Por qué en la biblioteca?



PARA QUÉ UN CLUB DE LECTURA

Planteamientos iniciales

En muchos países, la biblioteca pública ha ejercido un papel tan determinante en el éxito y la proliferación de los clubes de lectura, que su organización e impulso se ha convertido en la piedra angular de sus programas de fomento de la lectura.

El celeberrimo manifiesto de la UNESCO en favor de las bibliotecas públicas del año 1994, señalaba las finalidades de las mismas y proponía la articulación de sus servicios siguiendo doce objetivos relacionados con la información, la educación y la cultura.

Me voy a centrar en dos de esos principios rectores para vincular los clubes de lectura con la biblioteca pública.

El manifiesto estipula como funciones propias de la biblioteca pública:

- Crear y consolidar el hábito de la lectura en los niños desde los primeros años.
- Sensibilizar respecto del patrimonio cultural y el aprecio de las artes y las innovaciones y logros científicos.

El primero de ellos se refiere a la creación del hábito lector entre los más pequeños; empeño en el que la biblioteca pública habrá de encontrar la necesaria complicidad de la escuela. Este punto también se refiere a consolidar el hábito. Toda consolidación remite a una proyección futura; en el caso que nos ocupa creamos un hábito entre los más pequeños que

habrá de consolidarse con el transcurrir de los años, aun cuando la vida adolescente anteponga como preferible cualquier actividad lúdica a la lectura, y esta quede circunscrita a la obligatoriedad de los planes de estudio y al calvario de una tarea contra el reloj destinada a superar un *control de lectura*. Esta consolidación del hábito lector impulsa en el tiempo el logro de ese objetivo: la biblioteca pública incidirá en la creación de mecanismos con los que animar a los más pequeños a leer; lanzará las semillas esperando su metamorfosis futura en un frondoso árbol, pero hasta que ese momento llegue habrá que regarlo y cuidarlo. La comprobación irrefutable de esa consolidación del acto lector nos obligará, pues, a trabajar con todas las franjas de edad: con niños, para también con adolescentes, adultos y ancianos –nunca es tarde cuando la dicha lectora llama a la puerta– y para conseguirlo disponemos de una herramienta muy eficaz: los clubes de lectura.

El segundo punto elegido, de entre los doce que el manifiesto de la UNESCO establece como objetivos troncales de la biblioteca pública, alude a la sensibilización respecto al patrimonio cultural y el aprecio de las artes. Por motivos de enfoque y economía de espacio, vamos a limitar el patrimonio cultural y las artes a la literatura, o mejor al libro, o más acertadamente al texto.

Planificar actuaciones de sensibilización hacia la obra literaria no solo implica que la biblioteca pública facilite el acceso a un extenso catálogo de obras literarias, y aun ofrezca al usuario la posibilidad de utilizar el servicio de préstamo; el proceso de sensibilización conlleva que el usuario, convertido en lector, se adentre en los meandros del texto, consuma

activamente el contenido, supere el continente físico del libro para profundizar en el contenido textual que el autor/a propone. Y ¿cómo podemos evaluar que ese gesto indispensable, que no es otro que el leer, de sensibilización hacia el patrimonio cultural, fijada por el manifiesto de la UNESCO como uno de los objetivos primordiales que han de regir las acciones de las bibliotecas públicas, efectivamente se ha producido? Porque cierto es que si no somos capaces de detectar el uso que se ha hecho de la obra prestada, difícilmente podremos valorar el trabajo realizado en el empeño de sensibilizar respecto al patrimonio cultural depositado en la biblioteca.

Además de garantizar el libre acceso de los ciudadanos a la información y a la cultura, la biblioteca pública facilita, mediante el servicio de préstamo de documentos, que sus fondos bibliográficos colonicen los espacios privados del lector. Parametrizar el uso que de esos documentos se ha realizado en el ámbito íntimo del usuario, siempre ha resultado metodológicamente complicado. Las propuestas tradicionales para intentar captar ese uso han insistido en la participación del usuario como prescriptor de aquello que ha leído; utilizando para ello formas tan sencillas como eficaces. El muro de recomendaciones en el que los lectores de las bibliotecas aconsejan o disuaden de la lectura de los libros leídos, a través de pequeños formularios sujetos por chinchetas a una estructura de corcho, es a estas alturas todo un clásico. Esta acción tan básica nos sugiere la posibilidad real de que el libro haya sido leído y a la vez otorga al usuario el papel activo de prescriptor y evaluador de las colecciones de las bibliotecas.

La paulatina implementación de herramientas 2.0 en los programas de gestión integral de bibliotecas y el acceso público a los catálogos auto-

matizados de sus colecciones, han representado una estimable ayuda, no solo para involucrar más al ciudadano en el funcionamiento de los equipamientos y en la evaluación de los servicios ofrecidos, sino para calibrar el uso y el provecho que ha obtenido de los documentos ofrecidos.

Los catálogos abiertos, la posibilidad de valorar los libros y añadir comentarios sobre ellos en el mismo catálogo, representan un avance considerable en el propósito de obtener información fidedigna sobre su lectura y sobre el provecho logrado con ella. Pero aun valorando estos avances, ¿nos ofrecen las herramientas 2.0 una visión totalmente fidedigna de la lectura efectiva de los libros que han salido de la biblioteca? ¿Qué ayuda nos pueden prestar los clubes de lectura a la hora de evaluar el uso de los libros dejados en préstamo? Pues la ayuda fundamental de vislumbrar tras sus dinámicas de funcionamiento y tras las opiniones de sus participantes que el libro efectivamente se ha leído; eso es, que ese paso previo y necesario de sensibilización hacia el patrimonio literario, que no es otro que el de la lectura, se ha ejecutado.

Objetivos de los clubes de lectura

Hemos visto el papel primordial que las bibliotecas públicas han ejercido en el impulso de los clubes de lectura y hemos argumentado ese papel en dos de las finalidades definidas en el manifiesto de la UNESCO como elementos rectores de sus líneas de actuación. Ahora será preciso profundizar en los objetivos que han de guiarnos en el propósito, y que han de definir su planificación.

Esta podría ser la relación de objetivos:

Objetivos generales

- Promocionar el ejercicio de la lectura entre todos los grupos de edad.
- Fomentar el diálogo y el debate sobre la obra literaria.

Objetivos específicos

- Incentivar el uso de las colecciones bibliográficas de las bibliotecas.
- Promover el patrimonio literario local.
- Auspiciar políticas de colaboración con otros agentes culturales y sociales del territorio.
- Favorecer el diálogo intercultural.
- Patrocinar el diálogo intergeneracional.

Los dos objetivos generales delimitan las finalidades genéricas del proyecto. Más que los resultados, expresan los propósitos e intenciones que perseguimos. En este aspecto, los dos objetivos definidos como generales hacen hincapié en la promoción de las dos actividades humanas que cimentan los clubes: la lectura y la conversación; la palabra escrita y decodificada en el acto de leer y la articulación de discursos orales sobre la obra leída.

Los objetivos específicos concretan los propósitos generales e indican la serie de efectos que se pretende conseguir. Así, los dos primeros inciden sobre el libro. El primero apela a la promoción de las colecciones de la biblioteca y al uso de las mismas; mientras que el segundo lo hace sobre la promoción de las obras que construyen su discurso ficticio o real, narra-

tivo o ensayístico desde o sobre el mismo ámbito local en que se ubica la biblioteca. El club de lectura se presenta de esta manera como un marco idóneo en el cual atender la obra de los autores locales.

El tercero de los objetivos específicos enfoca el club de lectura como estrategia mediante la cual poder establecer líneas de cooperación con otros agentes y/o instituciones del territorio. Las posibilidades son tan diversas como las realidades que alberga cada espacio físico del que dispone una biblioteca. No será lo mismo un medio urbano que uno rural, y aun entre los mismos medios rurales habrá grandes diferencias, tantas más entre los urbanos. No todos los municipios ofrecerán los mismos servicios, ni operarán las mismas instituciones ni las mismas entidades. Tampoco sus intereses ni sus campos de acción, ni sus objetivos, ni su actividad, ni su predisposición a la colaboración con la biblioteca serán iguales en todas partes, pero lo cierto es que se pueden establecer ejemplos que ilustren las intenciones y motivos de ese tercer objetivo.

Librerías, editoriales, entidades o instituciones que gestionen servicios sociales, otras que se orienten a la gestión medioambiental, escuelas de enseñanza básica y secundaria, escuelas de música, teatros y cines, son algunas de las entidades con las cuales la biblioteca puede crear vínculos de colaboración a través de los clubes de lectura.

De las librerías puede obtenerse alguna rebaja en el precio de los libros, a cambio de la visualización de su colaboración en los elementos de difusión y promoción que se realicen sobre el club de lectura.

Un club de lectura puede presentarse a las editoriales como un medio mediante el cual alargar la vida de las novedades literarias, sumidas en el ritmo trepidante de publicación y en la presencia tan prioritaria como efímera en las mesas de novedades de las librerías. Una estrategia de colaboración activa con las editoriales puede, además, proponer una línea de recuperación del fondo editorial, a través de la cesión por parte de la editorial de algunos de esos viejos ejemplares que, esperando la bajada de la guillotina, ocupan las bodegas de las grandes multitiendas, y que pueden gozar de nueva vida itinerando por los clubes de lectura y encontrando los ojos ávidos de unos lectores que no repararon en su existencia en el momento de salir al mercado. El trabajo cooperativo entre bibliotecas y editoriales alrededor de la dinámica de los clubes de lectura, puede provocar la planificación de acciones de visualización de las novedades que vayan más allá del clásico modelo de la presentación de libros. En este aspecto los clubes de lectura pueden aprovechar esas ediciones no venales, acaso pendientes de últimas correcciones, que a veces las editoriales utilizan como avances de las obras que unos meses después poblarán los estantes de las librerías, y que son enviadas a periodistas culturales y otros agentes de la cadena del libro antes de su llegada a las manos de los lectores, para hacer circular el libro aún inédito en los clubes de lectura y organizar, con motivo de la aparición oficial del mismo, un encuentro entre autor y lectores, que planteará sinergias novedosas, fruto de unas dinámicas caracterizadas por el hecho de que los lectores ya habrán tenido la oportunidad de leer el libro aun antes de su salida.

En otros espacios, ese objetivo que busca auspiciar políticas de colaboración activa con otros agentes culturales del territorio, ya sean públicos o

privados, instituciones municipales o fundaciones particulares, encontrará su despliegue en la complicidad de la biblioteca con instituciones que trabajen temas sociales. Una manera de concretar alianzas puntuales con estos agentes deriva de la programación de las lecturas y la evaluación de las posibilidades que las temáticas de las obras escogidas nos brindan como encaje coherente de colaboración. Este tipo de colaboración enriquece y dimensiona el contenido de las sesiones, pues representa el contrapunto entre la ficción novelesca planteada por el autor y el referente tangible del trabajo de esos agentes sociales. Una novela como *Norte* (Mondadori, 2011) del boliviano Edmundo Paz Soldán, constituye un texto perfecto para establecer un diálogo entre la experiencia vivencial de proximidad con la que trabajan estas instituciones y los elementos con los que Paz Soldán construye su ficción: la violencia, el desarraigo, la pobreza... Nos dará igual no habitar la frontera norte de México con EEUU; los conflictos tratados en la novela, sus causas y consecuencias, son tan universales, que sin duda encontrarán su espejo en nuestra realidad más cercana. Lo mismo cabe decir del recién reeditado texto de Agota Kristof *La analfabeta* (2015), universal ejemplo de los efectos de la inmigración, el desplazamiento y la ardua adaptación a una nueva lengua y una nueva cultura, ejemplo literario de las andanzas de este *homo viator* contemporáneo, obligado a abandonar raíces físicas y referentes culturales, empujado por la miseria o por la persecución política, y foco habitual del trabajo de los servicios sociales de cualquier territorio que devenga espacio de acogida.

La colaboración activa con los centros de enseñanza, en el marco de propuestas alrededor de los clubes de lectura, nos ayudará a penetrar en ese territorio inhóspito que es la lectura dirigida a los más jóvenes. Más

adelante, cuando toque tratar el tema de las estrategias de dinamización para grupos singulares, abordaré con más detenimiento el perfil del lector joven, y los elementos de promoción de la lectura entre los adolescentes.

Una colaboración puntual entre la biblioteca y la escuela de música beneficiaría a la última en cuanto al apoyo que la biblioteca puede prestarle en la difusión de sus servicios o la cesión de algunos de sus espacios y, a cambio, un grupo de estudiantes podría amenizar una sesión de un club de lectura con la banda sonora de algunos de los libros comentados: una sesión de *bebop* para acompañar el comentario de *El perseguidor* o de *Rayuela* de Julio Cortázar; sin salir del *jazz*, una sesión de piano podría ilustrar el ritmo y los motivos de la novela *Un invierno en Lisboa* del novelista español Antonio Muñoz Molina. También un piano podría interpretar algunas de las sonatas de Beethoven para acompañar una sesión dedicada a *Doktor Faustus* de Thomas Mann. La interpretación de música *rock* tendría un papel relevante en las sesiones dedicadas a *Alta fidelidad* del británico Nick Hornby, o *Qué viva la música* del colombiano Andrés Caicedo. Estos son algunos de los múltiples ejemplos en que una interpretación musical esclarecería en el lector las analogías palpables entre las estructuras y las construcciones de estas novelas y el ritmo de la música de la cual es deudora. Es, asimismo, una de las posibles colaboraciones entre la biblioteca y las entidades dedicadas a la enseñanza de la música, que pueden explorarse y adaptarse a las dinámicas de los clubes de lectura.

Finalmente, la adecuación parcial de algunas de las lecturas de un club a la programación del teatro municipal, otorga notables herramientas

de colaboración: dimensiona la lectura del texto teatral y sus comentarios a través de una propuesta de presentación textual-representación teatral, y puede acercar al teatro a los usuarios de la biblioteca, al tiempo que fomenta e impulsa la lectura de textos dramáticos. Estas líneas de colaboración que proponen una visión transversal y multidisciplinar del texto literario con la música y el teatro, también pueden proyectarse al medio cinematográfico, mediante diferentes acciones cooperativas, que busquen la retroalimentación de públicos entre los diferentes agentes culturales.

Si los dos primeros puntos de los objetivos específicos se centraban en el libro y el tercero hacía hincapié en el papel colaborativo de la biblioteca, impulsora de los clubes de lectura, con otros agentes socio-culturales del espacio sobre el que proyecta sus servicios y sus acciones, los dos últimos recaen sobre la figura del lector:

- Favorecer el diálogo intercultural.
- Patrocinar el diálogo intergeneracional.

Además vinculan sus propósitos con el segundo de los objetivos generales: el fomento del diálogo y el debate sobre la obra literaria.

Por intercultural e intergeneracional vamos a entender las características del debate que vinculan a los lectores con espacios físicos y temporales diversos. La diversidad de perfiles lectores que seamos capaces de agrupar alrededor de un club de lectura, constituirá la mejor garantía para dimensionar el texto comentado y enriquecer los pareceres sobre el mismo. Las opiniones que los lectores viertan sobre la lectura vendrán

determinadas, en gran parte, por un bagaje cultural deudor de una circunscripción a un espacio físico concreto. De ahí surgirá la manera de interpretar su relación con el entorno. Lo mismo cabe decir de su pertenencia a un devenir del tiempo concreto, esa identificación generacional que en muchos casos conlleva una manera de entender y vincularse con todo aquello que los rodea, tan divergente a las formas de entender y vincularse con el mundo de sus antecesores o de sus predecesores. La convivencia en un mismo grupo de lectores de diferentes orígenes espaciales y de diversas edades, habrá de establecerse como objetivo específico con el que potenciar el debate literario. En la heterogeneidad, multiplicidad y disparidad de opiniones habrá que buscar la clave del éxito de los clubes de lectura.



Categorización y tipología de los clubes

Hemos aventurado una definición de los clubes de lectura, esbozado una historia de los mismos y fijado una serie de objetivos que habríamos de plantearnos a la hora de planificarlos, organizarlos e impulsarlos. Ahora se haría necesario un intento de categorizar y clasificar los clubes de lecturas, porque, si bien es cierto que una misma definición sirve para todos (y los objetivos analizados anteriormente pueden ser aplicados a todos y cada uno de los clubes), el mapa tipológico de los clubes de lectura es muy variado. Se trata de un sencillo ejercicio taxonómico que configura una radiografía de experiencias y puede, a su vez, ayudarnos a configurar y decidir nuestro club de lectura.

Una primera clasificación se ajusta a la **temática** de los clubes de lectura, y toma como eje nuclear los denominados clubes de lectura abiertos o generalistas.

Un club de lectura abierto es aquel en el que no encontramos filtros de género, ni temáticos, ni específicos. Es el club de lectura por antonomasia, la reunión regular de un grupo de lectores para conversar sobre una lectura previa, y esa lectura puede ser cualquier lectura: puede transitar por los meandros vitales de la novela de aventuras, o por los endecasílabos de los cuartetos y tercetos de un soneto; puede organizarse en actos y completar los diálogos de los personajes con una rica combinación de acotaciones sobre los suntuosos vestuarios o la amplitud de gestos; pueden abrazar la acción de la narración o las ideas del ensayo...

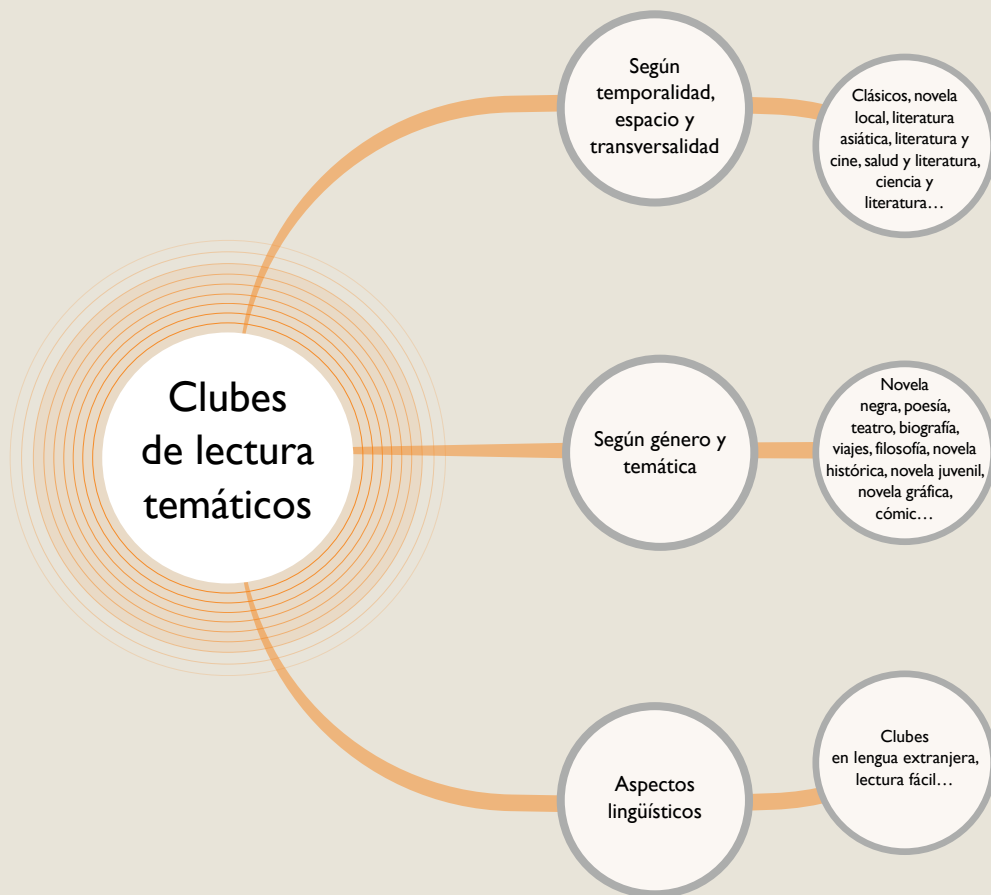


Fig. 1: Tipología de los clubes de lectura I.

Junto con estos clubes de lectura abiertos, un segundo grupo troncal lo forman los denominados clubes de lectura temáticos o específicos. Estos clubes son aquellos cuyo camino de lecturas sigue el trazado de un género literario, o bien de una literatura nacional o sigue la pista de los clásicos...

En la figura nº 1 se establecen tres posibles clasificaciones de estos clubes de lectura temáticos. El primero de ellos responde a la ubicación espacio-temporal de las obras programadas y a la transversalidad temática que ofrecen los títulos escogidos. Un club de lectura sobre textos de la Grecia clásica remite a un espacio concreto y a un tiempo determinado. La misma alusión espacio-temporal encontraríamos en un club de lectura sobre textos de la Ilustración francesa. Un club de lectura en que se programaran sucesivamente: *Los hermanos Karamazov* de Fiodor Dostoyevski, *Historias de San Petersburgo* de Gogol, *Diario de un cazador* de Iván Turguénev, *Oblomov* de Iván Goncharov, *La hija del capitán* de Alexander Pushkin o *Guerra y paz* de León Tolstoi, propondría un club de lectura de literatura rusa del siglo XIX, pero la sustitución de tres de esas obras por *Petersburgo (1914)* de Andréi Bely, o un poemario cualquiera de Anna Ajmátova o de Aleksandr Blok (ese poeta que tanto agradaba a Roberto Bolaño) o uno de los volúmenes de *Archipiélago Gulag* de Aleksandr Solzhenitsyn, obligaría a suprimir la referencia del siglo XIX para acabar proponiendo un club de lectura de literatura rusa.

Pero si de la lista de títulos del club de lectura de literatura rusa del siglo XIX, dejáramos solamente las obras de Dostoyevski y Turguénev y a estas añadiríamos una cualquiera de las novelas del ciclo *Rougon-Macquart* de Emile Zola, y *Los Malavoglia* de Giovanni Verga, y *El crimen del padre*

Amaro de Eça de Queirós, y *La Regenta* de Clarín y *Madame Bovary* de Gustave Flaubert y *Tiempos difíciles* de Charles Dickens, inutilizaríamos el componente espacial ruso para priorizar el temporal, siglo XIX, e incorporar el genérico; de manera que con esa selección de lecturas lo que estaríamos ofreciendo es un club de lectura de novela realista y naturalista del siglo XIX.

Todas estas variantes de clubes específicos responden a criterios espacio-temporales. Pero veamos otras posibilidades. Recuperamos a Ajmátova, Blok y Solzhenitsyn, y les añadimos al *Doctor Zhivago* de Boris Pasternak, *Foe* de J. M. Coetzee, *Amor y basura* del checo Iván Klíma, *Si te dicen que caí* de Juan Marsé, *Mal de amor* de Oscar Hanh y *Matar a los viejos* de Carlos Droguett, y construimos un club de lectura sobre literatura y censura, recurriendo a una propuesta de trabajo transversal que asocia la literatura con su ejercicio en tiempos de falta de libertades y de represiones. Esta transversalidad de temas, y este apoyo en diferentes materias para enfocar desde diferentes perspectivas el texto literario, se erigen como otra de las líneas de los clubes temáticos.

Si de los títulos del club de lectura de literatura y censura aislamos al *Doctor Zhivago* y lo integramos en una lista junto a *Mal de piedras* de la italiana Milena Agus, esa pequeña maravilla que es *La isla* de Giani Stuparich, los clásicos de la literatura española del siglo XX *El árbol de la ciencia* de Pío Baroja y *Tiempo de silencio* de Luis Martín Santos, la novela *Las confesiones del doctor Sachs* de Martin Winckler o la novela histórica de Mika Waltari *Sinuhé, el egipcio*, surge la programación de un club de lectura de literatura y medicina, que toma como hilo conductor la praxis

médica, la figura del médico o la presencia de la enfermedad, elementos presentes en las novelas citadas. Esa transversalidad nos permite transitar desde la medicina hasta la ciencia, o centrarnos en el contacto multidisciplinar de la literatura con artes como el cine o la pintura.

Pero el club temático por excelencia es aquel que busca su cohesión mediante el tratamiento de un género determinado: las novelas de Poli Délano, junto con las de la serie de Cayetano Brulé de Roberto Ampuero, las del argentino Oswaldo Soriano, los relatos que Rodolfo Walsh tejió alrededor del comisario Jiménez y del corrector editorial Daniel Hernández, las peripecias del Pepe Carvalho de Manuel Vázquez Montalbán o las del Montalbano de Andrea Camilleri, o clásicos como Poe, Hammett o Chandler poblarían las sesiones de un club de género negro. La poesía, el teatro, la literatura de viajes, el género biográfico, la novela romántica o histórica o fantástica o de ciencia ficción, así como el ensayo histórico o el filosófico son objeto de programación de clubes de lectura temáticos, que persiguen fomentar la lectura y el debate alrededor de la obra focalizando determinados géneros literarios o algunos campos concretos del conocimiento. Capítulo aparte merece el comentario de los clubes de lectura de novela juvenil, pues en este caso el género circunscribe un tipo de lector preciso, y el lector adolescente impone unas estrategias en la dinámica del club diferentes de aquellas con las que se sustentan los clubes de lectura en la que participan adultos.

Después de los clubes de lectura temáticos edificados desde la transversalidad de disciplinas o desde los géneros literarios, un último grupo de estos clubes remite a aspectos asociados con la lengua, ya sea en su vertiente

más lúdica, ya sea en su aspecto más educativo e integrador. Los primeros nos conducen hacia los clubes de lectura en lengua extranjera. Experiencias en torno a la lectura en que el grupo se reúne para conversar sobre un libro en la lengua original en el que fue escrito. No son clases de lengua, aunque, sin duda, resulta un ejercicio muy útil para enriquecer las competencias comunicativas de la lengua en cuestión, por lo que se requiere un nivel de competencia idiomática que permita, no solo acceder a la lectura en la lengua original, sino la capacidad de construir argumentos en esa misma lengua. La composición de estos grupos es dispar. La presencia por igual del extranjero que busca en la experiencia una remembranza del origen, o del oriundo que encuentra en la misma una posibilidad regular de practicar el idioma, convierte la práctica en un extraordinario ejercicio de comunicación.

La otra línea de estos clubes incide sobre aspectos educacionales e integradores y se dirigen especialmente hacia la población inmigrante y hacia personas de tardía o nula escolarización. Estos clubes de lectura se caracterizan especialmente por las ediciones utilizadas; materiales de lectura fácil adaptados a las necesidades de personas que tienen dificultades de comprensión lectora. La adaptación de estos textos responde a la adecuación formal, lingüística y temática de las directrices internacionales avaladas por la IFLA. Estas directrices insisten en la presentación de un discurso narrativo ordenado de forma cronológica, que prescinda de diferentes líneas de acción narrativa para centrarse en una única trama desde la cual hacer avanzar la historia, y excluya escenas corales o presentaciones polifónicas del discurso. También perseveran en el tratamiento amigable de la tipografía y la forma de los textos: márgenes holgados, interlineados am-

plios y una presentación gráfica atractiva, que invite a la lectura. La lectura fácil acaba por convertirse en una metodología con la que acercar el placer, el gusto y el hábito de la lectura a aquellas personas que presentan déficits de comprensión lectora. Una metodología que encuentra su más idóneo campo de acción en las dinámicas de los clubes de lectura.

La figura n° 2 resume un segundo tipo de clasificación de los clubes de lectura. Este responde a criterios estrictamente “bibliocéntricos”, pues su motivo reside en categorizarlos en función de la relación espacial que mantienen con la biblioteca, o, para ser más preciso, con su falta de relación espacial. Justamente el hecho que la biblioteca pública no sea la que acoja en su espacio la celebración de las sesiones de esos clubes de lectura, conduce a bautizarlos como clubes de lectura deslocalizados.

Un club de lectura deslocalizado será, pues, aquel club de lectura en el que la biblioteca pública ejerce labores de organización y colaboración aun sin ser ella la receptora física de las sesiones, ni ser ella la destinaria final de la actividad que los define, ya sea porque las sesiones las acoge la entidad con la que la biblioteca ha establecido la colaboración, ya sea porque el club de lectura no responde al modelo de presencialidad física por haberse proyectado como acto virtual.



Fig. 2: Tipología de los clubes de lectura II.

TODOS LOS CLUBES UN CLUB

Construcción de redes y ventajas del enfoque asociativo

Entendemos por sistema un conjunto de elementos que funcionan interrelacionados como un todo. El funcionamiento del conjunto dependerá del modo en que las partes se relacionan entre sí.

El cuerpo humano es un ejemplo prototípico de sistema: cada elemento de nuestro cuerpo ejerce funciones básicas para el mismo, pero solo las relaciones que se establecen entre sus elementos permiten el funcionamiento del conjunto, el sometimiento de este al movimiento y, consiguientemente, la vida del mismo.

La organización administrativa y política de los Estados actuales, responden a un modelo sistemático. Su funcionamiento dependerá, por una parte, de los diferentes elementos territoriales que se desplieguen sobre el espacio (municipio, provincia o distrito o departamento o región o estados (en el caso federal)) y las relaciones que se establezcan entre cada uno de estos elementos (centralizadoras o descentralizadoras respecto a la representación política del conjunto). Los servicios públicos que estas administraciones extienden sobre el mapa de sus ciudadanos también responden a los patrones sistemáticos de relaciones y conjunto. En este aspecto, uno de los ejemplos paradigmáticos es la prestación de los servicios de biblioteca pública.

Estos servicios se organizan sobre el territorio siguiendo un modelo de malla. Un funcionamiento en red que permite que cada una de las bibliotecas brinde sus servicios en el territorio de circunscripción y al mismo

tiempo los extienda más allá de sus límites. Así un usuario de una biblioteca cercana a su domicilio puede acceder con el carnet tramitado por su biblioteca a los servicios de otra situada en el otro extremo de su ciudad, o en la región o distrito o comarca adyacente a la suya o más alejada de esta*.

La informatización del trabajo ha resultado clave para la deslocalización espacial que propone una organización en red: consulta de catálogos colectivos en línea, gestión de catálogo de actividades, desarrollo del préstamo interbibliotecario de ejemplares bibliográficos o audiovisuales, etc...

A continuación vamos a ver cómo puede aprovecharse este planteamiento cooperativo del funcionamiento de las bibliotecas en el marco de la articulación de los clubes de lectura, estableciendo un ejemplo metonímico en la que el club de lectura sea la parte y la biblioteca sea el todo.

Imaginemos una ciudad de millón y medio de habitantes distribuidos a lo largo de 100 km². A esa notable densidad poblacional hay que añadir el éxito de un modelo turístico que año tras año atrae a millones de visitantes. El servicio municipal más valorado por los habitantes de esa ciudad es una red de bibliotecas que cuenta con 50 equipamientos distribuidos a lo largo de toda la ciudad. Cuando aún no eran 50 las bibliotecas que formaban la red, una de ellas lanzó la propuesta pionera de organizar un club de lectura. La propuesta obtuvo rápidamente la respuesta entusiasta de los usuarios. El éxito —y la lista de espera de los interesados en participar en la

* Se refiere al sistema de canje interbibliotecario [N. del E.].

iniciativa– provocó que al año siguiente esa misma biblioteca ofertara un segundo club de lectura. Pero los ecos de ese éxito –fruto, en gran medida, del entusiasmo con el que todos los agentes implicados desarrollaron el proyecto– resonaron mucho más allá de la biblioteca organizadora y empujaron a otras bibliotecas de la ciudad a organizar sus clubes de lectura. Tres años después de iniciarse la primera experiencia ya eran veinte los clubes de lectura que funcionaban en la ciudad.

A los primeros clubes de lectura, clubes abiertos (según la tipología descrita anteriormente) comenzaron a unírseles otras proposiciones de clubes temáticos. Estos nuevos clubes respondían a demandas de los usuarios pero también a una estrategia mediante la cual adelantarse a las necesidades de esos mismos usuarios. Nacieron clubes de lectura de lenguas extranjeras, en los que las instituciones representativas de esas realidades lingüísticas (que trabajaban por su difusión y promoción en la ciudad de acogida) desarrollaron importantes acciones de colaboración, aportando profesionales para conducir los clubes, facilitando la difusión de la experiencia entre su público potencial, etc... Pronto una línea determinó la expansión de estos clubes de lectura específicos: la adecuación del club específico a la especialización de la biblioteca, de manera que una biblioteca cuyo fondo documental estuviera especializado en ciencia, creaba un club de lectura de ciencia y literatura; otra que se hubiera especializado en literatura de viajes organizaba un club de lectura afín a esa especialidad; y lo mismo con el género teatral y con el poético y con el cinematográfico... en un intento que pretendía dar a conocer las colecciones documentales y a la vez fidelizar a un público interesado por estas temáticas. Pronto las fidelizaciones comportaron otra interesante consecuencia: la tendencia de

los fieles lectores a desplazarse desde diversas partes de la ciudad hasta la parte de esta en la que se ubicaba la biblioteca que brindaba esa oferta cultural que vincula una colección concreta y una programación específica. Una retroalimentación de públicos que se movían de unas bibliotecas a otras atraídos por sus afinidades selectivas.

El crecimiento geométrico de los clubes de lectura coincidía con el de las nuevas bibliotecas que iban completando la red municipal. La analogía era tanta, que no había nueva biblioteca que priorizara la organización de su club o de sus clubes de lectura como piedra angular de la programación de actividades. Ese mismo crecimiento replanteó la estructura organizativa de la red, dotándola de un núcleo que coordinara las piezas, les diera apoyo y centralizara determinados aspectos del trabajo bibliotecario, en pos de una mejor optimización de los recursos.

La pieza central del nuevo entramado bibliotecario impulsó la compra de lotes de libros para los clubes de lectura y propuso unos estándares y una normativa que regulaba su funcionamiento. La inversión, sostenida durante unos años, dedicada a la compra de libros, propició que doce años después de la aparición de aquel club de lectura pionero, los clubes de lectura organizados por las bibliotecas llegaran hasta los 90, los lotes de libros fueran ya 1200 y el número de ejemplares llegará hasta 30.000 (1200 títulos multiplicados por los 25 ejemplares que formaban cada lote). Los 1200 lotes estaban depositados en los almacenes de las 50 bibliotecas de la red, en función de la biblioteca que hubiera solicitado los títulos de compra durante el periodo de proyección e inversión inicial y de la obligada redistribución que hubo de efectuarse en base a la capacidad de los al-

macenes de cada una de las bibliotecas. Así, cada biblioteca era depositaria de una serie de lotes y responsable de gestionar el circuito de estos títulos por los diferentes clubes de lectura que los hubieran programado.

La figura n° 3 ilustra el flujo básico de los lotes de los clubes de lectura. La biblioteca depositaria envía un lote solicitado por la Biblioteca B. Una vez finalizado el uso de este lote, la Biblioteca B puede retornar el lote a la biblioteca depositaria o bien puede enviarlo a las bibliotecas C o D si estas han programado en alguno de sus clubes el título solicitado por B a la biblioteca depositaria.

La multiplicación de clubes de lectura complejiza hasta tal punto la gestión de los circuitos de los lotes y la misma programación, que pronto se hace necesaria una reorganización que homogenice los procesos. Así, los dos puntos básicos de la organización de los clubes de lectura: **programación** (selección de lecturas) y **distribución** (circulación de lotes), son redefinidos en busca de un mejor funcionamiento. Para la distribución, segundo de los puntos, se construye un nuevo esquema de funcionamiento.

En la figura n° 4, la multiplicación de las diferentes bibliotecas depositarias es sustituida por un almacén central, que aglutina, distribuye y acoge todos los libros utilizados en los clubes de lectura. Desde este punto central se coordinarán todos los movimientos de los libros, tanto la salida y entrada de los mismos en el almacén central, como los pasos intermedios de aquellos libros que se utilicen en más de un club de lectura.

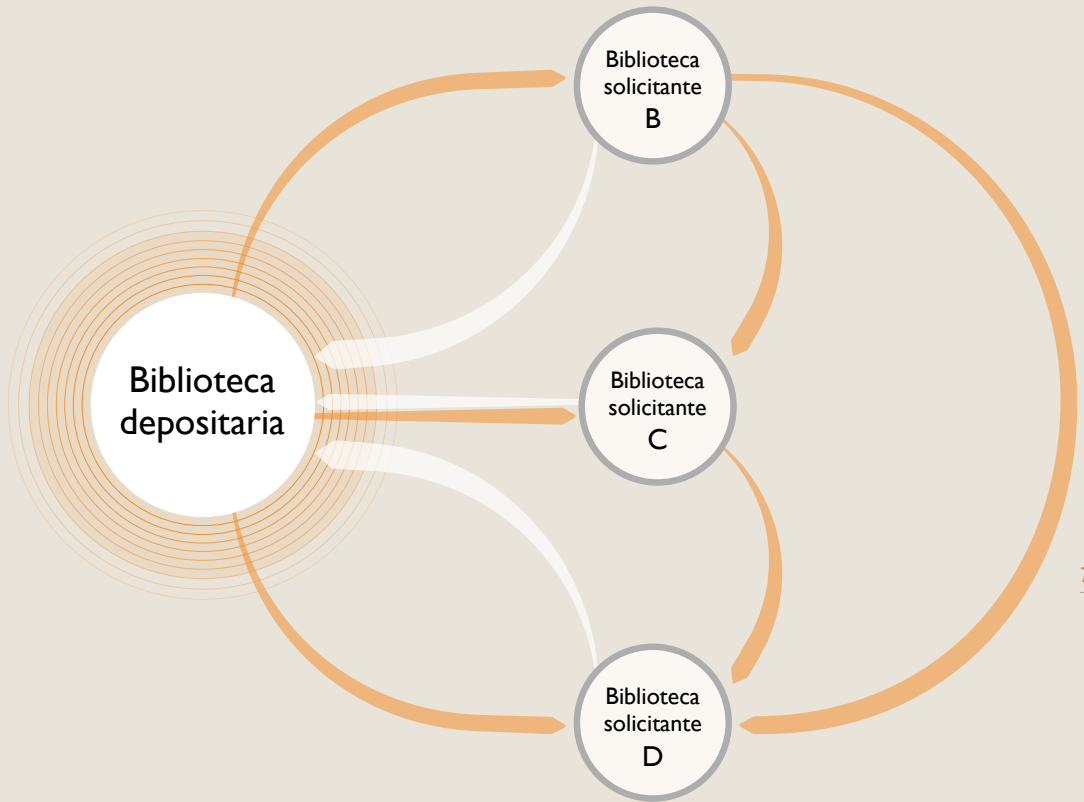


Fig. 3: Flujo básico de los lotes de los clubes de lectura.

El esquema recoge pues dos posibles movimientos. El indicado por las flechas y que define un circuito en el que el libro es programado en un único club de lectura. Y el indicado por las líneas que unen los puntos A, B, C, D, E y F, que ilustran los posibles movimientos de los libros por más de un club de lectura y su vuelta final, una vez concluido el año o la temporada, hacia el almacén central. Esta nueva organización del tráfico de los libros y la reformulación del papel de contenedor de libros de las diferentes bibliotecas de la red que organizan clubes de lectura, simplifican el funcionamiento y optimizan los recursos. Ahora será el almacén central quien vincule los itinerarios y las rutas de los lotes.

El otro punto de revisión y mejora que mencionábamos era el de la selección de los títulos. En esta red de bibliotecas, la programación de los clubes de lectura se extiende durante los nueve meses en que se desarrolla el año o temporada. Se prolonga, pues, durante nueve meses, con la pausa que imponen los tres meses de verano. Esto significa que habrá de adjudicar una lectura en cada una de las 810 sesiones anuales que celebran los clubes de lectura (los 90 clubes de lectura realizan 9 sesiones cada uno). Asimismo, la organización del circuito de los lotes de libros obliga a que todos los clubes de lectura hagan la selección de títulos a la vez. Esta selección de títulos implica que cada club de lectura relacione un título para cada uno de los nueve meses en que se celebrarán las sesiones del club. Pero no bastará con consignar un título, habrá que prevenir la eventualidad de que más de un club de lectura escoja, de entre los 1200 títulos ofrecidos, un mismo título para la sesión de un mismo mes, y habrá que hacerlo pidiendo a cada club que elija, por orden de prioridad, tres opciones de lectura para cada una de las sesiones.

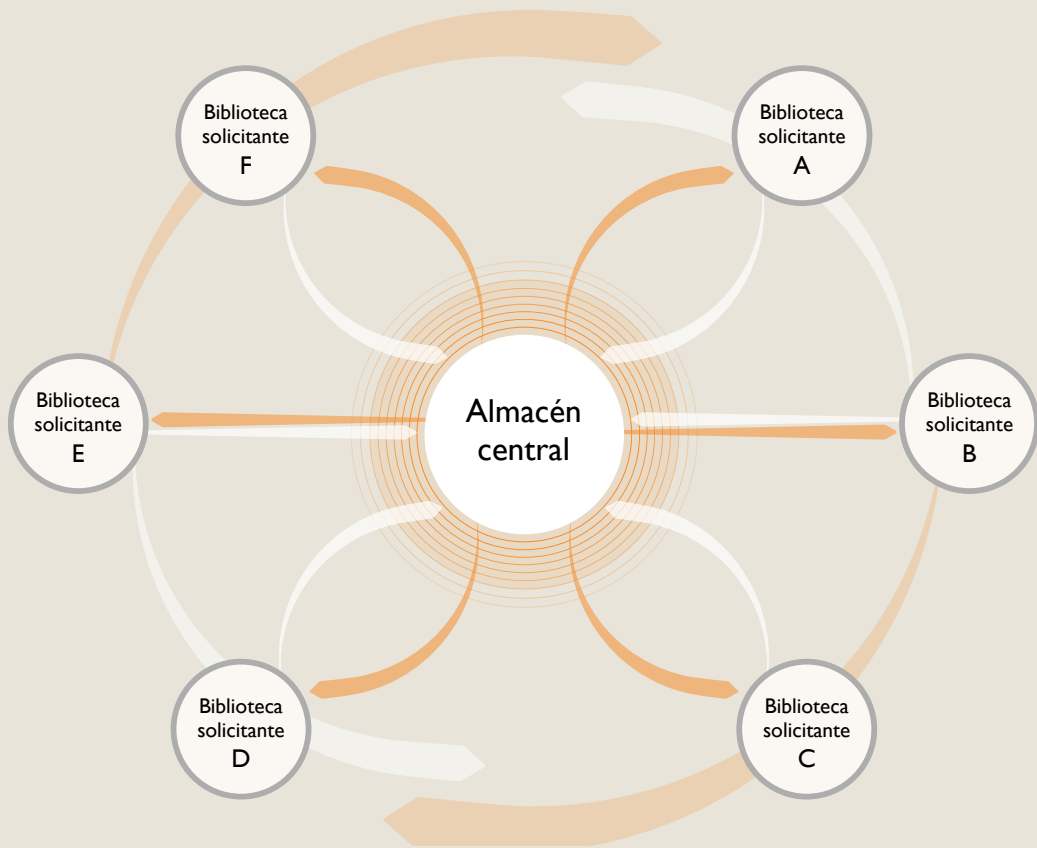


Fig. 4: Flujo de los lotes de los clubes de lectura con almacén central.

De esta manera, el procedimiento de trabajo con el que cerrar la programación de las sesiones se hacía muy arduo. Durante las dos semanas fijadas, coincidiendo con el cierre del año, cada club de lectura enviaba al coordinador de los clubes, la selección de los 27 títulos para la siguiente temporada (tres opciones, ordenadas por prioridades, para cada una de las nueve sesiones). Una vez recibidas todas las preferencias de los 90 clubes de lectura, habían de detectarse todos los conflictos que planteara la coincidencia de un mismo título para más de una sesión durante el mismo mes. La labor de identificación y de asignación de segundas y hasta de terceras opciones era colosal, ya que después de identificar los conflictos, había que valorar la prioridad de los clubes específicos sobre los clubes abiertos: un conflicto por la elección de un mismo título de filosofía entre un club de lectura abierto y un club temático de filosofía habría que resolverlo a favor del último. Además, la toma equitativa de decisiones a la hora de resolver conflictos entre los clubes abiertos imponía no perjudicar siempre a los mismos clubes, de modo que un desfavorecido al serle adjudicada una segunda opción en un conflicto, hubiera de ser el beneficiado con la primera opción en el siguiente conflicto en el que se viera inmerso. Se imponía, pues, la necesidad de un sistema de automatización que simplificara el procedimiento, y al tiempo lo hiciera más ágil y efectivo.

Con este fin se diseñó una aplicación informática que asegurara la homogenización del proceso y fuera a la vez un instrumento de comunicación entre los diferentes responsables de los clubes de lectura. La utilización de herramientas 2.0 y la materialización de un producto web habrían de facilitar el propósito. La aplicación se proyectó creando diferentes perfiles de acceso: un perfil único encargado de la administración del sistema en su

conjunto y con acceso ilimitado a todas sus funciones, y un perfil de clubes con acceso limitado a sus prestaciones.

Primer bloque de la aplicación: Datos de la colección

Los perfiles operaban sobre los diferentes bloques en que se dividió la aplicación. El primero de ellos se refería a la colección: los títulos ofrecidos para cerrar el calendario de lecturas.

Este esquema recoge los diversos campos informativos del bloque.

Edición	Autor	Título	Género	Ejemplares	Biblioteca	Disponible	Activo

Además de los campos que describen al libro: *Autor*, *Título*, *Género* y número de *Ejemplares*, encontramos el enlace de *Edición*, mediante el cual se puede acceder a la pantalla del documento y profundizar en su descripción y el de *Biblioteca*, que nos indica dónde están depositados los ejemplares. El campo *Disponible* nos marca, a través de una tabla dinámica, la posibilidad de disponer o no del título en el momento de hacer la consulta y, finalmente, el campo *Activo* nos informará si dicho título está en

condición de ser elegido o bien está fuera del circuito (pérdida, ejemplares defectuosos y no sustituidos, etc.).

La pantalla a la cual accederemos al activar el enlace de edición, nos completará la descripción del título, entregando información sobre las temáticas tratadas en el libro, el año de adquisición del mismo y un campo de descripción en el cual el administrador del sistema podrá añadir comentarios de sus características formales. Otro campo, abierto en el perfil de clubes, facilitará la integración de algunas opiniones representativas que la lectura del título en cuestión ha generado en los clubes de lectura en los que se ha programado, así como un sistema de puntuación del mismo, ya sea a través de gráficos de estrellas o mediante una evaluación aritmética de 1 a 10.

En este bloque de la aplicación resulta muy importante realizar un trabajo esmerado de categorización y descripción de las lecturas, ofreciendo a los clubes una organización sistémica de las temáticas, indicando la adecuación de los títulos que pueden ser programados en los clubes de lectura específicos. Una buena utilización de los lotes, exige que, a través de esta herramienta de gestión de los clubes de lectura, se informe de la presencia de elementos temáticos que hagan coherente la utilización de un título en un club de lectura para el cual no fue adquirido.

Utilizaremos un par de ejemplos volviendo a nuestros conocidos Eunice Parchman y Martín Edén. La novela de Ruth Rendell *Un juicio de piedra*, adquirida para los clubes de novela negra, puede ser utilizada también por un club de literatura y cine. Las prestaciones informativas que nos procura la aplicación nos permitirá indicar que la novela tiene una adaptación

cinematográfica realizada por Claude Chabrol y titulada *La ceremonia*. Igualmente, si en el circuito de libros para los clubes de lectura se incluye la novela de Jack London, podremos informar en la aplicación que dicho título puede ser objeto de integración en ese mismo club de literatura y cine, ya que la novela fue adaptada en 1942 por Sidney Salkow, con Glenn Ford interpretando a Martín Edén, y titulada en español *El barco de la muerte*.

Asimismo, la disponibilidad para un club de lectura de teatro de los dramas de Shakespeare: *Enrique IV*, *Enrique V* o *Ricardo II*, no solo permiten programar los libros en ese mismo club de literatura y cine gracias a las adaptaciones homónimas que de esos dramas realizaron respectivamente Marco Bellocchio (del *Enrique IV*) o Kenneth Branagh o Lawrence Olivier (del *Enrique V*), sino que el *Ricardo II* también podría encontrar hueco en ese club gracias a la adaptación parcial que Orson Welles hizo del drama de Shakespeare bajo el título de *Campanadas a medianoche*. Esta optimización del uso de los lotes disponibles y su encaje natural y coherente en otros clubes para los cuales no fueron adquiridos, es una muestra palpable del provecho y de las posibilidades que nos ofrece la aplicación a la hora de realizar una mejor gestión.

Segundo bloque de la aplicación: Datos de los clubes

Un segundo bloque de la aplicación cuantificará los clubes de lectura. La información esencial que habrá de alojar este bloque sobre cada uno de los clubes de lectura será la siguiente: nombre del club, nombre de la biblioteca en el que se celebra, año de creación, nombre y correo electrónico de la persona responsable de su gestión, y patrón de periodicidad de

las sesiones, determinado en función del día de la semana y semana del mes (por ejemplo: 2^{do} lunes de mes o 3^{er} miércoles de mes o 4^{to} jueves de mes). Desde la pantalla de cada club podremos acceder al calendario de lecturas, una vez este se haya cerrado, pudiendo consultar el título asignado en cada una de las sesiones y el número de asistentes que han participado en cada una de ellas.

Club	Biblioteca	Creación	Responsable	Contacto	Periodicidad

Tercer bloque de la aplicación: Gestión del calendario

El tercer bloque de la aplicación es el que pone en contacto los dos anteriores y el que nos permite agilizar el cierre de la programación de los clubes, asignando un título del bloque de colección a cada uno de las sesiones definidas en el bloque de clubes. El automatismo de procedimientos que nos ofrece la aplicación nos facilita el cierre de esta programación y nos ahorra muchas horas de trabajo. El proceso se define de la siguiente forma: durante una semana al año, se abre la opción de selección de cada uno de los clubes. Como se había hecho antaño, la semana no divergirá en exceso de las fechas de clausura del año vigente, de manera que poco después de clausurar una temporada ya tengamos definida la programación de la ve-

nidera. Durante estos siete días, cada uno de los usuarios de los perfiles de clubes de lectura (tantos como clubes estén en funcionamiento) introducirán tres opciones de lectura por mes en un calendario. Acabado el periodo de selección, el administrador generará de forma automática el calendario, y la estructura algorítmica que soporta la aplicación informática detectará los conflictos de programación y propondrá posibles resoluciones. El administrador sopesará las soluciones propuestas por el sistema y las validará o no en función de su adecuación a las premisas previas.

Para que la aplicación detecte una situación de conflicto entre la selección de títulos de dos clubes de lectura, habremos de tener en cuenta la concreción de la franja temporal de conflicto. Lo más conveniente es precisar esa franja sumando a los treinta días que separan una sesión de otra, un cojín de diez días que nos permita recuperar todos los libros prestados, reintegrarlos en el lote y gestionar el envío hacia la siguiente biblioteca que lo haya programado. Para calcular esos cuarenta días, la aplicación siempre utilizará el patrón de periodicidad que hayamos definido en la pantalla de los clubes (2^{do} lunes, 3^{er} martes, 4^{to} jueves...).

Vamos a ver un ejemplo de como operará el sistema.

Los clubes de lectura de relato corto de la Biblioteca A y de lectura abierto de la Biblioteca B han escogido el mismo libro para las sesiones de septiembre y octubre. Según el patrón de periodicidad en que se celebran las sesiones de cada club, y tomando como calendario el del presente año 2015, el club de la Biblioteca A necesitará el libro de relatos de Collyer para el día 21 de septiembre (3^{er} lunes de mes). Ese día lo repartirá y lo dejará en

CLUB DE LECTURA	BIBLIOTECA A
Relato corto	3 ^{er} lunes del mes
Elección de septiembre	<ol style="list-style-type: none">1. Gente al acecho – Jaime Collyer2. Vidas vulnerables – Pablo Simonetti3. Hombres del sur – Manuel Rojas

CLUB DE LECTURA	BIBLIOTECA B
Abierto	2 ^{do} jueves del mes
Elección de octubre	<ol style="list-style-type: none">1. Gente al acecho – Jaime Collyer2. Tengo miedo torero – Pedro Lemebel3. Escenario de guerra – Andrea Jęftanovic

préstamo para comentarlo durante la sesión del 19 de octubre (3^{er} lunes de mes). Vemos que el club abierto de la Biblioteca B necesitaría el libro el 8 de octubre (2^{do} jueves de mes) para repartirlo entre sus componentes y comentarlo durante la sesión del 12 de noviembre (2^{do} jueves de mes). Cotejando las fechas será fácil darse cuenta de que la Biblioteca B necesita el libro de Collyer cuando lo está utilizando la Biblioteca A. La aplicación detectará el conflicto de fechas y el administrador tendrá que adjudicar la lectura de Collyer a uno de los dos clubes, en función de las prioridades que decida establecer, y que en este caso, tratándose de un club de lectura de relatos cortos y un club de lectura abierto, debería dar prioridad al primero. Consiguientemente, el libro de Collyer se adjudicará al club de lectura de la Biblioteca A y a la Biblioteca B se le otorgará la segunda de las opciones escogidas: *Tengo miedo torero* de Pedro Lemebel.

Pero sigamos revisando el camino de esa selección ficticia de los clubes de lectura de una red de bibliotecas municipales.

Hemos visto que el conflicto de programación entre los clubes de lectura de la Biblioteca A y la Biblioteca B se resolvía asignando la primera opción a A y la segunda opción de la elección a B. Sin embargo, apreciamos que esa primera resolución del conflicto genera uno nuevo, pues la novela de Pedro Lemebel que se había asignado al club de lectura de la Biblioteca B choca con la primera opción de la elección del club de lectura de temática LGBT de la Biblioteca C. Acudiendo de nuevo al calendario ya sabemos que la Biblioteca B necesitará la novela de Lemebel el día 8 de octubre y el club de lectura de la Biblioteca C lo necesitará el día 22 de octubre. De nuevo, el conflicto determina que una biblioteca necesite el libro cuando la otra

CLUB DE LECTURA	BIBLIOTECA B
Abierto	2 ^{do} jueves del mes
Elección de octubre	<ol style="list-style-type: none"> 1. Gente al acecho – Jaime Collyer 2. Tengo miedo torero – Pedro Lemebel 3. Escenario de guerra – Andrea Jęftanovic

CLUB DE LECTURA	BIBLIOTECA C
LGTB (Lésbica, gay, bisexual y transexual) de género	3 ^{er} lunes del mes
Elección de septiembre	<ol style="list-style-type: none"> 1. Tengo miedo torero – Pedro Lemebel 2. Querelle de Brest – Jean Genet 3. El hombre que se enamoró de la luna – Tom Spanbauer

lo tiene prestado a los miembros del club, y de nuevo la consideración de específico del club de la Biblioteca C respecto al club de la Biblioteca B habría de decantar la resolución del conflicto a la concesión de la primera opción a C y de la tercera opción a B. Finalmente el club de lectura de LGBT leerá a Lemebel y el club abierto de la Biblioteca B leerá *Escenarios de guerra* de Andrea Jeftanovic.

Multipliquemos esta casuística por las 9 sesiones anuales y noventa clubes de lectura (las consabidas 810 sesiones) y apreciaremos la necesidad perentoria de disponer de una herramienta de gestión automatizada con la que cerrar la programación. Seguramente también repararemos en la conveniencia de establecer cinco opciones de elección en lugar de las tres de los ejemplos.

Cuarto bloque de la aplicación: Explotación de datos

El cuarto y último bloque de la aplicación incidirá en el vaciado, el tratamiento y la explotación de los datos e indicadores que genere la actividad de los clubes de lectura. Es importante prever el máximo número posible de variables, tanto de listados de datos como de informes que crucen datos de los diferentes indicadores y los concrete mediante una fórmula matemática. Entre los primeros destacaremos el número de clubes, el número de sesiones anuales, el número de asistentes, el número de lotes que integran la colección, pero también los listados de programación de cada uno de los clubes de lectura, tanto la programación del año vigente como la de las temporadas anteriores. Todos los datos generados por los clubes de lectura en el transcurrir de sus diferentes ediciones, generarán

un histórico que será muy útil, tanto para recuperar la información de todas las lecturas de todos los clubes, como también para establecer listados de los libros y los autores más leídos, por años y en el total histórico, o de los géneros o temáticas más programados. El análisis del bloque de la colección nos permitirá saber siempre el número de lotes con los que contamos; nos proporcionará información sobre el número de cada uno de los lotes según géneros y temáticas, y aun podremos confeccionar un informe que nos detalle el porcentaje de cada género y temática en el conjunto de todos los títulos disponibles.

El tratamiento de las cifras de asistencia nos permitirá cuantificar el número de participantes de cada club de lectura, así como el total de ellos y el promedio de participación en todos los clubes. Los informes nos darán luz sobre el porcentaje de asistentes de cada club respecto al total de los mismos. Las posibilidades son inmensas y la observación atenta y la comparación entre los diferentes indicadores resultan elementos imprescindibles a la hora de evaluar los resultados de la actividad y su adecuación a los objetivos trazados.

En la figura n° 5 vemos como deberían interactuar los cuatro bloques fundamentales de una aplicación de gestión de los clubes de lectura.

Sin duda, una vez automatizada la gestión de qué leerán los clubes de lectura (programa informático) y de cómo llegará cada lote de libros a los espacios físicos en que se desarrollan los clubes de lectura (almacén de gestión centralizada) habremos dado un paso de gigante en la construcción de ese gran club de lectura que serán todos los clubes de lectura.

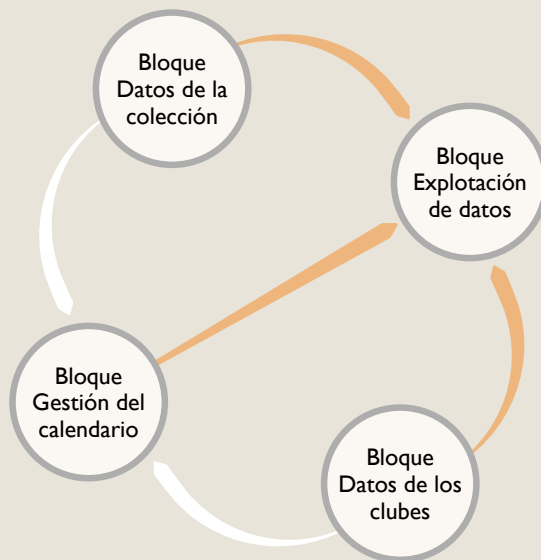


Fig. 5: Interrelación de los bloques de la aplicación para la gestión de los clubes de lectura.





EL LECTOR

Herramientas de difusión para crear el grupo de lectores

Una vez decididos a organizar un club de lectura, marcados los objetivos y decidido el club de lectura que queremos organizar, el paso siguiente apunta a establecer una estrategia con la que comunicar y difundir la iniciativa, una maniobra con la que hacer llegar a los posibles interesados nuestra propuesta.

Antes de pensar en los mecanismos de difusión más eficaces, se hace necesario diferenciar dos casuísticas que, sin duda, influirán decisivamente en la manera como habrán de diseñarse las estrategias de difusión. Existe la posibilidad que el club de lectura y su acomodo entre la programación cultural que ofrece la biblioteca surja de un interés manifestado por la comunidad de usuarios. En ese caso, la biblioteca adaptará su programación para cubrir una necesidad expresada. Este caso perfila un grupo de lectores más cohesionado desde el inicio, donde el interés particular antepone la iniciativa de los lectores a la de la biblioteca y, consiguientemente, esa disposición puede predisponer a los miembros del club a asumir una mayor autonomía en su funcionamiento respecto a la biblioteca. Además, estos usuarios que han manifestado una necesidad cultural no satisfecha hasta ese momento, y que han impulsado su creación, tomarán como propio el hecho de ampliar el grupo, propagando entre allegados y conocidos la noticia de la puesta en marcha del club. El despliegue de difusión en forma de red, un boca a boca que irradia entre personas más o menos próximas al núcleo que impulsa la propuesta, determina que ese grupo nazca con unos vínculos relacionales preestablecidos.

El otro caso nos sitúa en un contexto diferente. Aquí es la biblioteca quien pretende adelantarse a las necesidades de sus usuarios, creándoles la expectativa del club de lectura como un marco de disfrute en el cual compartir con otros lectores las opiniones originadas por una lectura común. El grupo se habrá de formar en su totalidad y las complicidades de sus miembros con otros potenciales participantes no se desplegarán antes del inicio de una actividad cuyo funcionamiento se desconoce. Estas complicidades, de producirse, no surgirán hasta que la satisfacción modele su relación con la actividad después de haber participado de la misma. Solo entonces, la satisfacción íntima les conducirá a establecer entre sus allegados el conocido mecanismo del boca a boca. Este segundo caso nos impulsa a ser más incisivos en la comunicación y más cuidadosos en la elaboración de las estrategias de difusión que utilizaremos para conseguir crear nuestro primer grupo de participantes.

En líneas generales, podemos identificar dos tipos de difusión: la difusión interna y la difusión externa.

Difusión interna

La difusión interna es aquella que depende de la misma biblioteca, utilizando los recursos que le son propios e incidiendo directamente sobre sus usuarios.

Algunas de las posibilidades que nos ofrece este tipo de difusión son:

- Utilización de los puntos de libro (marcapáginas).
- Elaboración de materiales de difusión sencillos que puedan ser

encartados entre las páginas de los libros (prestados por ejemplo: postales, volantes o folletos).

- Comunicación personalizada entre posibles interesados.
- Utilización de redes sociales.

La difusión interna podría a su vez dividirse en directa e indirecta. La difusión interna *directa* incidirá sobre la proximidad física del destinatario. La *indirecta*, sin prescindir de los recursos propios, apelará al destinatario virtual seguidor de las redes sociales de la biblioteca.

Para la difusión interna directa podemos servirnos de sencillos y efectivos elementos materiales. La confección de un marcapágina, ese instrumento que se caracteriza por facilitar al lector la prueba física de su recorrido lector (y puede servir para recordarle la fecha de devolución del libro), en el que figure una breve descripción del club de lectura que pretendemos poner en marcha, así como el calendario con las fechas de los encuentros y el listado con las lecturas que darán vida a las sesiones, resulta un elemento de difusión de gran efectividad. El usuario/lector, y participante potencial de la iniciativa, recibirá junto con el libro prestado ese marcapágina, recordatorio del club de lectura, que ejercerá un papel de aviso entre la clausura puntual de la actividad lectora y su recuperación posterior. Siempre, en el momento de iniciar la lectura o de concluirla eventualmente hasta el siguiente instante lector, el usuario se encontrará con nuestra propuesta de lectura compartida. Siempre rondará en su tiempo lector un anzuelo con el que atraparlo.

Junto con la utilización de los marcapáginas, podemos elaborar otros materiales con los que difundir nuestro club de lectura (como postales, volantes o folletos). La idea es trabajar con formatos pequeños, de fácil manejo y que puedan ser encartados en los libros que los usuarios toman en préstamo. Estos documentos de difusión han de constituir herramientas eficaces de comunicación, capaces de captar la atención del destinatario. Asimismo, tendrán que contener todas aquellas referencias informativas ineludibles con las que ofrecer una visión completa de nuestro club de lectura.

Para captar la atención del destinatario utilizaremos una redacción que apele directamente a su posible interés y que encabece de manera visual y destacada el material de difusión. Ese *leitmotiv* debería reflejar e incidir sobre los elementos esenciales de la propuesta y configurarse como un cebo con el que atrapar al lector. Su contenido tendría que recaer sobre la idea de la lectura y la conversación como eje de complementariedades. Finalmente, esa proclama, que debería tener tintes de señuelo publicitario, habría de exhortar directamente al destinatario, interrogándole sobre algunas de las cuestiones cuyas respuestas acaso habrá de encontrar con su futura participación en un club de lectura.

Con lo dicho podríamos concluir con los siguientes ejemplos:

- ¿No tienes con quién comentar lo leído?
- ¿Te gustaría poder conversar sobre tu última lectura?
- ¿Desearías dar voz a tus opiniones sobre un libro?

Club de lectura

2º lunes de mes a las 19:00 h

Sala de actos de la biblioteca

¿Te gusta leer?

¿Te gusta tener alguien con quien comentar tus lecturas?

El club de lectura de la biblioteca satisface ambos deseos, congregando a sus miembros una vez al mes para debatir una lectura común con la guía de un especialista.

Descubre la dimensión de una novela en boca de una veintena de personas después de haber sido leída por una cuarentena de ojos.

La lectura requiere soledad,
el club de lectura invita a la compañía.

¡Inscríbete!

Modelo para difusión y convocatoria de un club de lectura. Incluye horario, periodicidad, lugar de celebración y dinámica de la iniciativa. Fuente: Óscar Carreño, Clubes de lectura. Obra en movimiento, UOC, Barcelona, 2012.

Esas tres interrogaciones denotan el contenido básico de un club de lectura, y extienden sobre el potencial interesado un marco de expectativas suficientemente sugerente como para decidirse a participar de la experiencia.

El resto del contenido comunicativo del impreso con el que difundir nuestra propuesta habría de ceñirse a la información más esencial: sucinta exposición del funcionamiento, calendario de fechas de los encuentros, listado de las lecturas que centrarán el comentario de cada uno de ellos, así como otros elementos informativos que podemos considerar argumentos con los que atraer a los posibles participantes: nombre del conductor de las sesiones, presencia de algún autor en las mismas...

La tercera de las proposiciones nos remite a la comunicación personalizada de la propuesta a los interesados mediante la comunicación verbal directa; ya sea utilizando las complicidades que otorga la relación regular del personal de la biblioteca con sus usuarios más habituales; ya sea mediante la información que nos ofrezcan los títulos que un usuario no habitual tome en préstamo. Alguien sobre quien hayamos deducido un interés por el ensayo científico observando los títulos de los libros que adquiere en préstamo, podría estar interesado en participar en un club de lectura de temática científica.

Finalmente, las herramientas que nos ofrecen las nuevas tecnologías y las redes sociales, designadas como indirectas en el sentido que no interfieren directamente sobre la presencialidad de los interesados sino sobre sus perfiles virtuales, deberían suponer un apoyo muy importante en la comunicación y difusión de nuestro club de lectura.

Difusión externa

Por difusión externa entenderemos aquellas acciones que requieren la utilización de los mecanismos de difusión y comunicación de otros agentes afines a la biblioteca e instituciones colaboradoras. Al establecer los objetivos de los clubes de lectura, hemos observado las posibilidades de colaboración que la organización de un club de lectura proyectaba sobre agentes y entidades de nuestro ámbito territorial de actuación. Establecer colaboraciones con esas entidades alrededor de la difusión y comunicación que de nuestras actividades puedan realizar estas a través de sus procedimientos, puede resultar de extraordinaria ayuda para la biblioteca en general y para la difusión del club de lectura en particular. La difusión de nuestra propuesta de club de lectura que pueda realizar una entidad concreta, en un escenario colaborativo y en un marco de interés compartido, resulta en sí mismo una herramienta de difusión selectiva que actuará sobre un colectivo predispuesto a la participación. Para seguir con el ejemplo científico, la difusión que una entidad dedicada a la divulgación de temas científicos pueda realizar entre sus asociados y/o simpatizantes acerca de un “club de lectura de literatura y ciencia” impulsado desde la biblioteca, puede incidir directamente sobre un núcleo predispuesto a la implicación y la participación.

Un marco colaborativo que sondee las posibilidades que ofrece la difusión y comunicación mutua y recíproca entre dos agentes culturales, implica, igualmente, una estrategia eficaz con la que saciar la retroalimentación de públicos. Habrá quien acuda por primera vez a la biblioteca para participar en su nuevo club de lectura de teatro, alertado por el boletín electrónico (*mailing*) de una asociación de teatro aficionado, ubicada en el mismo ám-

bito territorial que la biblioteca; y habrá algún usuario de la biblioteca que participe en dicho club y que, aficionado al teatro, decida, a raíz de la experiencia de lectura compartida, integrarse en la asociación para compartir y trabajar en sus proyectos.

Un apunte sobre el lector y la recepción de lo leído

Aun a riesgo de esquematizar en exceso, y por tanto simplificar en demasía, pueden detectarse tres momentos en la evolución de la crítica literaria contemporánea, eso es desde el Romanticismo hasta nuestros días. Los tres momentos responden a la elección del lugar en el que el teórico coloca el foco de su trabajo. Durante el Romanticismo, el ejercicio de la crítica literaria estaba sujeto a los pormenores biográficos. El acercamiento al texto y el hallazgo de las claves interpretativas del mismo estaban sometidos a los avatares vitales de su autor; a sus dolores y angustias, a sus ilusiones y alegrías (en las primeras más que en las segundas, dígase de paso). El texto literario estaba impregnado de ese sujeto romántico que exaltaba el individualismo. La literatura era una vía egocéntrica con la que revelarse de las opresiones sociales y de sus convencionalismos.

Los formalistas rusos y los estructuralistas cambiaron el foco de interpretación del texto literario. No había que buscar las esencias significativas de las obras en las peripecias vitales de los autores, sino en el texto mismo. El texto era soberano. Nada interesaban ya las experiencias del creador, ni sus andanzas ni sus lances, tal vez porque el *qué* (la materia experiencial con la que el escritor construye el discurso narrativo) no preocupaba lo más mínimo a estos nuevos observadores del fenómeno literario. Lo real-

mente importante era el *cómo* se erigía el discurso, tanto a nivel estilístico (el uso que en cada momento se hacía del lenguaje, visto este uso como característica singular, reacia a cualquier pragmática) como estructural (la manera en que se ordenaba el material). Ese interés exclusivo por el propio texto motivó un esfuerzo de sistematización del discurso narrativo y de sus factores internos que desembocaría en principios tan conocidos como el de las “31 funciones y las 7 esferas de acción” de Propp o la “teoría del cronotopo” de Bajtin o, siguiendo los pasos de Levi-Strauss en la antropología, la búsqueda de unos denominadores comunes universales que permitieran comparar y vincular estructuras narrativas en el tiempo y el espacio.

El tercer movimiento focal de la teoría narrativa prescinde de la biografía del autor, y del poder omnisciente del texto, para enfocar al lector. Aunque sus orígenes se tengan que buscar en la Fenomenología de Husserl, nos centraremos en el trabajo de los dos teóricos alemanes a los que se deben las formulaciones básicas de la denominada *Estética de la recepción*: Hans Robert Jauss y Wolfgang Iser. En el epicentro de intenciones de ambos reside la intención de situar al lector en el eje de todo acercamiento a la obra literaria y el propósito de otorgarle un emplazamiento activo en relación al texto, superando la condición de receptor pasivo de discursos más o menos biográficos, de estructuras preestablecidas o de efectos formales...

Una premisa básica preside esta óptica del lector y la obra literaria: no hay dos lectores que hagan una lectura idéntica de una misma obra. Y para acabar de redondear la premisa, podría afirmarse que un mismo lector no hace dos lecturas iguales de una misma obra. Orientar este planteamiento hacia la realidad de los clubes de lectura nos va a resultar muy útil.



Fig. 6: Experiencias y expectativas..

En primer lugar, como demostración empírica: no hay ejemplo más palpable de lo aseverado que escuchar las opiniones que un grupo de veinticinco personas que forman un club de lectura vierten sobre la obra leída. La segunda utilidad no apela tanto a la posterioridad de la experiencia y la confirmación de la hipótesis, cuanto a su función como elemento anticipatorio del funcionamiento de un club de lectura, por lo que tiene de propuesta sobre la psicología del lector. La primera de estas utilidades remite a la experiencia, la segunda a la expectativa. Experiencia y expectativa, las dos variables fundamentales con las que Iser y Jauss se acercan a la teoría del lector.

Horizonte de experiencias, horizonte de expectativas

La ilusión óptica del conejo-pato ha sido frecuentemente utilizada para ejemplificar las variables perceptivas que determinan nuestro reconocimiento de una imagen. Al observar el dibujo, habrá quien reconozca las largas orejas de un conejo. Otros, en cambio, verán en esa forma prolongada la inconfundible silueta del pico espatulado de un pato. El observador que haya identificado al pato en una primera observación, acaso no volverá a hacerlo en una futura oportunidad, cuando el recuerdo de esa primera experiencia ya se haya perdido en el limbo del olvido; quizás entonces surja con fuerza ante sus ojos el tímido relieve del perfil del conejo y las formas apenas trazadas de su boca. Vemos pues, que no solamente diferentes observadores verán indistintamente un conejo o un pato, sino que a un mismo observador podrá aparecerse el pato, y con el transcurso del tiempo la misma imagen le remitirá a un conejo.

La palabra y su relación significativa parecieran no compartir con la ilusión óptica esa diversidad perceptiva. Dicho de otro modo, el significado de una palabra, su contenido significativo, remite a la cosa designada. Las convenciones comunicativas nos han conducido a comprender la intangibilidad de la palabra abstracta a través de su relación con la representación figurativa de los efectos que produce. Comprendemos el significado de “pobreza” o “timidez” o “alegría” o “tristeza” cuando representamos esas abstracciones en un catálogo de gestos faciales o bien cuando reconstruimos el aspecto físico de una persona sometida a los rigores de dicho concepto. En los casos de palabras ambivalentes, el recurso tipográfico de un acento diacrítico o las claves significativas que nos aporta el contexto de la frase, serán suficientes para percibir su significado.

Pero ¿qué pasa con esas construcciones complejas de la palabra que son los ejercicios literarios? ¿Cómo interpretamos los significados de una novela? ¿Cómo esclarecemos sus claves o nos decantamos por una de las posibles y múltiples significaciones que puede ofrecernos un texto literario? Para intentar responder estas preguntas, y ya sabemos que cada respuesta a una pregunta genera otra pregunta, los teóricos de la recepción acuñaron la idea de horizonte de experiencias. Siguiendo la estela de Hume, quien en su *Tratado de la naturaleza humana* afirmaba que la experiencia es el elemento concluyente con el que dirigir nuestro entendimiento del mundo, los teóricos de la recepción señalaron el horizonte de experiencias del lector como el factor fundamental mediante el cual este interpreta las significaciones del texto, se identifica con él y, en definitiva, lo completa o incluso lo recrea y refunda. Ese horizonte de experiencias no es otra cosa que el poso de vivencias que la vida sedimenta en el lector.

Los efectos de la lectura de *La vida entera* (Lumen, 2010) del escritor David Grossman, no será el mismo en un lector o lectora que haya experimentado la paternidad o la maternidad que en otro u otra que no la haya incorporado entre sus experiencias. No quiero decir con esto que el que haya sido padre o madre esté en mejores condiciones de valorar y comprender la dimensión del texto, me refiero al grado de identificación que el lector/padre o la lectora/madre tendrá ante la dramática peripecia de la madre que se lanza a recorrer a pie el país para demorar la confirmación oficial de la muerte en combate de su hijo Ofer. En esa profundidad identificatoria que se establecerá entre el lector/padre y la lectora/madre y el texto, operará un tipo de catarsis que no se manifestará en el lector/no padre o lectora/no madre.

En *El comprador de aniversarios*, el novelista español Adolfo García Ortega ficciona las vidas no vividas de Hurbinek, un niño de tres años que pulula por el barracón del campo de exterminio de Auschwitz, el mismo campo que acogía las penurias de Primo Levi. El escritor italiano se refiere a él en *La tregua*. Un día, de sopetón, los pobladores del barracón no se encuentran con la diminuta y escuálida figura infantil de Hurbinek. No hace falta decir nada, el silencio certifica una muerte que García Ortega intenta burlar creando para el pequeño Hurbinek una posteridad impostada, una secuencia ficcional de lo que podría haber sido la vida de un Hurbinek adolescente, adulto y aun anciano. Una vez más, el flujo de experiencias de cada lector determinará la recepción de la novela y el impacto de la peripecia, pero cabrá suponer que aquel lector que haya incorporado en su bagaje de experiencias el trato con niños, o haya compartido de manera asidua espacios y tiempos con ellos, o haya gozado con sus ocurrencias, o haya vislumbrado en ellos la felicidad a la que les somete el descubrimiento

continuo de todo lo que les rodea, o haya reparado en la alegría infantil de no saberse condicionado a otro arbitrio que el del juego; en definitiva, para quien, entre los presentes en un club de lectura, convoque en ese sedimento de la experiencia que es la memoria, los avatares de una infancia feliz, el impacto del libro será mayúsculo. En el seno del grupo se diversificarán las razones de ese choque, habrá quien la relativice y habrá quien recurra al dolor de la lectura para justificar la clausura del libro antes de llegar a la última página. El horizonte de experiencias motiva que cada lector complete la obra recibida de un modo único e intransferible. Recoger las diversas expresiones de esa complementación es el cometido de los clubes de lectura.

La materialización de este cometido será tan variable como el número de sus miembros. Con ocasión de la lectura de *El jardín de los Finzi-Contini* de Giorgio Bassani, habrá lectores que vean en ese jardín la clausura de una prisión, otros percibirán el refugio de un paraíso. La prolongada reclusión de Hans Castorp en el sanatorio de Davos será interpretada por algunos lectores como el gesto voluntario de apartamiento de un mundo burgués que se hunde; en cambio, otros verán una metáfora de ese miedo a la libertad que auspicia la protección de un Estado totalitario y que anticipa la llegada del III Reich. En otra sesión, dedicada a *Muerte en Venecia* de Thomas Mann, la conversación se articulará a través de las múltiples respuestas a la pregunta: ¿qué misteriosa significación esconde la enfermiza atracción de Aschenbach hacia el efebo Tadzio?

Las diversas respuestas a una pregunta pueden construir u orientar las sesiones de los clubes de lectura: ¿qué esperan realmente los soldados atrincherados en un fuerte militar lindante con la altura de los cerros y la

planicie de un desierto de piedra? ¿Quién son o a quién representan esos bárbaros? ¿Qué oscura significación tiene esa terrorífica máquina que preside la colonia penitenciaria? ¿Qué tenebrosas fuerzas destruyen la casa Usher? ¿Cuáles toman la casa de aquellos hermanos solterones? ¿Cuál es el auténtico sueño *En la noche boca arriba*, el del motociclista accidentado o el del desgraciado que espera la hora de su sacrificio? Preguntas que erigen una interrelación activa entre el texto y el lector, relación desigual pues, como afirmaba Borges, el primero no podrá existir jamás hasta que el segundo no actúe sobre él.

Junto a ese horizonte de experiencias que condiciona e ilumina las opiniones e interpretaciones de los componentes de un club de lectura, convive otro horizonte: el de las expectativas. Toda expectativa lectora que crea una obra literaria es previa a la consumación de su lectura e incluye los presupuestos y premisas con las que el lector recibirá la obra que será leída. Son diversos los elementos que contribuyen a la construcción de las expectativas. Encontramos los elementos paratextuales de la obra, como el abanico de sugerencias que puede desplegar el título de un libro o la sinopsis de su contracubierta. También juegan un papel importante en la configuración de ese horizonte de expectativas las opiniones y consejos (o desavenencias) expresadas al lector por su círculo más inmediato, o la opinión que la crítica haya generado acerca del libro en cuestión.

La configuración de esas expectativas vendrá directamente determinada por una complicidad de gustos. Conformará un marco de expectativas positivas y de atracción hacia la lectura de la obra, las opiniones cuya contrastación pasada, a través de anteriores lecturas recomendadas, hayan

encontrado el beneplácito de la satisfacción. El mismo mecanismo provocará que las opiniones positivas vertidas sobre una obra a la cual nosotros no hemos encontrado ninguna de las virtudes que sustentaban el elogio de los otros, acaben por ser disuasorias: “Como todo lo que me ha recomendado no me ha gustado, este libro que ahora me recomienda no ha de merecerme ni tan siquiera el esfuerzo de comenzar su lectura”, sería el planteamiento paradigmático de esa disuasión, en el caso de las opiniones de allegados; o bien, “como todo lo que este crítico literario encuentra bueno a mi no me lo parece tanto (o nada), no voy a leer nada de lo que recomiende como buenas lecturas”, en el caso de las opiniones externas. Pero la experiencia lectora cumple una función primordial en la creación de ese horizonte de expectativas. La lectura de las obras anteriores de un autor crea un marco de expectativas ante un nuevo libro: “si los anteriores me gustaron este también me gustará”; o bien, “si los anteriores no me gustaron este tampoco me gustará”. La tradición ejerce otro factor importante en la creación de las expectativas previas a la lectura, pues esta, a través de la constitución del canon literario, consigna aquellas obras que, convirtiéndose en clásicos, habremos de leer un día, dotándolas de unos valores positivos que determinarán la expectativa del lector.

Pero ¿cómo actúa el horizonte de expectativas en el ejercicio de la relectura? ¿Podemos considerar que el mero hecho de repetir la lectura de un libro ya predispone en nosotros unas expectativas positivas? ¿Cómo tendrán que valorarse aquellas opiniones que sostienen que la primera vez no les había gustado nada el libro y que, en cambio, esta segunda vez sí que les ha gustado?

El marco de lectura y debate que ofrece un club de lectura resulta idóneo para tejer algunas propuestas de posibles respuestas a estas preguntas. Toda relectura ofrece una modificación del horizonte de expectativas, en la que la experiencia influye decisivamente, puesto que la primera lectura de esa obra ya forma parte de nuestra experiencia y al rencontrarnos con la obra operará decisivamente sobre nuestras nuevas expectativas. Vamos a ejemplificar lo dicho a través de una sesión de club de lectura sobre la pieza teatral *Madre coraje y sus hijos* de Bertolt Brecht y la opinión de dos posibles lectores de ese club.

Pedro García Escudero, alardea de su pasado de ex militante comunista con la misma efusividad con la que evoca su desencanto y su salida traumática del partido. Pedro, asistente habitual del club de lectura, rememora su primera lectura de la obra de Brecht durante los tiempos de militancia. Sus expectativas de entonces determinaban el encuentro con un escritor que había construido sus textos teatrales desde la ortodoxia del marxismo. Pedro convirtió aquel texto teatral acerca de las peripecias de *Madre Coraje* en una suerte de paradigma de la alienación del ser humano ante los mecanismos economicistas del intercambio, una alienación que justificaba la guerra y el sacrificio de los hijos en pos de las posibilidades de negocio. Entonces el texto le entusiasmó, pero ¿y ahora?, cómo ha valorado esta nueva lectura, una vez que los ardientes años juveniles de lucha e idealismo han quedado atrás. Cuando Pedro, ya viejo y desencantado, incrédulo y hasta reacio a pensar que la mejora del colectivo merezca siquiera un esfuerzo de lucha, cuando este colectivo ha demostrado ser moldeable y adaptable a las formas que el poder ha ideado para perpetuarse: consumismo, el valor de poseer o de poder mostrarlo... pues a Pedro ahora la lectura, sin desa-

gradarle, no le ha gustado tanto como entonces, cuando la expectativa de afinidad ideológica lo predisponía a encontrar en las páginas de Brecht ya no un texto de alto valor literario, sino una guía intelectual que reforzara las verdades de sus creencias y la justicia de sus actos. El nuevo horizonte de expectativas con el que se había acercado a Brecht había incorporado la experiencia de aquella lectura y la experiencia de su desencuentro con aquellos antiguos postulados del comunismo. Ahora ya no se situaba desde la afinidad ideológica y desde la certeza de encontrar en la voz del dramaturgo alemán un referente de autoridad y prestigio. Ahora a Pedro le ha dejado bastante indiferente la lectura política del texto y ha sentido lástima y pena (aquello que tanto hubiera irritado a Brecht) por Madre Coraje. Si en una primera lectura, mediatizada por la experiencia política, a Pedro le había entusiasmado el texto como ejemplo del indudable peso que el materialismo ejerce en el devenir histórico y como ejemplo de la perspectiva dialéctica hegeliana que tanto había influido en Marx, ahora, abjurando de todo eso, no le encontraba otro valor que el de la desgraciada peripecia de unos personajes sometidos a los rigores de una época adversa.

Por otra parte, Ana es una joven estudiante de medicina a la que le encanta leer y participar del club de lectura. La lectura de novelas y de literatura le sirve para desconectar de la disciplina de estudio que impone la ciencia hipocrática. Además, le agrada poder escuchar la opinión de los demás sobre la lectura y contrastarla con la propia. A Ana no le ha gustado la obra de Brecht. No tenía más expectativas que las generadas por el propio conductor del club cuando presentó la siguiente lectura al concluir la sesión anterior. El nombre de Brecht resonaba en los oídos de Ana como el eco de una leyenda, uno de esos nombres cuya aureola legendaria lo aproxima más a

la referencialidad de la ficción que no a la realidad de la autoría. Ana no ha acabado de entender las motivaciones de Madre Coraje, no ha sentido ninguna empatía hacia ella, ha encontrado sus acciones y sus opiniones confusamente contradictorias. Pero durante la sesión, cuando ha escuchado al conductor presentar las intenciones de Brecht, vinculándolas con esa teoría del distanciamiento con la que el dramaturgo alemán construía sus textos; cuando ha escuchado a Pedro relacionar su primera y entusiasta lectura de Brecht con su militancia comunista; cuando ha reparado en el enfoque que un par de miembros del club han proyectado en el texto como un duro alegato antibelicista, entonces un nuevo horizonte de expectativas, de más amplios y generosos presupuestos, la ha convencido de la necesidad de volver a leer la obra para ratificar u observar todo lo apuntado, para contemplar todas las opiniones vertidas sobre la misma y que acaso a ella le han pasado inadvertidas en esa primera lectura. Ana y Pedro convergen en la disimilitud, ambos interpretan las variantes que han regido o regirán la segunda lectura de la obra de Brecht, pero lo hacen desde el contraste de motivaciones: la actual falta de identificación ideológica de un Pedro que antaño estuvo sometido a una solidaridad ideológica con el autor modifica el impacto, la interpretación y, en último lugar, su goce del texto de Madre Coraje; mientras que una primera lectura de Ana, carente de componentes e interpretaciones ideológicas, adquiere una nueva dimensión cuando estas se plantean en la sesión como resorte o mecanismo de interpretación de la obra; es entonces cuando en Ana se erige un nuevo horizonte de expectativas.

Los horizontes de expectativas y de experiencias que rigen la recepción que cada lector hace de un mismo texto resultan muy útiles cuando los

enfocamos hacia las dinámicas de un club de lectura, porque nos otorgan indicios sobre la psicología de los lectores que lo integran. El elemento de expectativa nos sirve, además, para orientarlo hacia el mismo club pues, como en la recepción de la obra comentada, en todo lector opera un marco de expectativas previas que lo acerca a formar parte de un club de lectura, y en el cumplimiento de esa expectativa –en la satisfacción que pueda ocasionarle su participación en el club– radicarán buena parte de su éxito.



LOS LIBROS: ELECCIÓN DE TÍTULOS

Comentarios preliminares

Para iniciar esta importante parte del texto vamos a invocar a Perogrullo: no hay literatura sin escritor, así como no hay club de lectura sin libro. De la misma manera que las nuevas tecnologías han posibilitado que muchas de las piezas de la cadena del libro conocida hasta hoy se hayan convertido en prescindibles, y han convertido al escritor en la única pieza irremplazable (y me refiero a la persona física que escribe, y que no siempre coincide con la que firma la obra); el elemento indispensable de un club de lectura será el libro. Y lo es porque su lectura da sentido a la actividad y lo define en sus elementos más esenciales (lectura, debate, intercambio...). Bajo esta premisa será, pues, muy importante la selección de los libros que habrán de conformar la programación de un club de lectura. Llegados a este punto, una serie de preguntas emergen al respecto: ¿Qué libros son los más adecuados para programar en un club de lectura? ¿Acaso existen estos libros?

¿Tienen cabida en ellos los *best sellers* o superventas? ¿Y qué hacemos con aquellos libros que imponen a los lectores notables esfuerzos de atención y tiempo? ¿Y qué papel pueden ocupar los clásicos?

En las próximas líneas intentaré esbozar algunas posibles respuestas a las preguntas formuladas.

Antes de entrar en materia resulta necesario hacer pequeña reflexión que incide en aquello que no se debe hacer: no hay que seleccionar los títulos

pensando en contentar a los miembros del club, ni escogerlos buscando en ellos algunos parámetros preestablecidos que puedan conducirnos a pensar que serán del agrado de la mayoría de los participantes. En primer lugar, porque ya hemos visto que sobre cada lector opera un horizonte de expectativas y experiencias que hacen única cada recepción de una obra literaria, y consiguientemente, buscar esas unanimidades en el gusto literario no puede conducirnos a otra cosa que al fracaso. En segundo lugar, y no menos importante, porque cerrar una propuesta de lecturas con la intención de agradar a todos los lectores no es, en ningún caso, el objetivo de un club de lectura.

Una característica fundamental que determina un club de lectura es la orientación del mismo en función de la selección de los títulos que lo componen. Cuando perfilábamos un intento de clasificación de los diferentes clubes de lectura ya hemos visto cómo se construían los clubes de lectura temáticos o específicos. En otros casos, no será la selección del título sino la preferencia por una edición concreta la que determinará la constitución de un club de lectura fácil.

Nos hemos preguntado anteriormente por los llamados *best sellers*. Antes de referirme a ellos, se hace necesario un matiz. Cuando de ahora en adelante me refiera a los *best sellers* aludiré a aquel género literario que nace para ser un *best seller*, y adapta sus temas y formas a unas características estereotipadas que determinan el gusto de un época concreta y que, por lo tanto, pueden facilitar su consumo masivo; es decir, su entrada en el circuito cultural de un sociedad concreta y un momento determinado. Esa adaptabilidad puede referirse a fenómenos de corto plazo: los ecos de

un éxito inesperado que dirigen las estrategias de los editores hacia un país o un subgénero determinado (por ejemplo, la irrupción masiva de autores japoneses tras el éxito de Murakami, la avalancha de novelistas suecos de novela negra tras el éxito mundial de Stieg Larsson, la proliferación de intrigas esotérico-religiosas que se vivió tras la aparición de *El código Da Vinci* o el alud de historias vampíricas después de los libros de Stephenie Meyer), o bien a características formales y de largo plazo: la arraigada idea de que un libro que aspire a ser un *best seller* debe narrar una historia diáfana y única, y tendrá que narrarla siguiendo escrupulosamente el orden cronológico de la sucesión de acciones, apostando por personajes de poca profundidad, sin el relieve de las contradicciones (unas contradicciones que pueden confundir al lector), en el que los malos sean muy malos y los buenos muy buenos; en definitiva, un texto que lleve de la mano al lector y lo sumerja en un juego de identificaciones básico y pasivo, sin el matiz de las dudas ni las aristas de la incertidumbre. Un juego de filiaciones entre texto y lector con las reglas claras y diáfnas.

Otro tipo de libro es aquel que acaba convirtiéndose en *best seller* sin la voluntad de haber nacido para ello. Son aquellos casos extraordinarios en que una obra, sin poseer ninguna de las atribuciones previamente detalladas, acaba por ser comprada masivamente.

Cuando los títulos se ponen al servicio de los fines

Ya hemos visto cómo podemos orientar la temática de un club de lectura con la selección de títulos, encauzando la propuesta hacia clubes temáticos que abarquen un género determinado, un espacio o una época, o incluso seleccionar una edición concreta del texto en función de su adecuación a perfiles de neolectores. No será necesario insistir en el tema.

También hemos visto cómo la programación de una lectura concreta puede pretextar una colaboración, en el marco del club de lectura, con algunos de los agentes o entidades del territorio. La selección del título responderá en ese caso a establecer un marco de complicidades con otros colaboradores que nos permita amplificar la propuesta.

Directamente vinculado a este objetivo, sí me parece interesante comentar y ejemplificar la selección de títulos encaminada a interpelar a un determinado perfil de lector.

Suele invocarse aquella máxima de que cada persona ha de encontrar su libro; ese libro que como ningún otro habrá de servirle para desvelar los ángulos ocultos de su personalidad, de su vida y del mundo que la rodea. Para conocerse y conocer al otro. Para reconocer con nueva mirada el espacio que nos rodea. La historia de la literatura nos ha dejado abundantes ejemplos: *Romeo y Julieta* de Shakespeare, el *Werther* de Goethe, *El guardián entre el centeno* de Salinger o la hoy casi olvidada *Love story* de Erich Segal, entre muchos otros. Estos libros encontraron una amplia cantidad de lectores que creyeron descubrir —ya sea en las cuitas de Werther, en los adversos avatares de los jóvenes veroneses, en las

aventuras emancipadoras de Holden Caulfield o en los trasiegos vitales de una joven pareja de estudiantes— las claves con las que decodificar ciertos misterios de la existencia, gracias a la identificación con unas ficciones que planteaban un efecto espejo: el lector se (re)conoce en el otro ficticio a través de las páginas del libro.

Es cierto que los ejemplos planteados podrán verse como muestras estereotipadas y en ocasiones extensibles a los géneros: la novela romántica para las lectoras que pueblan los pasillos de los asilos de ancianos, la literatura de viajes para aquellos lectores conscientes que la existencia está sujeta al movimiento constante o la novela negra de tramas sencillas para los lectores que se agolpan en los vagones del metro. Pero no menos cierto es también que determinadas obras inciden de manera más efectiva que otras en determinados perfiles de lectores y/o receptores de una obra de ficción (las películas de Kevin Smith gozaron de un éxito extraordinario entre los jóvenes porque, como pocas otras, universalizaron sus problemas y su relación con las vicisitudes de fines del siglo pasado). Este propósito es el invocado en el título de esta sección: cuando los títulos se ponen al servicio de los fines.

Aceptando, pues, que algunos títulos y/o géneros arraigan más y mejor en el gusto de determinados perfiles lectores, ¿podremos utilizar la selección de títulos para llegar a lectores no habituales en los clubes de lectura? ¿Es posible aplicar esta estrategia a los lectores jóvenes?

Las incompatibilidades entre adolescencia y lectura han sido extensamente estudiadas, contabilizadas y referidas, incluso entre aquellos jóvenes

que encontraron en su infancia el deleite de los libros. De los trece a los dieciocho años (en el mejor de los casos) la vida del adolescente suele estar en otra parte, lejos del papel y de las vidas o aventuras imaginadas antaño al ritmo de un suceder de páginas. Luego, cuando el rugir de las hormonas se amortigua al ritmo con el que el acné despuebla los rostros, algunos de los jóvenes que en su infancia mantuvieron una estrecha ligazón con los libros, recuperan sus relaciones con una letra impresa en la que reencuentran motivos para el deleite, el gusto por la propia lectura y, en algunos casos, la alternativa literaria al estudio de los manuales de derecho penal, los vademécums médicos, las monografías del pensamiento renacentista o a una retahíla de volúmenes sobre cálculos de estructuras, materiales de construcción o tablas periódicas de elementos químicos. No obstante, el retorno a los placeres que nos brinda la ficción novelesca no siempre acaba cuajando y en ocasiones requiere de estímulos e impulsos ajenos.

Los clubes de lectura y una selección estratégica de títulos pueden constituir estímulos con los que propiciar esa vuelta a la actividad lectora. Esos estímulos pueden construirse a través de los géneros literarios que en sí mismos constituyen poderosos polos de atracción para los lectores más jóvenes: plantear un club de lectura de cómic o manga puede resultar una estrategia eficaz mediante la cual atraer a ese tipo de lector.

Otra estrategia que puede resultar útil para captar esa franja de lector/a de 20 a 30 años que tan difícil resulta conducir hasta los clubes de lectura es la de hermanar dos elementos en aparente conflicto: la literatura y la obra audiovisual, entendiendo esta en toda un abanico de posibilidades de soportes y medios. Por ejemplo, programar novelas como *Ático* de Gabi

Martínez o *Piezas secretas contra el mundo* de Carlos Labbé, textos en los que el lenguaje y las estructuras de los videojuegos determinan la construcción misma de las novelas, puede resultar atractivo para posibles lectores aficionados a esa otra virtualidad aventurera que proponen los videojuegos. Lo mismo serviría con la televisión y con obras como *Aire nuestro* de Manuel Vilas o *Los muertos* de Jorge Carrión.

Para ganarse al aficionado al cine y hacerlo partícipe de la propuesta de un club de lectura nos resultarán muy útiles novelas como *Las películas de mi vida* de Alberto Fuguet, aquella remembranza vital y cinéfila con la que Beltrán Soler nos explica su vida. O bien esa conflictiva relación padre-hijo, solo atenuada, y a veces superada, gracias al cine, que proyecta el canadiense David Gilmour en su novela *Cineclub*. O esa obra repleta de elipsis (aunque cada elipsis salvada no hace otra cosa que descubrir otra) que es *Sospechosos*, la novela cinematográfica de David Thomson con la que precede y alarga la vida de algunos de los grandes personajes que el celuloide ha construido dentro del género negro. En resumidas cuentas, estos son algunos de los muchos ejemplos en los que podemos utilizar los títulos programados persiguiendo el noble fin de capturar lectores no habituales para un club de lectura.

Difundiendo el patrimonio literario o el papel de los clásicos en los clubes de lectura

Toda biblioteca es un reducto del patrimonio literario. Entre sus responsabilidades debe contarse la de salvaguardar ese patrimonio, la de organizarlo y la de darle difusión, acercándolo al usuario y animándolo a su lectura. Todo clásico es, además, un diálogo con los ancestros que se proyecta en el tiempo. Como afirma Italo Calvino, un clásico es aquel libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir, de ahí que su recorrido se antoje infinito y las señales dejadas en el lector atento resulten indelebiles al paso del tiempo. No hay ejercicio literario más posmoderno que *La divina comedia*, en la que el mismo autor de la obra se pasea por el texto en compañía de su principal referente (Virgilio). No hay ejemplo más metaficcional que *El Quijote*, ni mayor imaginería vanguardista que *Tristram Shandy*, ni modelo de novela-río más precoz que *La comedia humana* de Balzac. O, cambiando el enfoque, ¡cuanto debe la serie *House of Cards* (o su precedente literario de Michael Dobbs) al *Ricardo III* de Shakespeare! Un clásico es como una vigorosa rama que aguanta el peso del racimo de frutos nacido de sus entrañas.

Y ¿qué marco más adecuado para su lectura y sus comentarios que un club de lectura? ¿Qué obra podrá adaptarse mejor a las motivaciones y propósitos de un club? ¿Qué espacio será más apto para entablar una conversación con esos ancestros que el propuesto por un club de lectura?

Cada lector se acerca a un clásico con la mirada de su tiempo. Una mirada distante que no observa ni interpreta el texto según las convenciones de la época en que fue escrito, sino las de la época en que una vez más fue leído.

Si, como hemos visto, cada lector recibe toda obra de una manera única e intransferible (incluso aquellas que no tienen en su mismo germen la polisemia que impone una multiplicidad de significaciones), cuántos más efectos tendrá sobre el mismo la amplitud interpretativa de un clásico; un clásico que “siempre es el mismo, siendo siempre distinto”.

Las voces que construyen la sesión de un club de lectura que trate sobre un clásico serán diversas, pivotarán entre los valores y los temas universales que les son propios (por ejemplo, “todas las familias felices se parecen unas a otras; pero cada familia infeliz tiene un motivo especial para sentirse desgraciada”), observados por los ojos de nuestro tiempo. Toda la sesión basculará sobre el propio texto, sobre sus texturas y sus riquezas expresivas, sobre la construcción de sus personajes y los retratos de época. Un pequeño matiz en un gesto de Madame Bovary redefinirá al personaje a los ojos de un lector atento. Cada una de las voces se alzarán para explicar su parecer sobre lo que esconde el ‘país de los caballos’ del *Gulliver* de Swift, o sobre qué significación oculta se esconde tras el gato de Cheshire o qué pretendía decirnos Kafka con la fábula de aquel agrimensor que avanzaba hacia un castillo inalcanzable. Un clásico imantará todas las voces de los lectores del club, conduciéndolo hacia el mismo centro del texto.

¿Y los *best sellers*?

Formulada la anterior reflexión sobre los *best sellers* –aquella que iniciaba este capítulo sobre la elección de los libros– vamos a esbozar ahora su papel en los clubes de lectura. La primera mención o primer elemento de reflexión sobre la presencia de los *best sellers* en los clubes de lectura nos

remite hasta el establecimiento de sus objetivos. Entre ellos, enumerábamos dos objetivos generales: la promoción de la lectura y el fomento del debate alrededor de la obra literaria. Una reflexión sobre la naturaleza de estos objetivos (inmanente el primero de ellos a la misma esencia de la biblioteca) podría llevarnos a concluir que, en rigor, la presencia de los *best sellers* solo se ajustaría al segundo de ellos. Y eso porque no parece lógico establecer estrategias con las que promocionar el ejercicio de la lectura, utilizando para ello aquellos pocos libros (los *best sellers*) que ya son leídos, y acaso centren las pocas lecturas de numerosos lectores esporádicos, sin necesidad de activar campañas de fomento lector.

La presencia de los *best sellers* en los clubes de lectura respondería, pues, al segundo de los objetivos, el de fomentar el debate alrededor de la obra literaria, enfatizando los recursos y las herramientas que la lectura habitual nos brinda para construir textos argumentativos y elaborar discursos, en el caso que nos ocupa, acerca de las obras literarias.

Si la parte dedicada a los clásicos la hemos concluido con esa mención a la fuerza magnetizadora del propio texto (la sesión del club dedicada al comentario de un clásico moderno como *Lolita* escapará del texto solamente para contextualizar las referencias bíblicas o para vincular el texto con otras novelas que nos han dibujado con maestría la adolescencia, como nuestro conocido Martín Edén o el ya citado Holden Caulfield, o a lo sumo para comentar la fuerza visual que Kubrick otorgara a las peripecias de Dolores Haze y Humbert Humbert), el movimiento de las sesiones dedicadas a los *best sellers* (entendidos como aquellos que nacen con voluntad de serlo) es radicalmente diferente. La fuerza de atracción

que ejerce el texto sobre los lectores no tarda en relajarse, imponiendo unas dinámicas que fluctuarán entre los comentarios y los pareceres que los lectores tengan sobre el *best seller* como género. Saldrán a relucir otras lecturas, que ya no serán tanto referencias complementarias a las que acudir como ejemplos de adhesión a la inclusión de la obra en el conjunto de los superventas. Tal vez, la chatura de los personajes –sin las aristas significativas de una *Madame Bovary*– el carácter predecible de sus acciones y sus comportamientos (una previsibilidad que colonizará también el funcionamiento y las opiniones con las que se erigirá la sesión), la previsible resolución de la trama, la poca densidad de los espacios narrativos, la miopía de un único narrador que apenas atisba lo que circunscribe a los personajes, o la parquedad de las estructuras narrativas sujetas al imperio de un tiempo narrativo que no escapa jamás del transcurrir cronológico, no favorecerán, sin duda, el devenir de la conversación, ni amplificarán el marco significativo de la novela. Tal vez porque eso no sea lo buscado por el autor, y en cambio sí lo sea la unicidad y la falta de matices que imponga la carencia de las dudas, y que haga prescindibles las preguntas que toda obra literaria ha de ser capaz de lanzar sobre su lector. Aquí quizás el lector no encuentre más que las respuestas tajantes a preguntas que acaso no llegaron a ser formuladas ni sugeridas. Y al otro lado de la páginas, el silencio. Y en el club de lectura, la sucesión de adhesiones incondicionales a los *best sellers* o el rechazo visceral a sus planteamientos.



ESPACIOS: ESCENOGRAFÍA Y UTILERÍA DE UN CLUB DE LECTURA

Ya he apuntado anteriormente que un club de lectura descansa sobre dos actividades esenciales de la conducta humana: la lectura y la conversación. Estas premisas tan esenciales convierten la actividad en una apuesta de fácil adaptación a los más diversos contenedores. En esa adaptabilidad radica uno de los secretos de su éxito, pues, como las formas líquidas, la propuesta puede adaptarse con naturalidad a cualquier contenedor y bastará con que su espacio sea el suficiente para alojar a sus participantes.

Centrándome en el ámbito de las bibliotecas, trazaré algunas propuestas escenográficas que pueden facilitar las dinámicas y el funcionamiento de un club de lectura. Y lo haré ubicando el club de lectura en un espacio ideal: una Arcadia en forma de espacio polivalente, aun sabiendo que no todas las bibliotecas disponen de él; aun sabiendo que muchas, a falta de esa sala polivalente que pueda acoger con comodidad la programación cultural ofertada por la biblioteca, adaptan otros espacios para albergar el club de lectura; aun sabiendo que en muchos casos la adaptabilidad de esos espacios ideados y usados para otros quehaceres que no son los de la conversación, influyen en los horarios de las sesiones, siendo estas programadas cuando la afluencia de sus visitantes es menor, evitando de esta manera la interferencia de intereses y el conflicto que esta interferencia puede provocar: clubes de lectura programados en horarios matinales para facilitar la adaptación de las salas infantiles, clubes de lectura programados en espacios de lectura de prensa y publicaciones periódicas, y en horarios en los que sus lectores habituales aún no han ocupado sus sillas o bien ya las han abandonado...

Así pues, la biblioteca ideal a la que me refiero cuenta con ese espacio polivalente, autónomo al resto de sus espacios, y aislado de los lugares silenciosos que amparan el estudio de los jóvenes o la lectura de los mayores; separado también del bullicio de los más pequeños que trajinan libros y modulan preguntas con el agudo tono de sus voces infantiles. Ese espacio separado va a propiciar el despliegue de las dinámicas habituales del club de lectura sin estorbar ni agravar las necesidades que imponen el resto de actividades propias de una biblioteca. Va a favorecer la convivencia sosegada entre los diferentes grupos de intereses que determinan la visita de sus usuarios.

¿Cómo se debe disponer ese espacio para facilitar las dinámicas del club de lectura? ¿Existe un orden de los elementos que favorezca ese funcionamiento?

Retornando al valor comunicativo esencial que caracteriza toda propuesta de club de lectura, será necesario acondicionar un conjunto de objetos y enseres que facilite el ejercicio comunicativo y potencie todos sus aspectos, tanto verbal como no verbal, tanto la palabra dicha como el gesto mudo que ratifica o niega.

Para facilitar este tránsito comunicativo dispondremos una escenografía en la que todos puedan abarcar a todos en sus respectivos campos visuales. Habilitar al grupo formando una circunferencia nos ayudará en el propósito y posibilitará la percepción general de todos los detalles con los que los participantes construirán sus opiniones y argumentos. La distribución en círculo también facilitará el trabajo del conductor: la dinamización de

la sesión y la reconducción de la misma cuando algunas intervenciones puedan anticipar una situación de conflicto.

Un elemento valioso reside en la utilización de sillas de brazos amplios, esas sillas que llevan incorporado una superficie rebatible que facilita la colocación de un papel o libreta donde tomar notas o apuntar alguna referencia que surja durante la sesión. Ese complemento saciará la posible necesidad de los participantes de escribir o anotar, sin renunciar a la disposición circular del grupo.

En resumidas cuentas, la distribución de los elementos físicos que forman el club de lectura, aun pudiendo parecer un aspecto sin importancia, resultará de gran importancia en la consecución de los objetivos trazados en un club de lectura. El logro de un espacio sencillo pero agradable, que contribuya a la comodidad de los participantes, ayudará a cohesionar al grupo y facilitará la participación y el diálogo, reforzando el carácter colectivo de la iniciativa, ofreciendo toda su potencialidad como contrapunto público al solitario ejercicio de la lectura.

EL CLUB DE LECTURA DE MARIO JIMÉNEZ

A Mario Jiménez, el joven que descubrió al unísono los secretos de la mensajería postal y la magia del arte poético, lo dejamos, pocos días después del golpe de Pinochet, entrando en la parte trasera de un automóvil, en la siniestra compañía de un individuo de lentes ahumados. Un halo de fatalidad sobre el destino de Mario invade al lector. Pero esa fatalidad no impuso a Mario el dictamen de la muerte, y su infortunio, sin ser menor, se materializó en una larga noche de encierro.

Cuánto llegó a comprender los versos del poeta cuando desde París clamaba por la ausencia del sol y el rugir de las olas del mar estallando sobre las rocas de Isla Negra. Cómo entendió su añoranza del viento que agitaba la gorra con visera de Neruda y empujaba el tintineo de las campanas. Qué no hubiera dado por disponer de la radio que albergaba en su vientre los sonidos provocados por el agua sobre los rompientes, los graznidos de las gaviotas o el batir de los postigos impulsados por la ventisca. Y eso, aunque fuera consciente de que acaso su remembranza fuera más dolorosa, pues no se esculpía desde el exilio voluntario en la ciudad de la luz, sino desde el encierro de una prisión.

Pero un día la puerta de la celda se abrió. No mediaron explicaciones sobre las causas de su salida, así como no habían mediado para aclararle las de su encierro. Supo

después que tampoco intercedió en su nombre el diputado Labbé. Retornó a su casa, como aquel viejo Ulises del que tanto le había hablado el poeta. Volvió avejentado por el tiempo perdido. Su figura esquelética hizo que su regreso a Isla Negra bien pudiera hermanarse con la vuelta a la vida de un muerto; porque esa era la condición que le otorgaba Beatriz, después de haber recorrido el país de punta a punta, preguntado por Mario, sucumbiendo a las deshonras y engaños a los que tanto predispone la desesperación. El tiempo había moldeado crecimientos y partidas: las piernas de su hijo Pablo Neftalí se habían prolongado tanto como los recuerdos de su padre, su suegra había muerto con la certeza de encontrarse en la morada de los ausentes con ese yerno al que tanto le había costado aceptar y al que luego tanto llegó a estimar.

Pablo Neftalí había cuidado con esmero y pulcritud la biblioteca paterna, de la que apenas si descollaban las ediciones que Neruda le había regalado y, entre ellos, el cuaderno verde de sus poesías completas. Posteriormente, cuando Mario pregunte a su hijo por la causa de las manchas de las páginas en las que figuraban los poemas de Neruda que, señalados con lapicero verde, sirvieron para cortejar y derribar las resistencias de la joven Beatriz, Pablo Neftalí esbozará una historia de lágrimas derramadas sobre las señales escritas del recuerdo, una rememoración del pasado para embaucar un presente de desgraciado vacío. Las rutinas de Mario encontraron acomodo entre las pa-

redes del bar, el fragor de copas y platos y el transcurrir de los bulliciosos clientes. Mario anhelaba los espacios de pausa y la llegada de la tranquilidad vespertina, cuando los comensales se habían retirado a sus labores, y en las sillas apenas quedaba un grupito de viejos convocando el azar de las cartas. Entonces se instalaba en la mesa más cercana a la gran vidriera para reencontrarse con los versos del vate.

De nuevo el hechizo de las odas, y Mario leyendo bajo un atardecer crepuscular:

*Libro
hermoso,
libro,
mínimo bosque,
hoja
tras hoja,
huele
tu papel
a elemento,
eres
matutino y nocturno*

Después, el aliento épico de *El canto general* y los poemas de amor y la canción desesperada, y las blancas colinas y el mundo en actitud de entrega y el cuerpo de miel y la leche ávida y el musgo y los vasos del pecho y la sed eterna

y el cuerpo joven de Beatriz que ahora, menos joven, se escurre entre los hornos y las freidoras.

Con cada nueva lectura de aquellos viejos versos, Mario recuperaba un pedazo de su biografía y aquel presente, que proyectaba tras él la negra espalda del tiempo, lo imantaba hacia un futuro de nuevas lecturas. Mario escudriñaba en su memoria nombres antiguos que la voz del vate presentaba como referenciales. Intentaba recuperar, con elogiable empeño, aquellas mañanas en la casa de Isla Negra, y pretendía sonorizar las neblinosas imágenes que convocaba su memoria con la voz del vate y con la enumeración de aquellos libros que no podía dejar de leer antes de morir.

Cuando, con los primeros años de la década de los ochenta, abrió la biblioteca de El Quisco, para desesperación de Beatriz y gozo de Pablo Neftalí, Mario creyó haber puesto pie y medio en la colonización del paraíso. Se quedaba estupefacto ante aquellas estanterías repletas de volúmenes. Pasaba días enteros recorriendo con el índice los títulos grabados sobre los lomos verticales de los libros. Revisaba las sinopsis de las contracubiertas, se decidía por uno de ellos y se acomodaba en una de las sillas hasta que el cierre de la biblioteca lo sorprendía pasando páginas, sin siquiera haber cumplimentado la pausa exigida por el almuerzo. Luego volvía al bar con la mirada perdida de los beodos y, sumido aún en las desdichadas peripecias de María y Efraín, o en las gestas de aquel Lautaro del que

un día le hablara Neruda, o en la pasión tropical de la Victoria de *Las honradas*, no tenía oídos para los reproches de una Beatriz que lo había estado esperando todo el día para que los ayudara en el trajín de platos y vasos.

Mario leía y leía. La entrada en una cabina fotográfica de San Antonio precedió a la expedición del carnet de la biblioteca, una cartulina en que figuraban los datos personales de Mario y una foto con dentífrica sonrisa que reflejaba la dicha de poder llevarse los libros al bar, a su casa y poder prolongar así la lectura aún más allá del horario de apertura de la biblioteca.

El final de cada libro sumía a Mario en una profunda zozobra. No solo lo apenaba no poder saber, una vez clausurada la última página, más cosas de don Segundo Sombra y Fabio incrustados en la inmensidad de la Pampa, o de Pedro Páramo y los contornos difusos de Comala, acaso lo que más afligía a Mario era no tener con quien conversar sobre lo leído, sobre los personajes y los paisajes transitados por estos y las peripecias que determinaban sus vidas, concebidas, pensaba Mario, con el único propósito de saciar su gula de letra impresa. El final de cada nuevo libro lo devolvía a la soledad de aquel que transita por un espacio sin lectores. El contacto de Pablo Neftalí con los libros había concluido tras la vuelta de Mario a casa y tras la certeza que su papel de custodio de la reducida biblioteca paterna había de acabar tras su inesperado retorno.

Beatriz apenas encontraba tiempo para otra cosa que no fuera el acarreo de las ollas y de los platos, de la ropa que salía de los tambores de las lavadoras, y el canasto de las pinzas para colgar la ropa o el cesto del que sobresalían tomates...

*En diciembre se desata el tomate
 invade las cocinas
 entra por los almuerzos
y alcachofas...
 Los hombres
 entre las legumbres
 con sus camisas blancas
 eran
 mariscales
 de las alcachofas
y cebollas...
 luminosa redoma
 pétalo a pétalo
 se formó tu hermosura
y manzanas...
 Siempre
 eres nueva como nada
 o nadie,
 siempre
 recién caída
 del paraíso.*

Entonces apareció Helena y apareció de la mano de Pablo Neftalí. Nada más comenzar a salir juntos, Helena quiso conocer a quien con el transcurrir del tiempo bien podría convertirse en su suegro. Tan legendaria era en el pueblo su antigua amistad con Neruda como sus más recientes arrebatos lectores, y ambas circunstancias convertían a Mario en un atractivo personaje para aquellos a los que gustaba la literatura y a Helena le gustaba con fervor. Por mandato paterno, Helena se había matriculado para cursar la carrera de derecho en Valparaíso, pero a menudo suplantaba con novelas los rocosos manuales de derecho civil y aun su presencia en las aulas por largas estancias en un centro social del cerro Alegre en que se desarrollaban talleres de lectura y escritura creativa.

Pronto, Mario y Helena congeniaron hasta el punto que las conversaciones librescas sustituyeron, para enojo del hijo, cada vez con mayor frecuencia la búsqueda de los recodos entre las rocas, que permitían el recorrido de los cuerpos desnudos sin la presencia de ojos curiosos. Al principio, Helena pedía a Mario que le relatara sus visitas a Neruda, que le explicara las enseñanzas de este y el contenido que sobre sus obras le hubiera hecho el vate en aquellos tiempos en que Mario transportaba su correspondencia. Cuando la curiosidad de Helena parecía saciada, aconsejaba nuevas lecturas a Mario o bien este proponía que leyeran a la vez un mismo libro para poder comentarlo con detalle en su próximo encuentro. Así, Mario

penetró en los desérticos espacios de Pampa Nueva, de la mano de prostitutas y mineros; y en las selvas amazónicas tras los pasos de un tigrillo y las peripecias de un viejo que leía novelas de amor. También Helena le habló, tiempo después, de una novela de un autor chileno que vivía y publicaba en España; una novela que le había encantado y que explicaba la historia de un infame personaje que trazaba poesías visuales en el cielo utilizando la estela dejada por un avión.

Fue por aquellos días cuando Mario le comentó a Helena que, emulando sus charlas sobre los libros leídos, acaso podrían congregarse a un grupo de lectores que, habiendo leído un mismo libro, pudieran reunirse para conversar sobre él. La biblioteca del El Quisco quizás les podría conseguir una decena de ejemplares de un mismo título, y los participantes del grupo podrían tomarlos en préstamo durante el periodo de lectura. Mario concretó la propuesta imaginando una decena de lectores reunidos en su bar. Sobre la mesa, una opípara muestra de las artes culinarias de Beatriz y entre cucharada y cucharada: Pablo Neruda. Y los encuentros repetidos, cada semana, o mejor cada mes, y las palabras de los presentes ahondando sobre los significados de un poema, los oídos sobre el ritmo de sus versos. Y para concluir con Neruda, Mario propondría una visita hasta la casa de Isla Negra, apercibiría a sus acompañantes de las simetrías entre la musicalidad de un poema de Neruda y la música de las olas y el batir de alas de

los cormoranes. Y después de Neruda, Mario imaginaba conversaciones dedicadas a la obra de Vicente Huidobro, y Gabriela Mistral, Enrique Lihn o Gonzalo Rojas; y tras ellos, otras dedicada a la novela hispanoamericana y aun otras en que la novela protagonista fuera aquella del chileno residente en España.

Helena se entusiasmó con la idea. Estiró entre sus compañeros universitarios el hilo legendario del cartero de Neruda como promotor de la propuesta, subrayando con orgullo que aquel no era otro que el padre de su novio. El día de la cita, un puñado de jóvenes se unió con Helena, Mario y una decena de lectores procedentes de la biblioteca de El Quisco. El número de participantes aumentó el trajín de bandejas y platos. Tal y como había imaginado Mario, los sonetos de Neruda transitaron entre pichangas, empanadas y caldillos de congrio. Mario, sabedor de su doble condición de anfitrión y estrella de la velada, no necesitó forzar sus ademanes de alegría cada vez que los participantes lo interpelaban sobre uno de los sonetos o sobre su relación con el vate, o pretendían saciar sus curiosidades rogándole el desvelo de algún episodio privado, alguna anécdota ignota que ocupara un lugar de privilegio entre las remembranzas de Mario.

Tal y como había imaginado Mario, los encuentros se sucedieron, exigiendo cada vez mayores esfuerzos culinarios a Beatriz (y acarreadores a Pablo Neftalí). Y se

sucedieron los libros de Neruda, y sucedió la visita a la casa de Isla Negra, y con ella el rugir de las olas y el planeo de los cormoranes, y se sucedieron todos aquellos poetas y todas las grandes novelas hispanoamericanas, y a cada uno de esos sucesos Mario lo acompañó con la alegría que brinda la felicidad y la contemplación de esta en los rostros de los demás. Y así, entre lecturas y conversaciones, entre el transcurrir de páginas y las invocaciones de los lectores, entre el júbilo de los jóvenes y los viejos conjurados en favor de la letra impresa y de la palabra dicha, a Mario le sucedió la vida.

ARTURO BELANO Y CASA DE CAMPO DE JOSÉ DONOSO.

Jaime Portons. Terraza de un bar, plaza Castilla, Barcelona, mayo 1996

Conocí a Arturo Belano en la gris Barcelona de finales de los setenta. La huella del hollín se expandía por las fachadas de los edificios del Raval, todo era gris tirando a negro. Yo formaba parte de una asociación cultural formada por personas que pretendían dedicarse a la escritura y que en el mejor de los casos conseguían no elaborar con ella auténticos artefactos terroristas. Con clarividencia profética alguien bautizó la asociación con el nombre de “Sumidero, asociación cultural de futuros escritores”.

Entre las actividades que forjaban el *prestigio* de la entidad se contaba con un grupo de lectura. De paso, afirmaré sin ambages, que acaso esta era la más interesante y notable de las iniciativas de la asociación, debido en gran parte a que la escritura no mediaba en ella, pues se trataba de una reunión mensual en la que algunos miembros de la asociación se reunían para comentar una novela o un poemario leído con anterioridad; novela y poesía ocupaban siempre aquellas conversaciones. El grupo se reunía en un ruinoso local de la calle Joaquín Costa. El cubículo, delimitado por tiñosas paredes en las que se cuajaban pegotes de humedad, había sido transferido en herencia a uno de los futuros escritores de la asociación, y en vista de que ni aun la burocracia franquista –que pervivía pese a la muerte del dictador– iba a concederle permiso de habitabilidad alguno, este destinó uno de sus usos a acoger

aquellas tertulias literarias; los otros usos descansaban en la clandestinidad de lo secreto.

Arturo Belano no formaba parte de la asociación, pero una tarde se presentó en el cuchitril para participar en la tertulia sobre la que por entonces era la nueva novela de José Donoso, *Casa de Campo*. Sin haber frecuentado nunca la tertulia, ni tampoco actividad alguna de las ofertadas por la asociación, ni aun tener nosotros ningún conocimiento directo de él, Belano ya arrastraba un aura de poeta precoz, nacido en Chile pero crecido en México, que cargaba bajo su experiencia un viaje iniciático que, como el del Che, lo llevó a recorrer la América del Sur y la Central de cabo a rabo, y a pasar una breve temporada en las cárceles pinochetistas. También se le atribuía participación en algunas guerrillas comunistas y una predisposición al viaje que, lejos de verse colmada con los lindes americanos, lo condujo hasta los confines de África como corresponsal de prensa. Fuera como fuere, la presencia de Belano en aquella tertulia dedicada a su paisano Donoso fue anunciada días antes, y presentada por el propietario de la covacha como un gran logro personal que sin duda habría de depararnos grandes momentos.

Recuerdo aquella tarde perfectamente. Nos congregamos una docena de personas, circunvalando una mesita baja en la que descansaba una jarra de agua y un número de vasos de plástico que nunca alcanzaba la cifra de los pre-

sentes. Dejádme decir de paso que la presencia del agua no era más que un elemento decorativo, porque quien más quien menos desenfundaba petacas étlicas desde el fondo de los bolsillos interiores de las chaquetas. Aquella tarde, digo, éramos un grupo ecléctico. A los habituales aspirantes a escritores, se sumaban María de los Dolores, una ama de casa que, no pudiéndose beneficiar de la posibilidades de una ley del divorcio (que no llegaría hasta unos pocos años después) había concluido que la única manera de mantener su matrimonio sin escándalos ni censuras, era limitar a unas pocas horas de ronquidos compartidos la convivencia física con su marido. También estaba presente un viejito que en sus horas de recreo, las no ocupadas por la contemplación de las plazas o de las faldas que se levantaban empujadas por los soplidos del viento, se dedicaba a escribir libros sobre la Guerra Civil y el exilio; y un joven estudiante que burlaba la cercanía de la facultad de letras –en las que según él no aprendía nada– por nuestro tugurio de locuaces reflexiones; y la encargada de una panadería próxima que, amante de la lectura, aprovechaba la media hora de la merienda para subir a trompicones la escalera y participar, apremiada por el transcurso del tiempo, de la tertulia.

Arturo Belano ocupó su asiento y todos nos concentramos en la breve introducción a *Casa de campo* que enarboló el susodicho dueño de casa. Esa era la práctica habitual de la tertulia, después de la presentación, cada uno de los

presentes razonaba sobre los diferentes temas formales y temáticos a los que el anfitrión se refería. Yo no le quitaba el ojo a Belano: su pelo ensortijado, una de las varillas de sus gafas sujeta con cinta aislante, sus pantalones parchados con un par de rodilleras, y un cuidado aspecto de desaliño que ponía de manifiesto un ajuar indumentario muy escaso.

El anfitrión preguntó por la significación del espacio narrativo de Marulanda. El Aspirante a Poeta n°1 encontró en ese espacio una metáfora de Chile. El Aspirante a Ensayista n°1 creyó percibir en Marulanda los ecos metafóricos del continente americano. El Aspirante a Poeta n°2, seguidor de la poesía social de compromiso y batalla, afirmó que Marulanda era solamente una finca, una hacienda con una casa y nada más. Un espacio de vacaciones por el que se movían a sus anchas esos malditos latifundistas y comerciantes del trabajo ajeno que eran los Ventura, los adultos y su asquerosa prole. Y yo observaba a Belano, impasible ante las interpretaciones metafóricas de Marulanda, salvo una sonrisa, a la que atribuí una nada desdeñable dosis de socarronería, cuando el poeta social afirmó que Marulanda era lo que era y nada que más que lo que era. ¿Y qué querrá decirnos el novelista con esa presencia limitadora y expansiva de las gramíneas y con esa invasión amenazante de las pelusas que de ellas se desprenden para cegar vistas y anegar las vidas de los que no encuentran refugio?

Y el Aspirante a Cuentista n°1 dibujó la sonrisa de suficiencia de quien sabe que se ha entrado en su terreno y que una vez ahí sus opiniones serán irrefutables, y esgrimió relatos de Poe y Cortázar para encuadrar el capítulo de ese elemento amenazante que rodea la casa a una tradición cuentista inapelable. Y yo vi como Belano imponía a su cabeza un ligero bamboleo oscilante que acaso pudiera interpretarse como de duda. Y en eso, María de los Dolores afirmó que cuando la naturaleza se desata no hay quien pueda con ella, encontrando en el Aspirante a Poeta n°2 una complicidad de pareceres que rubricó el enérgico acople de sus labios y el oscilar de su cabeza.

¿Y los antropófagos, esas otras amenazantes figuras que navegan por el relato, que habrá querido expresar con ellos el escritor? Y el Aspirante a Ensayista n°2 indicando que ese es un sustrato que remite sin duda a la época precolombina, pues serían los indígenas que luchan por conservarlo que es suyo, al tiempo que luchan por la supervivencia y contra el afán colonizador del conquistador. En ese momento irrumpió en la estancia la panadera. Después de hacerle repetir la pregunta al anfitrión y apremiada por la consciencia de su efímera presencia, se lanzó a hablar sobre el miedo, sobre ese miedo que los adultos siempre han enarbolado para controlar a los pequeños, y en ese marco de terrores infantiles, nada más eficaz que alzar la amenaza del hombre que habrá de comerse a los niños que no se comporten como los grandes quieren.

Y Belano, que arrugaba la nariz ante el argumento del Aspirante a Ensayista n°2, ahora parecía afirmar su acuerdo con brioso gesto.

¿Y esos comentarios del narrador? Ese matizar constante sobre su manera de referirse a los hechos y a los personajes, ¿qué opinión os merece?

Y aquí el viejo que escribía libros sobre la Guerra Civil expresaba con contundencia que no le han gustado nada esos fragmentos, que acaso haya utilizado el novelista para crear dudas y salvar los escollos de la narración. Que la buena novela es la que somete emocionalmente, y el sometimiento no puede conseguirse por otro medio que por la descripción detallada y precisa de los hechos, nunca por el artificio literario de rodear de dudas la ejecución o la autoría de estos. Yo observaba a un Belano circunspecto, con el ceño fruncido para explicitar que si bien podía estar de acuerdo con una parte del argumento no compartía su totalidad. Y un Aspirante a Dramaturgo remitió la escena del encuentro entre el narrador y Silvestre a seis personajes en busca de autor, mientras el Aspirante a Novelista vinculó esa misma escena con *Niebla* de Unamuno, sentenciando que Unamuno fue antes que Pirandello, declarando una guerra cronológica de incierto vencedor.

Y después de las hostilidades entre el lector Aspirante a Dramaturgo y el lector Aspirante a Novelista, se armó la trifulca cuando el anfitrión preguntó por el personaje de Adriano Gomara, cautivo en la torre de Marulanda.

“Gomera es Gomera”, sentenció el Aspirante a Poeta n.º2. Un típico ejemplo de disidente que lucha por el cambio para que todo continúe igual...

Y Belano con los ojos fijos en las caprichosas formas que los líquenes habían dibujado sobre las paredes...

“Gomera es Salvador Allende”, sentenció otro.

Y Belano forzando las comisuras de los labios en gesto reflexivo...

“Gomera es Jesucristo”, replicó la panadera, acaso tentada por la incuestionable vinculación entre su vista diaria de panes y el milagro de su multiplicación...

Y Belano superando la silente sonrisa con una estruendosa risotada...

“Gomera es Lautaro”, concluyó el anfitrión...

Y las manos de Belano se aceleraron hasta la convulsión para aplaudir...

Entonces yo me dirigí a Belano y le pregunté “¿y tú que opinas de la novela?”

Con un estruendo de puerta la panadera inició el retorno a la panadería, los neones dispersaron las oscuridades de la calle, el anfitrión pulsó el interruptor de la bombilla desnuda y Arturo Belano se dispuso a responder.



2.

LA VOZ

COMPARTIDA

EL CONDUCTOR Y SUS FUNCIONES

En la película *Tierra y libertad* de Ken Loach encontramos una famosa escena: los habitantes de un pueblo aragonés, recién liberado de los nacionales por las milicias de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT, sindicato anarquista), se reúnen para sopesar de manera asamblearia los pros y los contras de colectivizar las tierras del pueblo. Es una escena interpretada mayoritariamente por actores no profesionales, que son además habitantes reales del pueblo y en la que el malgrado (y maravilloso) actor catalán Jordi Dauder desarrolla un papel importante. Las opiniones se despliegan en fantástico tapiz coral para apoyar, dudar, matizar o completar la causa de los anarcosindicalistas partidarios de la colectivización. Lo realmente singular de la escena es que está construida sin mediar guión alguno. Loach reunió a una serie de habitantes del pueblo que habían presenciado y

participado, sesenta años atrás, en asambleas reales y los invitó a reproducir las discusiones que en ella medraron durante la Guerra Civil. De este modo, la escena goza de esa naturalidad casi documental de filmar la reconstrucción de un recuerdo real, en la que apenas si sobresale la impostura de lo ficticio. Loach observa las reacciones de la gente e interviene sutilmente en el desarrollo de las mismas a través de la velada e imperceptible dirección de escena que, desde dentro de la misma, realiza Dauder, pero el peso de la creación cinematográfica, la tensión creada mediante la sucesión de puntos divergentes que tanto la caracterizan, son fruto de una espontaneidad que jamás se hubiera conseguido a través de las directrices escritas de un guión para actores profesionales.

Este ejemplo cinematográfico constituye una metáfora perfecta del papel que desempeña la figura del conductor en un club de lectura.

Un conductor de un club de lectura es la persona que dirige el guión no escrito que impone el libro y que se materializa en la corriente de opiniones y réplicas que se suceden entre los lectores. Son estas (opiniones y réplicas) las que construyen el club de lectura, bajo la dirección tras las bambalinas de un conductor. El conductor intervendrá, sin que parezca hacerlo; opinará, siendo la suya una voz más del conjunto, ni más alta, ni más autorizada; aunque veladamente dirigirá la sesión, otorgando palabras y conteniéndolas si estas rebasaran la vehemencia para instalarse en la ofensa; establecerá una red hipertextual de lecturas que pongan en contacto otros libros con el comentado y que originen en los participantes ganas de sumergirse en ellos. En definitiva, el conductor habrá de ejercer,

sin ostentaciones ni exhibiciones, un papel clave y fundamental en el funcionamiento de los clubes.

En términos generales, en un desglose de sus **funciones** habrían de aparecer siempre las siguientes:

- Presentar la lectura comentada.
- Animar la conversación sobre la obra, aportando elementos de debate, ya sean formales, temáticos, comparativos o experienciales.
- Resaltar los aspectos formales de la obra comentada o, en contraste dialéctico, enfatizar aquellos puntos fallidos.
- Elaborar una red de conexiones (una hipertextualidad) que remita a otras lecturas que iluminen los aspectos significativos de la obra comentada, así como animar a los lectores a sumergirse en otras lecturas.
- Promover el ejercicio lector con la experiencia vital de los lectores, buscando puntos de conexión entre ambos.
- Animar la participación y el diálogo alrededor de la obra comentada.
- Auspiciar un marco de debate que satisfaga las diferentes expectativas de los lectores.
- Hilvanar lazos de complicidad entre los presentes.

Los cuatro primeros puntos inciden en el cometido del conductor como *especialista literario*, los cuatro siguientes en sus capacidades como *dinamizador de grupos* y *animador sociocultural*. Esas dos pulsiones deberían caracterizar a todo conductor de club de lectura. Lo definiremos, pues, como un animador sociocultural especializado en temas literarios.

EL PERFIL DEL CONDUCTOR

En otras ocasiones ya he utilizado tres personajes de ficción a la hora de ilustrar las tres aptitudes fundamentales que deberían caracterizar a un buen conductor de clubes de lectura*. Hablo de la pasión, de la empatía y de la memoria. Hablo de Gian Dei Brughi, de Zelig y de Funes.

Gian Dei Brughi. La pasión

Dei Brughi es uno de los más inolvidables personajes que inventó Italo Calvino para esa maravilla de la fabulación que es *El barón rampante*. A Gian dei Brughi apenas lo ha visto nadie, pero le preceden voces que lo tachan de sanguinario criminal. Un día, desde la cúspide arbórea de su reino, Cósimo, el personaje principal de la novela, escucha una sucesión de voces que advierten de la presencia de tan temido malhechor. Acuciado por una banda que pretende detenerle, Cósimo ayuda al bandolero y lo insta a refugiarse en las frondosas sombras de sus aposentos vegetales. Como Cósimo ha interiorizado el hábito de la lectura entre sus quehaceres diarios, una serie de libros pululan entre los árboles. Gian dei Brughi se acerca por primera vez a uno de estos libros con el temor con el que un pacífico y erudito lector se acercaría a la prolongada forma de un trabuco. Pronto un furor lector se adueña de la voluntad del bandolero. Lee y lee todo lo que cae en sus manos. Como uno de esos monstruos que pueblan las pesadi-

* Se refiere a su libro *Club de lectura. Obra en movimiento*, publicado por la Universitat Oberta de Catalunya, Barcelona, 2012 [N. del E.].

llas infantiles, cada vez necesita más alimento para saciar su voracidad, de manera que Biaggio, el hermano de Cósimo y narrador de la novela, ha de multiplicar los viajes con los que colmar el hambre de letra impresa que invade a Gian Dei Brughi. Una vez emprendido el camino de la lectura no habrá vuelta atrás. El otrora terror de los caminos no puede prescindir ahora de los libros y sus compinches no pueden aceptar que prefiera la inacción del lector a la acción de los asaltantes de caminos. Agraviados por lo que interpretan como una insultante afrenta, sus cómplices de antiguas aventuras lo muelen a palos. Tampoco las autoridades tienen piedad de él, ese presente ilustrado no borra los crímenes pasados, de manera que deciden condenarlo a la pena capital. El final de la historia de Gian Dei Brughi merece figurar en cualquier antología de representaciones lectoras que se hayan hecho en la literatura: como un reputado acróbata, Cósimo se cuelga de las ramas que casi acarician los barrotes de acero de la celda en que, confinado, el bandolero espera el desenlace final de su condena. En esos momentos postreros solo desea una cosa: que Cósimo tenga tiempo de acabarle de leer *Clarisa*, la famosa novela epistolar de Samuel Richardson, para poder llevarse hasta la tumba el desenlace de la misma.

Gian Dei Brughi se presenta como un magnífico ejemplo de la pasión lectora. Un ejercicio que no busca otra recompensa que la misma lectura. Si en el Quijote el delirio lector le provoca la confusión de la realidad tangible por la fantasía que encuentra en los libros de caballería, en Gian dei Brughi no hay confusión y sí una paulatina y pacífica sustitución del vivir por el leer, o mejor del vivir exclusivamente leyendo. Calvino construye la peripecia del bandolero hiperbolizando la relación entre la vida y la lectura. La lectura acaba monopolizando el espacio de esta, pero en ella, en la lec-

tura, no hay premio, ni galardón ni recompensa que no sea el de la misma lectura. Es ese el aspecto que determina el apasionamiento de Dei Brughi, una depurada forma de pasión que no busca contraprestación alguna.

La pasión habría de constituir un atributo esencial del conductor de un club de lectura. Una pasión que ha de ser a la vez impulso de la acción y correa de transmisión con la que poner en marcha las diferentes piezas que componen un club de lectura. Un conductor que imprima pasión a sus acciones, entendiendo esta como una sucesión espontánea de gestos entusiastas hacia los motivos de su trabajo —en el caso que nos ocupa la lectura de una obra literaria y las impresiones que se deriven de ella— se ganará un reconocimiento grupal que le será fundamental para establecer la cohesión del grupo y la identificación con el mismo de cada uno de sus miembros. Además, dotar de pasión el desempeño de ese trabajo otorga al receptor la certeza del agrado con el que se realiza y ayuda, sin duda, a una mejor valoración.

Zelig. La empatía

La peripecia de Leonard Zelig, el protagonista del falso documental homónimo que filmó Woody Allen en el año 1983, arranca desde el no reconocimiento de una convención lectora. Desolado por la posibilidad de ser excluido de la comunidad, Zelig miente al afirmar que ha leído *Moby Dick*. Como casi siempre, Allen pone el dedo en la llaga al hacernos partícipes de una falsedad que todo lector ha esgrimido en alguna ocasión: la lectura no efectuada de un clásico imprescindible y la mentira esgrimida para ocultarlo. A partir de entonces, sus ansias de ser aceptado por la tribu pro-

voca, una extraña habilidad: su transformación física y psicológica dentro de los colectivos humanos que lo rodean. Así, Zelig hablará y adaptará su aspecto indumentario a un demócrata cuando hable con un representante del partido demócrata, o lo mismo acontecerá cuando lo haga con un republicano; abandonará su original constitución frágil y enclenque para devenir figura fibrosa y musculosa cuando esté acompañado por jugadores de fútbol americano... Zelig se vuelve una celebridad entre la sociedad norteamericana de la era del *jazz*, las fiestas y las novelas de Scott Fitzgerald.

Zelig se convierte en un auténtico hombre camaleón. Sus deseos de adaptación a los entornos humanos en los que se ve incluido son tan notables que facilitan su metamorfosis en cada uno y en todos los momentos. Como en el caso de Calvino, Woody Allen traza una hiperbólica visión de la empatía. Esa cualidad humana de identificarse emotiva y afectivamente con el otro conduce a Zelig a ser (físicamente) como el identificado.

El factor Zelig es el segundo que habría de regir los avatares de un buen conductor de clubes de lectura y es aquel que habría de operar sobre las estrategias relacionales con las que cohesionar el grupo. Es aquel que determina que un buen conductor sepa escuchar, es aquel que facilita la integración de pareceres en el flujo general de la conversación, es el que modula las dinámicas articuladas para hermanar texto y experiencia, autoría y lectura, libro y vida. El factor Zelig otorgará al conductor las capacidades para resolver los conflictos que toda relación social puede originar, reconduciendo las divergencias que un exceso de vehemencia, la pasión mal entendida, pueda convertir en disputa y enfrentamiento. La empatía es el elemento clave cuando focalizamos el club de lectura

como una actividad de grupo sometida a las sinergias del diálogo, y el papel del conductor en la gestión de esas sinergias será clave para que todos y cada uno de los participantes se sienta parte integrante del grupo, para que todas y cada una de las expectativas generadas por esa participación encuentre el reconfortante efecto del cumplimiento.

Funes, la memoria, ¿el conocimiento?

Afirmaba Borges que aquello que no se recuerda no se conoce. Sin duda, Borges era consciente del carácter pragmático de la sentencia: lo que no se recuerda en un momento dado, acaso en el momento en que es necesario recordarlo, no se sabe; pero quizás lo buscado aflore en el recuerdo, cuando ya no se invoque, entonces la ignorancia habrá sido subsanada y volveremos a saber, aun cuando en ese presente de iluminación no nos sea útil. Partiendo de esa sentencia (y acaso del episodio de Shereshevski relatado por A. R. Luria), Borges nos alertó de los notables inconvenientes de saberlo todo (recordarlo todo), de tener una percepción total y absoluta de todo aquello que nos rodea y de todo aquello que nos ha llegado a través de la experiencia de otros desde los más remotos tiempos. Y así nace la peripecia de Funes, o mejor dicho su drama, porque como en el caso expuesto por Luria, su aparente virtud mnemotécnica no es otra cosa que una desgraciada hipermnnesia. Su tragedia se resume en una de las muchas frases célebres que contiene el relato: “dos o tres veces había reconstruido un día entero; no había dudado nunca, pero cada reconstrucción había requerido un día entero...”, simbiosis entre la vida y el recuerdo de lo vivido, el de Funes es uno de los más grandiosos relatos de Borges.

Como en los casos de Calvino y Allen, el personaje de Borges, aun construido sobre una hiperbólica situación, ilustra con fuerza ejemplarizante y eficacia notable, la tercera característica que tendría que enarbolar un buen conductor de un club de lectura: la memoria (el conocimiento). Este tercer factor nos sitúa ante un profesional que aúne a la empatía y la pasión firmes conocimientos literarios. El factor Funes constituye el elemento para categorizar la singularidad de la actividad de conducción de clubes de lectura, pues si los dos primeros factores inciden en las habilidades para manejar dinámicas de grupo (habilidades que habrían de regir toda situación de gestión de colectivos), Funes nos sitúa ante un perfil específico de conductor y focaliza la materia que da sentido a nuestra actividad: el hecho literario.

La tabla n° 1 nos va a resultar muy útil para visualizar cuándo habrán de operar sobre las funciones que hemos asignado a un conductor de clubes de lectura, cada uno de esos factores fundamentales con los que hemos definido sus atributos.

Un somero comentario de la tabla nos conduce a señalar la presencia de Dei Brughi en ese pórtico de la sesión que es la presentación de la lectura. También estará presente a la hora de elaborar la red de conexiones a la que nos hemos referido anteriormente, y ejercerá un influjo esencial en el momento de animar a los miembros del club a su descubrimiento, a través del ejercicio activo de la lectura de esos títulos complementarios y hermanos a la lectura comentada.

Zelig extenderá su dominio cuando queramos animar la conversación sobre la obra comentada, y lo hará de manera relevante y primordial, pues

FUNCIÓN	FACTOR OPERATIVO		
	DEI BRUGHI	ZELIG	FUNES
PRESENTAR LA LECTURA COMENTADA			
Animar la conversación sobre la obra, aportando elementos de debate, ya sean formales, temáticos, comparativos o experienciales.	✓		✓
Resaltar los aspectos formales de la obra comentada, o en contraste dialéctico, enfatizar aquellos puntos fallidos.		✓	✓
Elaborar una red de conexiones (una hipertextualidad) que remita a otras lecturas que iluminen los aspectos significativos de la obra comentada, así como animar a los lectores a sumergirse en otras lecturas.			✓
Aunar el ejercicio lector con la experiencia vital de los lectores, buscando puntos de conexión entre ambos.	✓		✓
Animar la participación y el diálogo alrededor de la obra comentada.		✓	
Auspiciar un marco de debate que satisfaga las diferentes expectativas de los lectores.		✓	
Hilvanar lazos de complicidad entre los presentes.		✓	

Tabla n° 1: Funciones del conductor de clubes de lectura.

será mediante Zelig como el conductor habrá de aglutinar las opiniones en un todo orgánico en el que nadie tenga la certeza de ser menos que nadie, en la que nadie crea que las suyas son menos relevantes que las otras. También el elemento empático desempeña una función hegemónica en las cuatro últimas funciones definidas como las propias de un conductor de clubes de lectura: aunar ejercicio lector y experiencia vital de los lectores, buscando puntos de conexión (Zelig recae sobre la experiencia vital), animar la participación y el diálogo alrededor de la obra literaria, auspiciar un marco de debate e hilvanar lazos de complicidad entre los miembros del club. Como ya hemos apreciado, Zelig opera sobre los elementos con los que el conductor establece las sinergias y la gestión de las dinámicas de grupo.

Finalmente, Funes actuará sobre las primeras cinco funciones. Será decisivo en la presentación del libro y en la animación del debate, pues gracias al factor Funes el conductor podrá exponer temas de conversación que giren entorno a elementos formales y temáticos de la obra comentada. También Funes articulará la construcción de esa red de conexiones y alentará en el ejercicio lector de la quinta de las funciones (función en la que Zelig será determinante en el campo de la experiencia).

En definitiva, estos tres factores nos permiten categorizar aquellas características que debería esgrimir un buen conductor de clubes de lectura.





HERRAMIENTAS PARA LA DINAMIZACIÓN DE GRUPOS LECTORES SINGULARES

Hemos visto cómo el factor Zelig se presenta como el aliado perfecto para un conductor de clubes de lectura a la hora de cohesionar grupos. Zelig será el eje con el que adaptarse a los avatares de todos y cada uno de sus miembros. Asimismo, nos facilitará el tejido de una red de afinidades con la que vincular el conjunto.

También hemos observado diferentes tipos de clubes de lectura y cómo determinan el perfil de lectores que cobijará. A grandes trazos y resumiendo en exceso, un conductor de un club de lectura se encontrará con una doble casuística tipológica de lectores: los grupos homogeneizados por un interés común que les ha conducido hasta un club de lectura concreto, como por ejemplo, clubes de lectura de lenguas extranjeras, clubes de lectura fácil, clubes de lectura temáticos (según los modelos detectados en la taxonomía previa) y clubes de lectura abiertos, en los que ese interés previo –ya sea temático, idiomático o formativo– no está predeterminado y el interés común se desvanece en la generalización de inclinaciones que pueden resultar hasta antagónicas.

Así pues, un conductor de un club de lectura fácil que se celebre en una asilo de ancianos y que acoja en su seno a un grupo de personas mayores, aun con su graduación de problemáticas causada por la vejez y la enfermedad, contará con elementos homogeneizadores que facilitarán la planificación de estrategias de grupo. Lo mismo ocurre con aquellos lectores que son imantados hacia un club de lectura en inglés, atraídos por la segu-

ridad de encontrar un espacio regular de conversación en esa lengua y de afinidades previas respecto a la experiencia. En este aspecto, aun tratándose de grupos que se caracterizan por trazos de singularidad, fijar estrategias de conducción, de adaptabilidad y cohesión de grupo puede resultar más sencillo que en aquellos clubes de lectura abiertos en los que no acertaremos a prefijar esos nexos de interés compartido y común a un número importante de las piezas que forman el conjunto.

Los clubes de lectura dirigidos a los lectores jóvenes (y aun a los más pequeños) deberían responder a las características estratégicas del primero de los grupos, ya que la coincidencia de edades y con ella las causas y motivos con las que se relacionan con todo aquello que les rodea (incluida la letra impresa), bien pudieran perfilarse como un elemento aglutinador de afinidades e intereses comunes.

Pero, llegados a este punto, se hacen necesarias unas consideraciones sobre algunas de las características grupales que pueden caracterizar los clubes de lectura y sobre las posibles herramientas y estrategias de dinamización que pueden resultarnos útiles para conducir grupos específicos o singulares. Vamos a trabajar sobre dos supuestos: los ya citados lectores jóvenes y un club de lectura virtual.

Antes de adentrarnos en los sinuosos vericuetos de la dinamización de la lectura entre los jóvenes, voy a lanzar una primera hipótesis de trabajo sobre la cual sustentar unas acciones concretas de dinamización de un grupo de lectura adolescente. Pongamos por caso que, después de años de trabajo en pos del apuntalamiento de los hábitos lectores entre grupos he-

terogéneos de lectores, podamos concluir que existen dos posibles efectos del texto sobre el lector. Al primero de estos efectos lo llamaremos lectura implosiva, al segundo lectura explosiva.

Lectura implosiva



El texto opera implosivamente sobre el lector cuando el efecto de atracción sobre este revierte en el propio texto. Es decir, cuando el lector se encuentra en disposición de ser sacudido por el texto, ya sea emocionalmente, ya sea formalmente. En el primer caso operan elementos catárticos y de la experiencia; en el segundo, valoraciones de ensalzamiento artístico.

Podemos completar la reflexión adjudicando ese efecto implosivo de la lectura a los primeros lectores y al lector adulto. Asignará el elemento catártico de la implosión a los niños lectores y a los adultos por igual, y el elemento de lo formal al lector adulto que ha convertido el ejercicio de la lectura en lo

suficientemente habitual como para cotejar, contrastar y comparar diversos textos, habiendo establecido un marco referencial y habiendo auspiciado una sensibilidad lectora que ejerza sobre él un sometimiento a lo percibido como bello. Podemos ejemplificar lo dicho en el recuerdo imperecedero que en su memoria infantil dejaron las aventuras de Jim Hawkins o Long Silver, o las lágrimas de Miguel Strogoff o el agudo cantar de la Castafiore... Además de en los lectores niños, el efecto de la lectura implosiva se expande sobre el lector adulto cuando el texto atesora la fuerza suficiente con la que sujetar al lector a los vaivenes de la historia, mediante el vigor expresivo de su construcción literaria.

Lectura explosiva



Después de programar y evaluar algunas experiencias de clubes de lectura con jóvenes (que en el mejor de los casos son lectores esporádicos), percibimos otro tipo de efecto: la lectura explosiva.

Los benevolentes efectos que la lectura puede generar sobre estos lectores jóvenes no habrá que buscarlos en el mismo texto. Sus efectos detonan y se expanden fuera del mismo, no convirtiendo en recordable el carácter de uno de sus personajes, ni las relaciones que establecen en el correr de las páginas; ni la sucesión frenética de las peripecias que los edifica o los asola, ni sus lances, ni sus cuitas; lo que este joven lector ocasional recordará será el ejercicio mismo de la lectura de ese libro más que el libro en sí. De ahí que ese efecto detonante se expanda fuera del texto. ¿Y cómo se provoca esa detonación? ¿Qué chispa, qué fuego prende la mecha y hace explotar esos efectos externos del libro sobre el lector?

La manera con la que hacer estallar y prolongar esos efectos del texto fuera del mismo, deberá configurarse planificando actividades que, sin olvidar lo planteado por el texto, hagan alguna cosa más que complementarlo; acaso será necesario que lo suplanten, que invoquen, partiendo de la letra escrita, una propuesta que les haga vivir la lectura, inmiscuyéndose en los temas y espacios que propone el texto; poblando, en definitiva, las páginas de ese libro e integrando las historias leídas en sus vidas.

Alcanzamos esta conclusión tras evaluar una experiencia de lectura compartida destinada a niños de 8 a 10 años y otra proyectada para jóvenes de 14 a 16 años.



El Inspector Sito en la biblioteca

El Inspector Sito es un curioso policía surgido de la pluma de Antonio G. Iturbe y de los dibujos de Alex Omist. Sus peripecias se alargan a lo largo de diez libros prescritos para lectores de 6 a 9 años. Su éxito, basado en la facilidad con la que los lectores hacen suyas las hazañas de Sito y de su ayudante oriental Chin Mi Edo, ha convertido la serie de libros en una herramienta muy útil para aquellos lectores que, aun atesorando más años de los prescritos, no cuentan la lectura entre sus ejercicios habituales.

Junto con proponer este ensayo de teoría sobre las dos direcciones en que pueden propagarse los efectos causados por la lectura de un texto, quisiera referir una de esas actividades con las que dislocar el marco relacional lector/libro. Así, partiendo del principio de desaparición y misterio que caracterizan las historias del Inspector Sito, creamos un supuesto en el que una posible situación libresca del personaje se expandiera hacia la realidad tangible del lector, cuando este aún no había leído el libro. Se trataba pues de crear una expectativa atractiva en los pequeños lectores *antes* de adentrarse en la lectura de uno de los libros de la serie. Los convocamos en la biblioteca y les informamos de la enigmática desaparición del libro del Inspector Sito que debían leer. Acto seguido nos lanzamos a trazar con los pequeños un plan con el que resolver el misterio de esa desaparición.

De esta manera, los hicimos partícipes de una situación análoga a la que podrían encontrarse cuando posteriormente leyeran el libro. Una situación en la que el objeto sobre el que se construía ese misterio era el propio libro.

Recorrieron todos los espacios de la biblioteca (aun aquellos en los que nunca habían puesto los pies), se interesaron por los nombres de las personas que trabajan en ella (quiénes eran los principales sospechosos), transitaron y consultaron los catálogos (no fuera que el libro no estuviera en el sitio que ese orden perfecto que impone la biblioteca le había reservado al ejemplar perdido o acaso sustraído), se desplazaron hasta la estantería que debería cobijar el libro, revisaron las signaturas de los lomos de los libros colindantes, y entre los otros ejemplares del Inspector Sito hallaron un jeroglífico cuya resolución les indicaría el sitio exacto en el que se encontraba el libro extraviado. Los niños recibieron con alboroto el hallazgo, lanzándose al unísono sobre él para detentar el privilegio de ser el primero en encontrarlo y en ¡leerlo! Consideramos el éxito de esa sencilla actividad que, como preámbulo de la lectura, incorporaba los motivos e intenciones del texto en la vida tangible y palpable de los pequeños, adelantándoles las emociones que habrían de encontrar en la lectura, sugestionándoles a encarar la lectura del libro, a no demorar la intriga y las impresiones a las que les sometería esa peripecia impresa de Sito que ellos ya habían experimentado en un espacio concreto de cuerpos en movimiento.

Tras los pasos de la Historia

Tras la experiencia con los pequeños, decidimos repetir el modelo de propuesta con lectores de 14 a 16 años, espacio meridiano de esa franja de edad en la que hemos diagnosticado la caída de interés por todo aquello que ofrece la lectura. Y he dicho repetir porque la base de la propuesta incidía de nuevo en articular una actividad que solidificara el recuerdo de una lectura a través de la convivencia del ejercicio lector y la experiencia de vivir lo leído.

La ciudad donde llevo adelante las diversas labores de dinamización de la lectura detentaba el dudoso honor de ser la primera ciudad del mundo en ser bombardeada sistemáticamente desde el aire, durante una cruenta guerra civil que se alargó tres años. El episodio fue tan atrocemente conocido y valorado que cuando, unos años después, Winston Churchill alentaba a los londinenses a resistir los bombardeos nocturnos de la Luftwaffe con la más potente de las armas: la recuperación diurna de las labores y rutinas ciudadanas entre los estragos de ruina y desolación ocasionado por las bombas, sacaba a colación el ejemplo heroico de los habitantes de esa ciudad que años antes había sido pasto de las llamas y objetivo de hostigamiento aéreo. En su subsuelo se extendía una red de oscuros senderos donde los habitantes se refugiaban al terrorífico ritmo que desataban las alarmas antiaéreas. Por las fechas en que nos planteábamos orquestrar una actividad dirigida a los jóvenes lectores, la ciudad venía desplegando programas de recuperación de la memoria histórica que tenían como objetivo dar a conocer o rescatar del pozo del olvido –ese olvido tan memorioso del que hablaba Benedetti– los trágicos sucesos de la guerra y de los bombardeos que la ciudad sufrió durante la misma. Se dispuso una reforma y adecuación de los refugios con la intención de convertirlos en espacios con los que recordar las atrocidades causadas por el plomo y la pólvora.

En este contexto, evaluamos diversas posibilidades y acotamos el ámbito de actuación. Identificamos una novela que reconstruía desde la ficción los avatares y el transcurso de la guerra civil durante el año 1938, y que se detenía con precisión quirúrgica en la descripción de las terroríficas noches en que los habitantes eran despertados y sacudidos de sus camas por el lacerante ruido de las sirenas. A diferencia de la experiencia con los lec-

tores infantiles, en este caso no proyectamos la actividad como preámbulo de la lectura sino como colofón; no como elemento previo a la lectura sino como epílogo de la misma. Después de leer y comentar con los jóvenes la novela, coordinamos una visita a uno de los refugios aéreos. De esta manera, uno de los escenarios de la novela se materializó ante los ojos de los jóvenes lectores.

Tras superar el desnivel de acceso, se adentraron por los prolongados pasillos a la luz del ámbar de los neones. Los jóvenes, cuando sus manos palparon la fría superficie de los muros de piedra, evocaron la trágica peripecia de los personajes de la novela. La monitora que guiaba al grupo los hizo entrar en una especie de nicho, abierto en una de las paredes. Junto a estas se alineaban dos hileras de bancos cuyo reluciente barniz desvelaba su improbable presencia en la época de los bombardeos. Los neones se cerraron, se escuchó un aullido de sirenas y se iluminó una pantalla en la que los jóvenes pudieron contemplar en blanco y negro un dantesco episodio de destrucción: una pared erguida entre la caída de todas sus semejantes, nubes de polvo naciendo de la tierra herida, llamas de fuego cuya altura podía desafiar la de aquellos gigantes que poblaron los terrores infantiles de esos adolescentes que contemplaban extasiados las imágenes. Y de repente, el mutismo de las sirenas, el zumbido de los aviones en el aire, el silbido criminal que dibujan las bombas al caer y el estruendo de las explosiones. Y los jóvenes convencidos de poblar las páginas apenas recién leídas, el mismo horror dibujado en sus rostros que en el de aquellos que, surgidos de la pluma del autor, poblaban espacios de papel.

Y al acabar la sucesión de imágenes y el fragor de las detonaciones, al desvanecerse las tinieblas y reencontrarse con la diafanidad de los formas que impone la luz del sol y los suaves murmullos de los caminantes, los bocinazos de los coches o el ruido del paso de la autobuses, tan poco agresores comparados con el estruendo de las bombas, los jóvenes ya están convencidos de que la presencia de esa lectura, aun cuando el tiempo desdibuje a los personajes y anegue en la ciénaga del olvido sus relaciones y sus peripecias, pervivirá en su recuerdo con el tesón de lo imperecedero.

Después de ver las caras de los jóvenes en el momento de salir del refugio, y escuchar los comentarios que se cruzaban, apenas tuvimos que interpe-larlos directamente sobre la experiencia para percibir el éxito de su propósito, para constatar que la actividad propuesta se ha constituido como mecha y pólvora con la que encender esos efectos que impone la lectura explosiva sobre el lector joven. Unos efectos que les descubran las maravillosas experiencias que brinda la lectura y que acaso pueda favorecer cierta regularidad en su práctica.

LA MAESTRA CONDUCTORA

Antonio José Bolívar Proaño comentando sus lecturas

Los niños se arracimaban en los márgenes del río para otear la llegada de la lancha. El piloto respondía a la curiosidad infantil con un catálogo de maniobras que removían el estómago de la profesora y provocaban sus reiteradas quejas. Al llegar, mientras el piloto amarraba la lancha con un trájín de nudos, el grupo de lectores ya se concentraba en el fondeadero.

Antonio José Bolívar Proaño tendió su mano para ayudar a la maestra a superar el vaivén de la lancha e incorporarse al piso húmedo de madera, al tiempo que el más joven de los lectores, liberando de sus manos un libro, penetraba de un salto en la lancha para acarrear la caja hasta el cobertizo de hojalata que acogía la reunión literaria. Entre galanterías, la profesora y su séquito se dirigieron a la sede de la tertulia. Aquella tarde habían de comentar los apasionados avatares de doña Bárbara y su hija Marisela, del héroe Santos Luzardo o del despreciable Guillermo Danger.

Pero para llegar hasta los orígenes de esa franca y apasionada conversación que ha de iniciarse apenas unos minutos después de la llegada de la maestra a El Idilio, habrá que remontarse tiempo atrás. El lector memorioso recordará aquel primer contacto del viejo Antonio José Bolívar Proaño con la profesora. Eran días casi remotos en que el

viejo entretenía el paso de los días entre la lectura y la afrenta de un felino. La última vicisitud lo amarraba a El Idilio, la primera lo condujo hasta El Dorado. A lomos del *Sucre*, la vetusta embarcación que realizaba el tránsito entre los dos apiñamientos de casas, el viejo llegó hasta El Dorado. El doctor Rubicundo Loachamín propició el encuentro con la maestra; el éxtasis del viejo, la contemplación de aquella biblioteca que la profesora cuidaba con el tesón de los guardianes de tesoros. Como el *Sucre* solo recorría la distancia fluvial que separaba El Dorado de El Idilio dos veces al año, el viejo prolongó cinco meses aquella visita.

Fueron días de iniciación lectora y revelación continua. Acabaron por disgustarle los libros de historia. Casi la mitad del tiempo que pasó en El Dorado lo empleó en la lectura del *Corazón* de Edmundo d'Amicis. Devoró el libro con fruición pero se atragantó con tanta desgracia. Acabó por maldecir a ese escritor italiano que se había ensañado con el pequeño Lombardo hasta tal punto que apenas si lo dejaba respirar entre una desgracia y la siguiente. Finalmente, y pese a la resistencia que el viejo supo ver en los ojos de la maestra, esta le permitió llevarse con él la novela *El Rosario* de Florence Barclay, esa muestra constante de amor verdadero cuya lectura se vio aún más dificultada por el emborrone de la letra impresa que el viejo percibía a través de la lupa empañada por las lágrimas. Acabada la peripecia del tigrillo, el viejo intensificó su actividad lectora. Una vez al año acudía a la llamada de la profesora para

aprovisionarse de letra impresa. Por esas fechas un joven de El Dorado, ofrecía un servicio semanal de paquetería y correo mediante una vieja Mathis, propulsada por un antiguo motor de quince caballos. De esta manera, el viejo no había de demorar el viaje más de siete días. Aprovechaba la vuelta de uno de los correos y volvía a El Dorado con la remesa de la siguiente semana. Durante esos viajes se abastecía de una literatura sobre cuya elección la maestra cada vez tenía más influjo: José María Arguedas, Benito Lynch, José Eustasio Rivera, Ciro Alegría, Euclides Da Cunha... historias en las que el viejo se contemplaba como ante un espejo. Unas novelas que ponían en contacto las desdichas humanas en un escenario de junglas y selvas.

Pero cuando el viejo acababa cada una de esas lecturas en su casucha de El Idilio, era invadido por una enorme zozobra. Tras concluir la última página se cerraba la ventana de un mundo de héroes que transitaban paisajes desmesurados en pos del amor y la justicia. Con el batir de la contracubierta del libro enmudecían los personajes y cuando el viejo los invocaba de nuevo en la relectura, estaban aún tan presentes las palabras ya conocidas, tan frescas todavía en su deteriorada memoria, que perdían el hechizo de sorpresa deparado por la primera lectura. El viejo pensaba que quizás rememorando esas andanzas, no tanto en la relectura como en la conversación con otros lectores, podría resucitar las emociones de la primera e inigualable lectura: aquella inicial y fundacional mirada

del casi niño Ernesto en las calles de Abancay, la anchura y extrañeza de ese enorme mundo que se ven obligados a transitar aquellos comuneros liderados por Rosendo Maqui o los amores arrebatados, entre el caucho y los mosquitos, de Arturo Cova.

En uno de aquellos viajes que el viejo proyectaba para avituallarse de libros en El Dorado, refirió sus anhelos a la profesora, y lo hizo con la misma húmeda mirada con la que antaño había transitado las páginas de *El Rosario*. Tanta fue la pena que la maestra atisbó en la mirada del viejo que acabó comprometiéndose a pensar alguna cosa que pudiera, si no paliarla del todo, al menos atenuarla. Para la siguiente visita, junto al *Martín Rivas* de Alberto Blest Gana y *Las ilusiones perdidas* de Balzac (por esas fechas el viejo ya transitaba los meandros literarios de las vidas urbanas), la profesora le entregó cuatro ejemplares de los *Cuentos de la selva* de Horacio Quiroga y, con ellos, una propuesta de tertulia literaria trimestral en El Idilio. También le entregó el compromiso de desplazarse una vez al trimestre, en compañía de algunos jóvenes de El Dorado con inquietudes literarias, para dirigir las primeras tertulias y animar a los vecinos de El Idilio a formar parte de la misma. El entusiasmo del viejo guió sus pasos durante las siguientes semanas. Como antiguos predicadores de la palabra, se lanzó en busca de posibles conversos a los que hacer llegar las bondades y virtudes lúdicas de aquellas historias escritas por un excéntrico uruguayo

que, harto de ver pulular a la parca a su alrededor, decidió enfrentarla con un vaso de cianuro cuando aún no había cumplido los sesenta años. Consiguió la cesión por un par de horas de un espacio en el barracón y, lo más importante, media docena de lectores que decidieron retar la miopía de sus ojos viejos internándose por los boscosos parajes de Quiroga. El viejo hizo circular los cuatro ejemplares del libro entre los interesados, y aun les leyó algunos relatos a un par de conocidos que no habían aprendido a leer.

El día de la cita, los ocho asistentes aguardaban la estela de espuma que el trayecto de la lancha tendría que dibujar sobre la superficie cobriza del agua. Con honores reales, jamás vistos en El Idilio, la maestra y su cortejo, un joven con anteojos plateados y dos chicas cuya belleza los habitantes de El Idilio no dudaron en relacionar con antiguas deidades, fueron conducidos hasta el barracón junto al muelle. Un círculo de sillas desiguales, que el viejo consiguió agrupar tras numerosas visitas y ruegos, ocupaba la casi totalidad del espacio. La brisa se colaba por un par de ventanas. Dos mosquiteras protegían a los presentes de la voracidad de los insectos.

Y el sortilegio no se hizo esperar. Apenas concluidas las presentaciones, la profesora resumió las características de la vida de Quiroga como si se tratara de una novela de aventuras. Luego procedió a resumir el contenido de los cuentos. Tras una primera interpelación a los presentes,

en la que les interrogó sobre si el libro les había gustado o no, si habían encontrado en él motivos de disfrute o bien causa de aburrimiento, solo encontró la respuesta de sus jóvenes acompañantes. Un velo de silencio se extendía entre los compañeros de Antonio José Bolívar Proaño. La maestra buscó la mirada del viejo y, dirigiéndose a los presentes, insistió en la validez y utilidad de todas las opiniones. Ninguna estaba más autorizada que otra, viniera esta de los jóvenes estudiantes o de los presentes que habían accedido a los relatos del libro mediante la lectura en voz alta realizada por el viejo. Todos los asistentes tenían sus opiniones sobre aquellas historias, en cada uno de ellos se habían moldeado impresiones y emociones, y aquel encuentro no tenía otro propósito que el de hacerlas emerger desde el fondo de sus memorias. Antonio José Bolívar Proaño se aventuró a elaborar un primer comentario que incidía en la idea de que él había visto y vivido en la realidad aquello que había leído en los cuentos: la espesura de las selvas y las trampas que tiende sobre el hombre descuidado, el deslizamiento de los yacarés sobre la superficie lodosa de los ríos, las colas erizadas y la nariz de los coatís...

Y las lenguas se fueron desenredando, auspiciadas por una profesora que sabía escuchar y otorgar palabras y recrearlas para invocar de nuevo ante los ojos de los presentes las peripecias animales y los peligros que asolan al hombre, el verde selvático colándose por la claraboya,

las plantas trepadoras desafiando el techo de zinc del cobertizo, las copas de los cedros oscureciendo el espacio de conversación, el sortilegio de las páginas del libro materializándose en el lugar de la conversación. Y Antonio José Bolívar Proaño se mostraba fascinado ante la recuperación mágica de la imagería del papel tras cada intervención de los presentes, tras cada mención de la maestra y de los avispados jóvenes que ilustran rincones especialmente sombríos de la jungla inventada por Quiroga para la imprenta y los lectores.

El viejo anhelaba la llegada de cada cita trimestral. Tachaba con su mano temblorosa cada uno de los días pasados. Ejercicios más propios de los presos, aunque acaso ¿no era él un reo de esas sesiones? Encadenado a los deseos de una profesora que los hacía partícipes directos de la experiencia de leer, que convertía la intuición de aquellos lectores en sabiduría, que los conducía a la lectura de otros libros, que poblaban los fondos de la lancha, ocupando el espacio de cartas y paquetes.

Y así, hasta llegar a una mañana en que nuevamente la lancha se somete a las amarras del embarcadero. El grupo de participantes de El Idilio ha crecido, el joven que acarrea la caja hasta el cobertizo suplanta la juventud de los acompañantes de la maestra, incapaces de superar la lejanía física que separa El Idilio de la ciudad en la que se ubica la universidad donde estudian. Y de nuevo los tur-

nos de palabra, y ese sentimiento de pertenencia a la tribu de lectores; de nuevo la profesora sacando libros de la caja con los que complementar los avatares, temas y aventuras de lo leído durante los últimos meses. Y al dar por concluida la sesión, la mano de la maestra que remueve las entrañas de la caja y extrae de su fondo el libro que habrá de ocuparlos durante el próximo trimestre.

Entonces enfoca la mirada acuosa de Antonio José Bolívar Proaño, y le alarga el libro asegurándole que le va a encantar. Y nada más leer el título del nuevo libro, el viejo piensa que ese viejo que leía novelas de amor, bien podría ser él mismo.



3.

DESPUÉS

DE LAS

LECTURAS

LA EVALUACIÓN

Después de observar qué debemos tener en cuenta antes del inicio de los encuentros, y qué componentes actúan durante la sesión de un club de lectura, la última parte del texto nos conduce hasta los elementos que operan una vez concluida la sesión. Estos elementos nos encaminan hacia la evaluación, hacia la valoración de los diferentes agentes y las diferentes acciones con las que se organiza y ejecuta un club de lectura. Pero ¿qué elementos y qué acciones habremos de valorar? ¿Cuáles serán los sujetos que habrán de evaluar? ¿Qué mecanismos permitirán la evaluación de cada uno de los actores respecto al conjunto de las acciones?

Además de la valoración del funcionamiento del propio club, es interesante utilizar la evaluación para valorar otros aspectos de la relación de los

miembros del club de lectura con la biblioteca. Así pues, definiremos los objetos evaluables como aquellos que definen el funcionamiento del club de lectura (internos) y aquellos otros que pueden proyectarse hacia los demás servicios que la biblioteca ofrece a sus usuarios (externos). Asimismo, tres habrán de ser los sujetos evaluadores: los miembros del club de lectura, el personal de la biblioteca que gestiona el club y el/la conductor/a de sus sesiones.

OBJETOS EVALUABLES

Elementos internos

Estos son algunos de los elementos internos (funcionamiento del club de lectura) que habrán de centrar la evaluación del club de lectura:

- Espacio.
- Desempeño del/la conductor/a.
- Desempeño del personal de la biblioteca.
- Funcionamiento y dinámicas de las sesiones.
- Calidad del material complementario.

La valoración de cada uno de estos aspectos por parte de los miembros del club de lectura nos permitirá sopesar la satisfacción de los usuarios y su visión general de la actividad, y contrastarlos con los puntos que definen los objetivos que perseguimos al planificar el club de lectura. Nos ayudará a considerar la conveniencia o no del espacio físico escogido para los encuentros, y la necesidad o no de reemplazarlo. También nos ayudará a percibir el grado de satisfacción que los usuarios manifiestan hacia

el desempeño de las funciones del conductor, o las propias del personal de la biblioteca (gestión de la información referida al grupo, gestión de la disponibilidad de ejemplares, elaboración y/o distribución de materiales complementarios, etc.). La ponderación individualizada por parte del miembro de un club de lectura de algunas de estas funciones nos ofrecerá indicios de la valoración que otorga a las dinámicas y al funcionamiento de las sesiones del club. Finalmente, la evaluación de los materiales complementarios, aquellos que acompañan –y en algunos aspectos anticipan– temas y dinámicas de las sesiones por venir: guías de lectura, fichas bibliográficas o guías de recursos sobre la lectura y el autor, nos permitirá identificar la adecuación de esos materiales a la realidad del grupo, así como el uso dado.

En la tabla nº 2 podemos observar un ejemplo de valoración centrada en la evaluación de algunas de las funciones que caracterizan el rol del conductor de un club de lectura. El ejemplo no utiliza como elemento de valoración la ponderación numérica (la más clásica nos remite a la escala 1-10) sino la opción de cualificación nominal: mal, regular, bien, muy bien. La utilización de este modelo de evaluación resulta más directo que el numérico, nos otorga una imagen más inmediata de la evaluación, propone en sí mismo una relación de inmanencia, no sujeta a los vínculos relacionales de la ponderación numérica. Además, esta manera de cualificar y valorar resulta más fácil para el usuario, ya que sintetiza y acota la graduación del juicio sobre la actividad.

En esta tabla hemos establecido diferentes parámetros que caracterizan la labor de un conductor de clubes de lectura. La valoración que cada usuario

VALORACIÓN DEL CONDUCTOR	Mal	Regular	Bien	Muy bien
Presentación de la lectura e intervenciones				
Moderación y conducción del grupo				
Predisposición y actitud				
Valoración de conjunto				

Tabla n° 2: Encuesta de evaluación modelo.

VALORACIÓN DEL CONDUCTOR	Mal	Regular	Bien	Muy bien
Presentación de la lectura e intervenciones		√		
Moderación y conducción del grupo				√
Predisposición y actitud			√	
Valoración de conjunto		√		

Tabla n° 3: Ejemplo de valoración A.

haga de estos cuatro indicadores nos servirá para evaluar el papel del conductor, pero a la vez nos otorgará una valiosísima información con la que poder evaluar las dinámicas y funcionamientos de las sesiones.

Valoración A

Vamos a comentar algunos posibles resultados de esta evaluación. Este cuadro valorativo, a la luz de los factores antes mencionados con los que caracterizar a un buen conductor de clubes de lectura (Dei Brughi, Zelig y Funes), nos sitúa ante un conductor que atesora todas las virtudes de Zelig (las que le permiten, según la valoración del usuario, la óptima conducción del grupo a través de complicidades basadas en la empatía), muestra condiciones propias de Dei Brughi, pero flaquea en aquellas capacidades atribuidas a Funes (la presentación de las lecturas y las diversas intervenciones sobre el texto son las peor valoradas por el usuario). La valoración de conjunto nos remite a una globalidad regular, en la que el usuario valora las estrategias de dinamización del grupo, las empatías, el despliegue de las habilidades sociales con las que cohesionar el grupo, pero en cambio no aprecia de igual manera las aportaciones del conductor sobre el texto.

La lectura de este sencillo ejercicio de evaluación también nos arroja una información muy útil sobre el usuario y sobre las expectativas que lo condujeron a participar en el club, porque de la valoración de cada uno de esos elementos subyacen sus motivaciones y deseos, acaso las aspiraciones satisfechas tras la experiencia y aquellas otras frustradas.

De los méritos y deméritos que ese lector ha atribuido al conductor podemos deducir que su expectativa previa configuraba en este cierta voz de autoridad que, además de moderar, otorgar palabras y denegarlas cuando estas no se ajustaran a las convenciones que impone la cordialidad y la educación, iluminaran en su experiencia de lectura caminos ignotos que este lector no esperaba encontrar en otra voz que no fuera la del conductor. La pericia y las habilidades en la conducción del grupo, posiblemente sustentadas sobre su saber escuchar y la asunción de un rol secundario, no han hecho posible una buena valoración global para quien buscaba en la figura del conductor a alguien que al menos hablara tanto como escuchara, a alguien cuyas aportaciones tuvieran el efecto de una invitación a descubrir nuevas lecturas y nuevas interpretaciones, tal vez un punto de valor añadido, a las recurrentes –en ocasiones perspicaces o en otras previsibles– opiniones con las que el resto de los miembros del club dan forma a cada una de las sesiones.

Valoración B

Observemos ahora esta otra valoración del trabajo del conductor. Si la comparamos con la tabla anterior, percibiremos que solo existe una variante. Se han invertido los valores entre la primera función y la segunda. Aquí se ha valorado muy positivamente la presentación y las intervenciones del conductor sobre el texto, y se ha ponderado con un regular su capacidad de conducir el grupo. Si el lector, en la valoración de conjunto se hubiera posicionado en el bien o muy bien, podría deducirse que la valoración global bien podría responder al cumplimiento de expectativas del lector de la Valoración A, aquel sobre el que habíamos elucubrado el

deseo de encontrar en el conductor cierta voz de autoridad, una actividad más visible en el análisis o comentario de las posibles claves del texto que en la moderación de los turnos de palabra. Pero en este segundo caso, el miembro del club de lectura ha optado por calificar el trabajo conjunto del conductor con el mismo regular con el que lo había hecho el anterior. De ahí que la interpretación más recurrente de esta tabla nos conduzca hacia un lector que, valorando muy positivamente el trabajo del conductor en la exposición de contenidos, se decidió a intervenir en un club de lectura para poder intercambiar sus opiniones con las de otros lectores, esperando encontrar en la figura del conductor la neutralidad de un gestor de tandas, confiando en la autogestión del grupo en cuanto a los contenidos.

VALORACIÓN DEL CONDUCTOR	Mal	Regular	Bien	Muy bien
Presentación de la lectura e intervenciones				√
Moderación y conducción del grupo		√		
Predisposición y actitud			√	
Valoración de conjunto		√		

Tabla n° 4: Ejemplo de valoración B.

Podría concluirse que el excesivo, a su juicio, intervencionismo del conductor, no hace sino otra cosa que intimidar a los miembros del club, otorgándole a la sesiones una dinámica más propia de clase magistral (con reducido turno de palabra para los asistentes) y no de un club de lectura.

Estas son dos posibles interpretaciones, de entre las múltiples posibilidades casuísticas que puede ofrecernos la valoración de esta tabla. También son dos ejemplos que nos permiten discernir sobre cómo estas valoraciones nos facilitan preciados elementos de reflexión, no solo sobre lo valorado, sino también acerca de quien valora.

Elementos externos

En el preámbulo del capítulo nos hemos referido a los elementos externos al club de lectura que, aprovechando su celebración, bien podrían ser susceptibles de ser evaluados, o informados. Con ímpetu sintético aludiremos cuatro posibles elementos externos que pueden aportarnos valiosa información.

- Herramientas de difusión.
- Utilización del servicio de préstamo para la obtención de otras lecturas complementarias a la obra comentada en la sesión.
- Asistencia a otros actos de la oferta de actividades de la biblioteca.
- Relación con la biblioteca antes de la participación en el club de lectura.

La recolección de información sobre las herramientas de difusión nos permitirá valorar cuáles de ellas han resultado más eficaces a la hora de remitir la comunicación sobre nuestro club de lectura a los interesados.

Nos permitirá atisbar el funcionamiento de cada uno de los mecanismos de difusión (definidos con anterioridad), y valorar los diferentes grados de eficacia. Esta información puede recogerse mediante una pregunta sencilla y directa que apunte a la manera en que el usuario conoció la existencia del club de lectura en el que decidió participar.

Otra información que resulta muy interesante para valorar las dinámicas y el trabajo del conductor procede de preguntar a los miembros del club por la utilización del servicio de préstamo para obtener obras complementarias a la leída. Se trata de establecer una relación de causa-efecto entre las diferentes referencias que el conductor pueda esgrimir durante la sesión y su efecto entre los miembros del club. En definitiva, comprobar la materialización de esa red de menciones filiales o amistosas con la obra comentada, esa hipertextualidad física de la que hablábamos cuando nos referíamos al factor Funes.

El tercer elemento de esta recogida de datos incide sobre la potencialidad del club de lectura como instrumento de arraigo a la biblioteca, concretamente a su programación cultural, y se materializa interrogando a los miembros del club sobre su participación en otras actividades culturales ofertadas por la biblioteca durante el curso del club de lectura.

Finalmente, el cuarto punto enfatiza la relación previa del miembro del club de lectura con la biblioteca que lo acoge. Las conclusiones de este último aspecto pueden conducirnos a plantearnos la programación de un club de lectura como estrategia para captar nuevos y potenciales usuarios o, en cambio, puede convencernos de la existencia de un flujo de atracción que

ENCUESTA SOBRE CLUBES DE LECTURA		
¿Cómo conoció la existencia del club de lectura?		
¿Ha utilizado el servicio de préstamo para llevarse otros libros relacionados con las sesiones del club?	Sí	No
Durante el año ¿ha asistido a otras actividades culturales organizadas por la biblioteca?	Sí	No
¿Antes de participar en el club de lectura utilizaba los servicios de la biblioteca?	Sí	No

Tabla n° 5: Modelo de evaluación de elementos externos I.

concentra en el club de lectura a personas que ya utilizaban la biblioteca antes de su celebración.

En la tabla nº 5 vemos una propuesta de preguntas destinadas a reunir la información de los cuatro puntos detallados. En pos de simplificar al máximo los procesos y de ofrecer a los usuarios un documento de valoración ágil y fácil de completar, se hace prioritario construir preguntas cuya respuesta se ajuste a la elección de una confirmación afirmativa o negativa. Solo en la primera de las preguntas formuladas se opta por la valoración abierta.

Sujetos evaluadores

Al hablar de la evaluación de los elementos internos de los clubes y de aquellos otros externos que hemos coincidido en definir como importantes, hemos focalizado el ejercicio mismo de evaluar en la figura del usuario, del miembro activo del club de lectura. Pero la evaluación completa de un club de lectura requiere la voz de, al menos, otros dos actores que cumplen funciones importantes en su despliegue: el conductor y el personal de la biblioteca encargado de la gestión del club.

En cuanto al conductor del club de lectura será necesario que valore las acciones de los otros dos actores: la participación de los miembros del club y las dinámicas que impone la misma, las posibles incidencias que hayan podido surgir a lo largo del año, etc... Al igual que con los miembros del club, su opinión resulta importante a la hora de considerar la idoneidad del espacio y la gestión logística que realiza el responsable de la biblioteca.

La valoración que el conductor y el personal responsable de la biblioteca realicen sobre las diferentes acciones del club de lectura, no tiene que responder tanto al procedimiento de formulario valorativo (como en el caso de los usuarios), cuanto a una comunicación permanente entre ambos, una continua comunicación que permite intervenir sobre las posibles incidencias o resolver conflictos en el momento en el que surjan. Este diálogo constante entre conductor y biblioteca resultará decisivo, no solo para abordar lo antes posible situaciones de conflicto, sino para avanzarse a ellas.

Formas de ponderación

El último de los temas referentes a la evaluación de un club de lectura gira alrededor de las formas de ponderación de los diferentes aspectos evaluados.

Ya hemos visto la necesidad de priorizar la sencillez del proceso y de las preguntas formuladas a los usuarios. Se trata en definitiva de implicarlos directamente en esa evaluación, proponiéndoles elementos de fácil y rápida valoración. La mejor manera de conseguirlo es utilizar modelos de valoración cerrados, otorgando al usuario las opciones para evaluar, de manera que este solamente tenga que marcar el escogido. En los ejemplos expuestos anteriormente se ha utilizado un modelo de cualificación gradual muy sencillo: mal, regular, bien, muy bien; o bien otro sistema clásico como la respuesta afirmativa o negativa a la cuestión planteada. Pero un procedimiento exhaustivo de recolección de datos y opiniones sobre el funcionamiento del club y sobre el papel ejercido por los diferentes agentes que entran en escena, no podrá prescindir de algunos campos que requieren la valoración abierta y argumentada de determinados elementos.

ENCUESTA SOBRE CLUBES DE LECTURA		
¿Cómo conoció la existencia del club de lectura?		
- Mediante el personal de biblioteca		
- A través de un folleto impreso de difusión		√
- Gracias al boletín electrónico de la biblioteca		
- Gracias al boletín electrónico de algunas de las entidades que colaboran con la biblioteca		
- Mediante otro miembro del club		
¿Ha utilizado el servicio de préstamo para llevarse otros libros relacionados con las sesiones del club?	Si	No
Durante el año ¿ha asistido a otras actividades culturales organizadas por la biblioteca?	Si	No
¿Antes de participar en el club de lectura utilizaba los servicios de la biblioteca?	Si	No

Tabla n° 6: Modelo de evaluación de elementos externos II.

En una tabla anterior utilizábamos el criterio de valoración abierta para dirigirnos directamente al lector y preguntarle cómo había sabido de la existencia del club de lectura. Con el objetivo declarado de simplificar la valoración, podríamos convertir esa interrogación en una pregunta de respuesta cerrada, incorporando unas opciones de respuesta que abarcaran la totalidad de los diferentes mecanismos de difusión y comunicación que hubiésemos utilizado.

Sin duda, esta segunda opción abrevia el procedimiento e implica un menor esfuerzo por parte del usuario a la hora de valorar y entregarnos información respecto a los clubes de lectura.

No obstante, reconociendo que el propósito final del trabajo no es otro que el de compilar toda la información posible, tanto datos como impresiones, pero también sugerencias y opiniones de los usuarios; crear en definitiva un amplio catálogo de percepciones y dictámenes que nos facilite cotejar el resultado de la experiencia con los objetivos previos que nos impulsaron hasta ella, no será siempre posible ajustar todas las consultas al esquema preestablecido de valoración cerrada, por lo que no podremos prescindir de pedirle al usuario una breve pero argumentada valoración de la experiencia, así como la mención de una serie de propuestas que a su parecer podrían mejorar el funcionamiento y la experiencia de los clubes de lectura.

Estas páginas han querido proponer una reflexión sobre la importancia de evaluar, al tiempo que constituir una guía útil con la que detectar los aspectos evaluables y el papel que en la evaluación ha de ejercer cada uno

ENCUESTA SOBRE CLUBES DE LECTURA

¿Puede expresarnos su valoración general de la experiencia?

¿Puede manifestarnos qué elementos del club cree mejorables?

Tabla n° 7: Modelo de evaluación abierta.

de los agentes participantes de la experiencia. Sin un mecanismo claro y diáfano de evaluación, sin un trabajo metodológico de captura de datos y opiniones, sin un acercamiento crítico a ellos, sin una visión constructivista que enfoque la detección de posibles errores como una oportunidad de mejora, como un elemento con el que reforzar fortalezas y auspiciar nuevas oportunidades, no estaremos en condiciones de saber hacia dónde vamos, acaso tampoco desde dónde partimos, y con seguridad para qué trabajamos.



NUEVAS TECNOLOGÍAS O LOS CLUBES DE LECTURA DESPUÉS DE LOS CLUBES DE LECTURA

Una última reflexión nos conduce hasta la entronización de las nuevas tecnologías y hasta las posibilidades que las redes sociales 2.0 despliegan en el debate y aun en la gestión cultural.

Voy a comentar tres elementos que descansan en la penetración de las nuevas tecnológicas en el entorno del debate colectivo sobre la obra literaria: los clubes de lectura virtuales, los cuadernos de bitácora (los *weblog* o *blog* a secas) y el proyecto de Anilla Cultural (<http://anillacultural.net/>) y sus posibilidades en la creación de clubes de lectura. Cada uno de estos tres elementos puede incidir de diferentes maneras sobre el clásico ejercicio de conversación alrededor de la obra literaria que plantea un club de lectura presencial. Puede ser complemento, prolongación, preámbulo o directamente constituirse en una iniciativa de sustitución y suplementación.

Club de lectura virtuales

Es una propuesta de actividad cultural construida alrededor del comentario y el debate colectivo de una obra literaria, que prescinde de la presencia física de sus participantes para erigirse desde una virtualidad de pantalla y teclado. La naturaleza íntima de estos clubes de lectura virtual es la misma que la de los clubes de lectura presenciales, pero sin duda, la sustitución del espacio físico por el virtual denota unas características particulares que acaban diferenciando las dos experiencias.

La gestión de un club de lectura virtual corre a cargo de un administrador/conductor. Esta figura propone la lectura de una obra y remite a los participantes a una biblioteca en la que recoger el ejemplar físico de la obra escogida, o bien plantea el comentario sobre fragmentos seleccionados de una obra o varias obras, que son publicados en el portal *web* del club de lectura virtual. Cada mes se procede al cambio de la obra o de los fragmentos. El administrador/conductor nutre el portal de informaciones relevantes sobre la obra durante todo el mes y los participantes pueden ir aportando sus comentarios sobre lo ya leído durante todo el mes. El periodo abierto de comentarios de la obra concluye con la abertura de un *chat* que permite, durante una hora y media (de un día previamente fijado), la comunicación múltiple en tiempo real de todos aquellos que desean participar del debate.

Obviamente, la diferencia entre el modelo virtual y el modelo presencial de los clubes de lectura reside en las divergentes características que imponen los nuevos paradigmas comunicativos establecidos por el uso de Internet; como bien nos recordó Marshall McLuhan, toda tecnología tiende a crear un nuevo entorno humano, y no hay entorno más fundacional de lo humano que el comunicativo. Una primera y esencial diferencia entre ambos modelos de clubes de lectura reside en la incorporeidad del emisor/receptor del mensaje, en la imposibilidad de percibir por parte del conductor y de los participantes la amalgama gestual que la comunicación no verbal dibuja en los ademanes de quien lo expresa oralmente. No será posible, pues, detectar el conjunto gestual con el que se refuerza el mensaje, sino tampoco la retahíla de gestos faciales o corporales que, desde el silencio, ratifican, corroboran, modifican o anulan los pareceres del otro.

A esta mutilación de los elementos no verbales, impuestos por la invisibilidad de los participantes en el club de lectura virtual, habrá que añadir una segunda diferencia respecto a los presenciales: si bien las prestaciones del *chat* nos garantizan la comunicación en tiempo real, la recepción de estas comunicaciones responderá a un modelo secuencial (una tras otra), impidiendo de este modo la simultaneidad expresiva (el alboroto, si se me permite), tan útil para captar los grados de apasionamiento que ha suscitado la lectura. Es este un matiz de ritmo, de cadencia conversacional, que aun pareciendo superficial resulta importante.

Pero esa invisibilidad, una protección tras el telón de la pantalla que evita la exposición directa ante el grupo, tendrá una influencia decisiva en el grado de participación y en la expresión misma de las opiniones; es decir, en el contenido de las aportaciones y en la construcción misma del club de lectura. Porque la decisión de no exponerse al grupo, ese anonimato afianzado por el parapeto de la cortina-pantalla, quizás determinará que quien no se atreve, ni osa ni se aventura, a participar ni expresar sus opiniones en un contexto físico de carraspeos y miradas de asentimiento o reprobación, sí se anime a hacerlo detrás de la cortina-pantalla. Quizá module también posturas y desate lenguas y maximice dictámenes. La construcción escrita de las comunicaciones exigirá habilidades expresivas con las que, por ejemplo, mostrar la ironía que el discurso hablado reserva a los efectos tonales.

La última y no menos fundamental de las diferencias que impone la virtualidad de un club de lectura sobre su modalidad presencial, es el total desvanecimiento de los espacios físicos; característica que facilita que la participación activa en la propuesta se realice desde el ámbito privado del

mismo participante. Esta evaporación de la dimensión espacial también propicia y facilita la intervención de los escritores.

Cuadernos de bitácora

Los cuadernos de bitácora o *weblogs* se han constituido en la principal herramienta de autogestión de contenidos propiciada por Internet. Un cuaderno de bitácora no es más que un contenedor sobre el que el *blogger/administrador* vierte un contenido textual mediante los *post* o entradas. Dos elementos lo singularizan: la inclusión en el aparato textual del *post* de elementos hipertextuales que remiten a un nuevo contenido de audio, video o texto, y la posibilidad de interactuar sobre el contenido del *post* a través de una herramienta que permite un discurso comunicativo múltiple.

En el caso que nos ocupa, acotaremos la tipología de las bitácoras a las literarias, y entre estas a aquellas en las cuales el contenido textual de los *post*/entradas gira alrededor de un libro, constituyéndose en ejercicios de crítica literaria, que en función de su capacidad para congregiar réplicas y contrarréplicas, adhesiones y discrepancias, acaban convirtiéndose en potentes herramientas de prescripción o disuasión lectora.

Un caso paradigmático de estas bitácoras podría ser *Malherido*, administrada por el escritor español Alberto Olmos, que desde el año 2014 planteó una suscripción anual a sus contenidos, suscripción en la que su importe se vincula al rol que respecto a la bitácora el visitante quiera adoptar: lector (5 euros/año), fan (15 euros/año), mecenas (desde 25 euros/año). El mismo Alberto Olmos acertó de pleno cuando explicó el éxito de las bitácoras li-

terarias con las siguientes palabras: “son un ejemplo de algo tan sencillo como un lector exponiendo *sin pudor* qué le pareció un libro”.

La frase expone las razones de un éxito apelando a una sencillez que acaso no fuera tanta ni tan supuesta en el ejercicio público de expresar opinión sobre libros. La clave de la idea expresada por Olmos radica en ese “sin pudor” con el que el lector expone sus impresiones. Y ese “sin pudor” nos conduce de nuevo ante una escenografía de juez protegido por la invisibilidad y el anonimato que otorga la conocida pantalla-cortina de los clubes de lectura virtuales; aquí el mismo parapeto oculta a los opinadores para mostrar, gran paradoja, la honestidad de sus opiniones. Ese “sin pudor” nos conduce, asimismo, a un escenario en el que el juez que dictamina sobre las virtudes y los defectos de un libro no está sometido a ningún tipo de presión ni censura. Enarbolando una libertad de expresión solo sujeta a la sinceridad y honestidad de sus argumentos, sin la presión de los grupos editoriales que atenazan a los comentaristas literarios de los suplementos culturales de los periódicos. Ahí quizás radica su triunfo y la explicación de ese viraje de legitimidades y prestigio que comienza a percibirse entre los prescriptores de lectura, entre aquellos que deciden qué debe leerse en cada momento y sin demora de tiempo; los clásicos prescriptores del soporte Gutenberg relegados por los nuevos prescriptores virtuales.

Las similitudes entre las bitácoras y los clubes de lectura virtuales son manifiestas y palpables. Pero si, según hemos visto, un club de lectura virtual se postula como alternativa a un club de lectura presencial, las bitácoras pueden convertirse para estos últimos en herramientas suplementarias y aun completivas. La gestión de una bitácora complementaria a un club de

lectura presencial, puede retrotraer y proyectar una serie de acciones propias e ilustrativas del funcionamiento de una sesión del club de lectura.

Una bitácora nos permitirá contrastar el avance de pareceres que expresan los miembros del club a medida que avanzan en su lectura. Una bitácora facilitará al conductor la labor de adelantar temas de debate durante la sesión presencial, posibilitará el uso colectivo e inmediato de aquellos materiales complementarios que el conductor encuentre significativos y merecedores de ser compartidos. Pero una bitácora también se proyectará sobre el después de la sesión. Será contenedor de opiniones no expresadas durante el encuentro, bien de aquellos que no encontraron el momento, bien de los que no pudieron asistir a la sesión, bien de los que necesitan el impulso comunicativo de la cortina-pantalla.

Anilla Cultural

La Anilla Cultural es una red participativa que, utilizando el uso intensivo de las tecnologías de la información y la comunicación, pretende conectar iniciativas culturales de América Latina y Europa. Además, la Anilla Cultural establece –y ahí radica su novedad y sus amplísimas posibilidades en el terreno de la programación cultural– un nuevo marco de acción. La anilla cultural explota las posibilidades de la banda ancha y ofrece una red de alta velocidad con la que promover la interconexión cultural entre ambos continentes. La planificación de eventos culturales a través de la Anilla Cultural responderá a los diferentes grados de participación de las personas que intervengan en los mismos. Así, puede fluctuar entre las retransmisiones en *streaming*, donde una acción cultural distante es presenciada en directo

por un público muy alejado del espacio físico en la que se desarrolla, a la idea, más atractiva e innovadora, de que una única acción cultural pueda desarrollarse al unísono en diferentes escenarios muy alejados entre sí. En este segundo caso, gracias a las posibilidades que nos brindan las nuevas tecnologías, la multiplicidad de espacios que intervienen en la ejecución de la acción cultural confluyen en un punto único: la pantalla. Esta es la vertiente cocreativa del proyecto, la simultaneidad creativa y el desarrollo de una acción que se produce, crece y arraiga en sus participantes desde diferentes centros de creación.

En otro lugar*, apropiándome del afortunado concepto de Umberto Eco, definí los clubes de lectura como una obra en movimiento. Una propuesta que se erige, siempre distinta, a través de los hallazgos y las aportaciones de cada uno de sus miembros-creadores. El club de lectura resulta así una obra en sí misma; una obra siempre diferente y dispar.

Atendiendo a este concepto de club de lectura y volviendo a las posibilidades co-creativas que ofrece la Anilla Cultural, no será difícil vaticinar las extraordinarias alianzas que pueden explorarse entre uno y otra. Podría, por ejemplo, crearse un club de lectura que reúna mensualmente a un grupo de lectores de Santiago de Chile y a otro grupo de lectores de Barcelona y que, en una día y hora acordada, contrasten sus opiniones sobre el libro leído, utilizando para el empeño la Anilla Cultural y el formato de videoconferencia. Los lectores de Santiago se congregarán en la Biblioteca

* Se refiere a su obra *Clubes de lectura. Obra en movimiento* [N. del E.].

Regional de Santiago, los de Barcelona en una de las bibliotecas conectadas a la red mediante fibra óptica.

¿Y las lecturas? Pues la selección de lecturas alternaría entre títulos de autores barceloneses y títulos de autores santiaguinos. Un mes los cuentos de Jaime Collyer, otro los de Quim Monzó; y después Alejandro Zambra precediendo a Ignacio Martínez de Pisón; un libro de crónicas noveladas de Javier Pérez Andújar antecediendo a una recopilación de artículos de Rafael Gumucio; las novelas nacidas del compromiso cívico de Carla Guelfenbein, Andrea Jęftanovic o Diamela Eltit conviviendo con las de Carmen Laforet, Olga Merino o Montserrat Roig; y la poesía de Gonzalo Rojas dialogando con la de José Agustín Goytisolo, la de Nicanor Parra con la de Joan Brossa.

Las aportaciones de los lectores participantes en cada uno de los núcleos creadores construirán esa obra en movimiento que será el club de lectura resultante. La tecnología nos facilitará la construcción de una acción polifónica surgida de la lectura atenta y erigida mediante los pareceres emitidos por cada uno de los lectores. Una acción que será reflejo de los múltiples puntos de vista con los que se aborda la lectura y una interrelación lectora que dimensionará las obras comentadas y en las que los grupos expresarán, en función de su proximidad espacio-cultural con la novela leída, unas claves significativas difícilmente decodificables para la otra parte. En suma, un diálogo fructífero que vincula referentes culturales diversos y alejados.





4.

EPÍLOGO



Qué sacas con haber leído todos los libros, Arabela, si *no tienes con quién repartir los frutos de la lectura, ni con quién hablar de las peripecias, ilusiones y frustraciones, hallazgos y miserias que la pluma del escritor esculpió para ti?*

¿Qué sacas con haber leído todos los libros, Arabela, si los ecos de tus lecturas no reverberan, mudos, silentes, se quedan estancados en aquel pasado solitario?

5.

BIBLIOGRAFÍA

AGUSTÍN, San, *Las confesiones*, Tecnos, Madrid, 2010.

ARANA PALACIOS, Jesús, Galindo Lizaldre, Belén, *Leer y conversar. Una introducción a los clubes de lectura*, Trea, Gijón, 2009.

BOLAÑO, Roberto, *Los detectives salvajes*, Anagrama, Barcelona, 1999.

BOLAÑO, Roberto, *Estrella distante*, Anagrama, Barcelona, 1999.

CARREÑO, Óscar, *Clubes de lectura. Obra en movimiento*, UOC, Barcelona, 2012.

JAUSS, Hans Robert, *La historia de la literatura como provocación*, Península, Barcelona, 2000.

LONDON, Jack, *Martín Edén*, Alba, Barcelona, 2007

MANGUEL, Alberto, *Una historia de la lectura*, Alianza, Madrid, 2013.

MARTÍ MONTERDE, Antoni, *Poética del café*, Anagrama, Barcelona, 2007.

PETIT, Michele, *El arte de la lectura en tiempos de crisis*, Océano, Barcelona, 2009.

RENDELL, Ruth, *Juicio de piedra*, Noguer, Barcelona, 1991.

SEPÚLVEDA, Luís, *El viejo que leía novelas de amor*, Tusquets, Barcelona, 2007.

SKÁRMETA, Antonio, *El cartero de Neruda*, Plaza & Janés, Barcelona, 2005.

ZAID, Gabriel, *Cómo leer en bicicleta*; Debolsillo, Barcelona, 2009.

